ANTONIO GRAMSCI

LA CONCEPCION DEL PARTIDO PROLETARIO



EDITORA LATINA

La tirada de este libro
consta de 3.000 ejemplares
y se terminó de imprimir
el 30 de agosto de 1973
en Imprentur, Valle 215, Bs. As.

Diseño de la portada:
Isabello del Curto

Traducción directa de
Agrippa Mena

Buenos Aires - Argentina
Queda hecho el depósito de ley 11723
Printed in Argentina - Impreso en Argentina.

INTRODUCCION

El tiempo, el espacio y las conclusiones e implicaciones políticas a las que llegaríamos, nos impiden hacer aquí una introducción que contenga un análisis profundo y detallado de la figura y el pensamiento de Antonio Gramsci a la luz de la problemática del mundo comunista y del panorama marxista actual, y a la luz del hilo conductor que se ha escogido para realizar la presente recopilación: "La concepción del partido proletario en Gramsci." *

Debido a ello, y a manera de introducción, presentamos dos artículos del mismo Gramsci, escrito uno, "Los maximalistas rusos", 3 meses antes de la Revolución de Octubre, y el otro, "La revolución contra El Capital", a un mes escaso del estallido de la primera revolución socialista. En ellos se encuentran bien diferenciados unos, en gérmenes otros, los elementos de variado signo ideológico que la difícil situación en que se encontraba Gramsci, enfermo y privado de la libertad, y el largo predominio del culto a la personalidad de Stalin impidió que condujera al enriquecimiento del desarrollo teórico del marxismo; en cuanto a análisis y destrucción del capitalismo y construcción del socialismo se refiere.

LA EDITORIAL

LOS MAXIMALISTAS RUSOS

Los maximalistas * rusos son la misma revolución rusa.

Kerensky, Seretelli, Cernof son el estancamiento de la revolución, son los realizadores de un primer equilibrio social, la resultante de fuerzas en las que los moderados tienen mucha importancia todavía. Los maximalistas son la continuidad de la revolución, son el ritmo de la revolución: por eso son la revolución misma.

Ellos encarnan la idea límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo. Y tienen esta tarea: impedir que se llegue a un compromiso definitivo entre el pasado milenario y la idea, es decir, seguir siendo el símbolo viviente de la meta última a la que se debe tender; impedir que el problema inmediato del qué hacer hoy se dilate hasta ocupar toda la conciencia y se convierta en la única preocupación, en frenesí espasmódico que levanta rejas insuperables para ulteriores posibilidades de realización.

Este es el mayor peligro de todas las revoluciones: el formarse una convicción de que un momento determinado de la vida nueva sea definitivo y que hay que detenerse para mirar hacia atrás, para consolidar lo hecho, para gozar finalmente del éxito propio. Para descansar. Una crisis

* En aquel entonces se usaba llamar "maximalistas" a los bolcheviques, para distinguirlos de otras corrientes del marxismo ruso.

revolucionaria agota rápidamente a los hombres. Cansa rápidamente. Y se comprende un estado de ánimo semejante. Rusia sin embargo, tuvo esta suerte: ha ignorado el jacobinismo. Por tanto, fue posible la propaganda fulminante de todas las ideas, y al través de esta propaganda se formaron numerosos grupos políticos, cada uno de los cuales es más audaz y no quiere detenerse, cada uno de los cuales cree que el momento definitivo que hay que alcanzar está más allá, está todavía lejano. Los maximalistas, los extremistas, son el último anillo lógico de este devenir revolucionario. Por ello se continúa en la lucha, se va adelante porque siempre hay cuando menos un grupo que quiere ir adelante, que trabaja en la masa, que suscita siempre nuevas energías proletarias y que organiza nuevas fuerzas sociales que amenazan a los cansados, que los controlan, y que se demuestran capaces de sustituirlos, de eliminarlos si no se renuevan, si no se enderezan para seguir adelante. Así la revolución no se detiene, no cierra su ciclo. Devora a sus hombres sustituye a un grupo con otro más audaz y por esta inestabilidad, por esta perfección jamás alcanzada es verdadera y solamente revolución.

Los maximalistas son los enemigos de los flojos en Rusia. Son el aguijón de los perezosos: han derrumbado hasta ahora todos los intentos de contenimiento del torrente revolucionario, han impedido la formación de pantanos estancadores, de muertes por desgaste. Por eso son odiados por las burguesías occidentales, por eso los periódicos de Italia, Francia y de Inglaterra los difaman, intentan desacreditarlos, sofocarlos bajo un alud de calumnias. Las burguesías occidentales esperaban que al enorme esfuerzo de pensamiento y de acción que costó el nacimiento de la nueva vida siguiese una crisis de pereza mental, un repliegue de la dinámica actividad de los revolucionarios que fuese el principio de un asentamiento definitivo del nuevo estado de cosas.

Pero en Rusia no hay jacobinos. El grupo de los socialistas moderados, que tuvo el poder en sus manos, no destru-

yó, no intentó sofocar en sangre a los vanguardistas. Lenin en la revolución socialista, no ha tenido el destino de Babeuf. Ha podido convertir su pensamiento en fuerza operante en la historia. Ha suscitado energías que ya no morirán. El y sus compañeros bolcheviques están persuadidos que es posible realizar el socialismo en cualquier momento. Están nutridos de pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso. Niega que todas las experiencias intermedias entre la concepción del socialismo y su realización deban tener una comprobación absoluta e integral en el tiempo y en el espacio. Basta que estas experiencias se den en el pensamiento para que sean superadas y se pueda proseguir adelante. En cambio es necesario sacudir las conciencias, conquistarlas. Y Lenin con sus compañeros ha sacudido las conciencias y las ha conquistado. Su persuasión no se quedó sólo en audacia del pensamiento: se encarnó en individuos, en muchos individuos, resultó fructuosa en obras. Creó ese grupo que era necesario para oponerse a los compromisos definitivos, a todo lo que pudiese convertirse en definitivo. Y la revolución continúa. Toda la vida se ha hecho verdaderamente revolucionaria; es una actividad siempre actual, es un continuo cambio, una excavación contínua en el bloque amorfo del pueblo. Nuevas energías son suscitadas, nuevas ideas-fuerzas propagadas. De esta manera, los hombres, todos los hombres son finalmente los artífices de su destino. Es imposible que se formen minorías despóticas. En control es siempre vivo y eficaz. Ahora ya hay un fermento que descompone y recompone los agregados sociales sin reposo, y que impide que la vida se adapte al éxito momentáneo.

Lenin y sus compañeros más conocidos pueden ser arrollados en el desencadenamiento de los huracanes que ellos mismos suscitaron, pero no desaparecerán todos sus seguidores, ya son demasiado numerosos. El incendio revolucionario se propaga, quema corazones y cerebros nuevos, hace brazas ardientes de luz nueva, de nuevas llamas, devoradoras de perezas y de cansancios. La revolución prosigue,

hasta su completa realización. Todavía está lejano el tiempo en que será posible un reposo relativo. Y la vida es siempre revolución.

(El Grito del Pueblo, 28 de julio de 1917)

LA REVOLUCION CONTRA "EL CAPITAL"

La revolución de los bolcheviques se ha embonado definitivamente en la revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que habían sido hasta hace dos meses el fermento necesario para que los acontecimientos no se estancaran, para que no se detuviera la carrera hacia el futuro, dando lugar a una forma definitiva de asentamiento —que hubiera sido un asentamiento burgués—, se apoderaron del poder, establecieron su dictadura, y están elaborando las formas socialistas a las que la revolución deberá adaptarse finalmente para seguir desarrollándose armónicamente, sin choques demasiado grandes, partiendo de las grandes conquistas realizadas hasta ahora.

La revolución de los bolcheviques está sustanciada de ideologías más que de hechos. (Por eso en el fondo, poco nos importa saber más de lo que ya sabemos.) Es la revolución contra "El Capital" de Carlos Marx. El Capital de Marx era en Rusia, el libro de los burgueses, más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes que el proletariado ni siquiera pudiese pensar en su levantamiento, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado a las ideologías. Los hechos hicieron estallar los esquemas crí-

ticos dentro de los que la historia de Rusia debería haberse desenvuelto según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx y con los testimonios de la acción realizada, de las conquistas logradas, afirman que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se podría pensar, e incluso se pensó.

Y sin embargo, aún en estos acontecimientos hay una fatalidad: si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones del Capital, no reniegan del pensamiento inmanente, vivificador. Ellos no son "marxistas", ahí está la clave; no han compilado una doctrina exterior sobre las obras del Maestro, con afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que no muere jamás, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento pone siempre como máximo factor de la historia, no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, sino la sociedad de los hombres, de los hombres que se juntan entre ellos, que se entienden entre ellos, desarrollan al través de estos contactos (civilización) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que ésta se convierta en la fuerza motriz de la economía, la plasmadora de la realidad objetiva, que vive y se mueve y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser encausada por donde y como le plazca a la voluntad.

Marx previó lo previsible. No podía preveer la guerra europea, o lo que es más no podía preveer que esta guerra hubiera tenido la duración y los efectos que ha tenido. No podía preveer que esta guerra, con tres años de sufrimientos indecibles, de miserias indecibles, hubiera suscitado en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Una voluntad semejante, "normalmente" tiene necesidad para formarse, de infiltraciones capilares, de una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, tienen necesidad de organizarse, primero exteriormente, en corporaciones, en ligas, luego íntimamente, en

el pensamiento, en las voluntades... (texto censurado) de una incesante continuidad y multiplicidad de estímulos exteriores. Esta es la razón por la que "normalmente", los cánones de crítica histórica marxista aprehenden la realidad, la retienen y la hacen evidente y distinta. "Normalmente", es al través de la lucha de clases, siempre más intensificada, que las dos clases del mundo capitalista crean la historia. El proletariado siente su miseria actual, está continuamente en estado de disgusto y presiona sobre la burguesía para mejorar sus propias condiciones. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a hacer más útil la producción para que sea posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una carrera afanosa hacia la mejoría, que acelera el ritmo de la producción, que da continuo incremento a la suma de los bienes que servirán a la colectividad. Y en esta carrera muchos caen, y hacen más urgente el deseo de los que quedan y la masa está siempre en vigilia, y de caos-pueblo se convierte cada vez más en orden del pensamiento, en conciente de la propia potencia, de la propia capacidad para asumir la responsabilidad social, y convertirse en árbitro de sus propios destinos.

Esto normalmente. Cuando los hechos se repiten con un cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla a momentos siempre más complejos y ricos de significado y de valor, pero también iguales. Ahora bien, en Rusia la guerra sirvió para sacudir las voluntades, que al través de los sufrimientos acumulados durante tres años se expresaron muy rápidamente, al unísono. La carestía era inminente, el hambre, la muerte por hambre podía suceder a todos, aplastar de un golpe a decenas de millones de hombres. Las voluntades se pusieron en consonancia mecánicamente primero y activa, espiritualmente, después de la primera revolución.

La predicación socialista puso al pueblo ruso en contacto con las experiencias de los otros proletariados. La predicación socialista hace vivir dramáticamente en un instante la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalis-

mo, la larga serie de esfuerzos que debe hacer para emanciparse idealmente de los vínculos del servilismo que lo hacían abyecto, para convertirse en conciencia nueva, testimonio actual de un mundo por venir. La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué debería esperar ese pueblo que la historia de Inglaterra se repita en Rusia, que se forme en Rusia una burguesía, que la lucha de clases sea suscitada para que nazca la conciencia de clase y sobrevenga finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso pasó a través de estas experiencias con el pensamiento, y lo que es más, con el pensamiento de una minoría. Ha superado estas experiencias. Se sirve de ellas para reafirmarse ahora, como se servirá de las experiencias capitalistas occidentales para colocarse en un breve tiempo a la altura de la producción del mundo occidental. La América del Norte es un país capitalista más avanzado que Inglaterra porque en América del Norte los anglosajones comenzaron de un golpe del estadío a donde había llegado Inglaterra después de una larga evolución. El proletariado ruso, con educación socialista, comenzará su historia del estadío máximo de producción al que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque debiendo comenzar, lo hará a partir de lo perfecto alcanzado en otras partes, y de esto recibirá el impulso para lograr esa madurez económica que según Marx es condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios crearán ellos mismos las condiciones necesarias para la realización completa y plena de su ideal. Las crearán en menos tiempo de cuanto hubiera empleado el capitalismo. Las críticas que los socialistas han hecho al sistema burgués, para poner en evidencia las imperfecciones, las dispersiones de riqueza, servirán a los revolucionarios para actuar mejor, para evitar dichas dispersiones, para no caer en esas deficiencias. Al principio será el colectivismo de la miseria y del sufrimiento. Pero las mismas condiciones de miseria y de sufrimiento hubieran sido heredadas por un régimen burgués. El capitalismo no podría hacer "inmediatamente" en Rusia más de cuanto podrá hacer el colectivismo. Haría

hoy mucho menos porque tendría "inmediatamente" en contra un proletariado descontento, frenético, incapaz ya de soportar por más años los dolores y las amarguras que el descontento económico traería consigo. Aún desde un punto de vista absoluto, humano, el socialismo inmediato en Rusia tiene su justificación. El sufrimiento que vendrá detrás de la paz sólo podrá ser soportado en cuanto que los proletarios sentirán que depende de su voluntad, de su tenacidad para el trabajo el suprimirlo en el menor tiempo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas fueron en este momento la expresión espontánea, "biológicamente necesaria"; para que la humanidad rusa no caiga en el desmoronamiento más horrible, para que la humanidad rusa, absorbiéndose en el trabajo gigantesco, autónomo, de la propia regeneración, pueda sentir menor los estímulos del lobo hambriento y Rusia no se convierta en un matadero enorme de bestias que se destruyen unas a otras.

(El Grito del Pueblo, 5 de Enero de 1918, ya publicado censurado en ¡Avanti! de Milán el 24 de noviembre de 1917.)

DESPUES DEL CONGRESO *

El Congreso de Roma ha confirmado, en el seno de la organización política de los trabajadores, el triunfo de la fracción intransigente revolucionaria, ha confirmado, en el seno del Partido Socialista Italiano, el triunfo del socialismo.

Una cosa son las palabras y otra la acción efectiva que se logra ejercer en la historia. Las palabras pueden ser pronunciadas por cualquiera: la bandera puede ser tomada por cualquier aventurero que se proponga construir una fortuna personal abusando de la credulidad popular y de la bellaquería de las clases dirigentes. En la acción se determinan los fines reales, se concretizan las voluntades; la estafa política no es ya posible, los contrabandistas son desenmascarados. El Congreso de Roma, el primer Congreso del Partido Socialista renovado, ha sido acción más que palabras, porque fijó una férrea disciplina de acción, porque quiso dar a la acción carácter de continuidad y de notable distinción. No más políticas personales, sino organización de la actividad política, no más libertad de iniciativa, sino control de la libertad.

La mayoría del partido demostró así haber alcanzado

* Se refiere al XV Congreso Nacional del Partido Socialista, que se llevó a cabo del 2 al 6 de septiembre de 1918, en "forma privada", como lo había impuesto el gobierno.

una más alta conciencia social y política, una altura histórica verdaderamente excepcional; los socialistas demostraron que son en el seno de la nación italiana, la fuerza social más sensible a los llamados de la razón y de la historia, que son una aristocracia que *merece* asumir la gestión de la responsabilidad social. La medida del progreso histórico se dio precisamente por la afirmación cada vez más acentuada del principio organizativo en contraposición a la arbitrariedad, al capricho, al vago instinto de la originalidad vacía de contenido concreto, se dio por la formación de sólidas jerarquías democráticas, libremente constituidas con vistas a un fin concreto, inalcanzable si no se tiende hacia él con todas las energías recogidas en haz.

El partido socialista italiano se constituyó al inicio a través del confluir caótico de individuos salidos de las más diversas proveniencias sociales: ha tardado en convertirse en intérprete de la voluntad clasista del proletariado. Fue palestra de individualidades brillantes, de espíritus inquietos; en medio de la ausencia de las libertades políticas y económicas que aguijonean a los individuos a la acción y renuevan continuamente las capas dirigentes, el Partido Socialista ha sido el proveedor de individuos nuevos para la burguesía perezosa y soñolienta. Los periodistas más cotizados, los hombres políticos más capaces y activos de la clase burguesa, son desertores del movimiento socialista; el partido ha sido la puerta hacia las fortunas políticas italianas y el cedazo más eficaz del individualismo jacobino.

Esta incapacidad del partido para funcionar clasistamente estaba en correlación con el bajo nivel social de la nación italiana. La producción era todavía infantil, los intercambios eran débiles; el régimen era, como todavía lo es, no parlamentario sino despótico, no capitalista sino pequeño burgués. Y también el socialismo italiano era pequeño burgués, intrigante, oportunista, conducto de privilegios estatales para algunas categorías proletarias.

El asalto clasista comenzó en Reggio Emilia, continuó

en Ançona ** y se demostró bien sólido en las conciencias en Roma. Los reformistas, los herederos de la mentalidad pequeño burguesa prehistórica, fueron puestos en minoría, después de haber expulsado de las filas socialistas a los más comprometidos, a los más indisciplinados, Pero la obra de regeneración no terminó: El Congreso trazó los cuadros; es necesario continuar todavía el trabajo de elaboración individual de las conciencias, es necesario educar soldados que *espontáneamente* cumplan las acciones congruentes con las directivas clasistas, que controlen todas las instituciones de la organización proletaria para que ésta se convierta en potente máquina de lucha, que vibre en cada una de sus articulaciones bajo el impulso de una única voluntad.

El Partido anticipa idealmente los momentos del proceso histórico de la sociedad y se prepara para ser capaz de dominarlos cuando sucedan: se convierte él mismo en coeficiente activo de la historia italiana. Su obra revolucionaria la ejercita en cada instante de su vida. La intransigencia tiene un valor revolucionario en cuanto constriñe a los burgueses a asumir toda la responsabilidad de sus actos y es el engranaje necesario para la Internacional proletaria: por medio de ella se actúa en el interior de las filas burguesas minando las capas adheridas al poder y convertidas en parásitas de la producción, y también internacionalmente, ya que sólo quien está libre de compromisos con el Estado Nacional puede honestamente entrar a formar parte activa y disciplinada de un organismo internacional. La autonomía y la independencia de los asociados es la primera condición necesaria para la vitalidad y la historicidad de una asociación: aniquilados los masones por la doble disciplina a la cual estaban ligados, fue necesario desembarazarse de los colaboracionistas y de los oportunistas.

** En el Congreso Nacional de 1912, en Reggio Emilia, las izquierdas del Partido Socialista habían obtenido una venganza sobre los precedentes éxitos del ala reformista. Fueron expulsados entre otros, Bonomi y Bisolati. El XIV Congreso (Ancona 1914) confirmó este desplazamiento de fuerzas y condujo a la expulsión de los socialistas ligados a la masonería.

Pero la batalla apenas comenzó: hay que destruir el espíritu colaboracionista y reformista; hay que señalar con exactitud y precisión, lo que nosotros entendemos por el Estado, y de qué manera en la actitud que el partido va asumiendo cada vez mejor, no hay nada que contradiga la doctrina marxista. Es necesario fijar y hacer penetrar profusamente en las conciencias que el Estado socialista, es decir la organización de la colectividad después de la abolición de la propiedad privada, no continúa el Estado burgués, no es una evolución del Estado capitalista constituido por los tres poderes, ejecutivo, parlamentario y judicial, sino que continúa y es un desarrollo sistemático de las organizaciones profesionales y de los organismos locales que el proletariado ha sabido suscitar espontáneamente ya desde el régimen individualista. La acción inmediata que por tanto debe desarrollar el proletariado, no debe absolutamente tender a la dilatación de los poderes y del intervencionismo estatal, sino que debe tender al descentramiento del Estado burgués, a la ampliación de las autonomías locales y sindicales fuera de la ley reglamentadora.

La forma que el Estado capitalista asumió en Inglaterra está mucho más cercana al régimen de los Soviets, de lo que quieren admitir nuestros burgueses, que hablan de "utopía leninista"; y en este reconocimiento está la confirmación de la vitalidad perenne de la doctrina marxista y de la historicidad de la revolución maximalista que representa un momento necesario en el devenir histórico.

El triunfo de nuestra fracción en el Congreso no debe ilusionarnos ni inducirnos a frenar nuestra obra de cultura y de educación; eso por el contrario nos crea mayores responsabilidades. El mundo capitalista está en crisis; el desplazamiento sufrido por los innumerables ahorros que han pasado a las manos de unos pocos capitalistas da audacia a la burguesía, pero al mismo tiempo determina dentro de ella una lucha intestina; se perfila para un tiempo no lejano, un encontronazo formidable de intereses entre industriales y agricultores, entre Norte y Sur, sobre la cues-

tión de las tarifas aduanales. El Estado burgués, o pequeño burgués, amenaza quedar a descubierto por un momento.

(Siguen diez líneas tachadas.)

(14 de septiembre de 1918, El Grito del Pueblo, firmado S. G.)

DEMOCRACIA OBRERA

Un problema urgente se impone hoy a todo socialista que sienta vivo el sentimiento de la responsabilidad histórica que incumbe a la clase trabajadora y al Partido que representa la conciencia crítica y operante de su misión.

¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales que la guerra desencadenó? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente, hasta convertirse en el esqueleto del Estado socialista en el que se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente y el futuro, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y "anticipar" el futuro?

Este escrito quiere ser un estímulo a pensar y a obrar; quiere ser una invitación a los mejores y a los más concientes de los obreros para que reflexionen y, cada uno en la esfera de la propia competencia y de la propia acción, colaboren a la solución del problema, haciendo converger sobre sus términos la atención de los compañeros y de las asociaciones. Sólo a través de un trabajo común y solidario de clarificación, de persuasión y de educación recíproca nacerá la acción concreta de construcción.

El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase traba-

jadora explotada. Ligar estas instituciones entre ellas, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente, si bien respetando las necesarias autonomías y articulaciones, significa crear ya desde ahora una verdadera democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el Estado Burgués, preparada ya desde ahora a sustituir al Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.

Hoy el movimiento obrero está dirigido por el Partido socialista y por la Confederación del Trabajo; pero por lo que respecta a la gran masa trabajadora, el ejercicio del poder social del Partido y de la Confederación se efectúa indirectamente, por la fuerza del prestigio y del entusiasmo, por presión autoritaria y hasta por inercia. La esfera de prestigio del Partido se amplía diariamente, alcanza capas populares hasta ahora inexploradas, suscita consenso y deseo de trabajar provechosamente para el advenimiento del comunismo en grupos e individuos ausentes hasta ahora de la lucha política. Es necesario dar una forma y una disciplina permanente a estas energías desordenadas y caóticas, absorberlas, componerlas y potenciarlas, hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad que se eduque, que haga una experiencia, que adquiera un conocimiento responsable de los deberes que incumben a las clases llegadas al poder del Estado.

El Partido socialista y los sindicatos profesionales no pueden absorber a toda la clase trabajadora sino al través de un trabajo de años y de decenas de años. Ellos no se identificarán inmediatamente con el Estado proletario; en efecto en las Repúblicas comunistas siguen subsistiendo independientemente del Estado, como instituciones de propulsión (el Partido) o de control y de realización parcial (los sindicatos). El Partido debe seguir siendo el órgano de educación comunista, la hoguera de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera y campesina. Precisamente para desarrollar

rígidamente este oficio suyo, el Partido no pue
par en par sus puertas a la invasión de nuevos miembros, deshabituados al ejercicio de la responsabilidad y de la disciplina.

Pero la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones, se articula en múltiples actividades. Precisamente es necesario desarrollar y organizar globalmente estas instituciones y actividades, ligándolas en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline a la entera clase trabajadora.

La fábrica con sus comisiones internas, los círculos socialistas, las comunidades campesinas, son centros de vida proletaria en los cuales es necesario trabajar directamente. Las comisiones internas son órganos de democracia obrera a los que es necesario librar de las limitaciones que les imponen los empresarios y a los que se necesita infundir nueva vida y energía. Hoy, las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desenvuelven funciones de arbitrio y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas, deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y de administración.

Ya desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, escogidos entre los mejores y más concientes de los compañeros, bajo la consigna: "Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica", coordinada con la otra: "Todo el poder del Estado a los Consejos obreros y campesinos."

De esta manera se abriría un vasto campo de propaganda concreta revolucionaria para los comunistas organizados en el Partido y en los círculos de barrio. Los círculos, de acuerdo con las secciones urbanas, deberían hacer un censo de las fuerzas obreras de la zona, y convertirse en la sede del consejo de barrio de los delegados de la fábrica, el músculo que anude y centre todas las energías proletarias del barrio. Los sistemas electorales podrían variar según la grandeza de las fábricas; sin embargo se debería intentar que se elija un delegado por cada quince obreros, divididos

por categoría (como se hace en las fábricas inglesas), llegando por medio de elecciones graduales a un comité de delegados de fábrica que incluya representantes de todo el conjunto del trabajo (obreros, empleados, técnicos). En el comité de barrio debería tenderse a incorporar delegados también de otras categorías de trabajadores que vivan en el barrio: meseros, choferes, tranviarios, ferrocarrileros, empleados municipales, empleados privados, agentes de ventas, etc.

El comité de barrio debería ser emanación de *toda la clase trabajadora* que habite en el barrio, emanación legítima y autorizada, capaz de hacer respetar unà disciplina, investida del poder que le ha sido espontáneamente delegado, y capaz de ordenar la paralización inmediata e íntegra de cualquier trabajo en todo el barrio.

Los comités de barrio se engrandecerían formando comisariados urbanos, controlados y disciplinados por el Partido Socialista y por las federaciones del trabajo. (En el sentido de oficio, profesión o categoría. N. del T.)

Un sistema tal de democracia obrera (integrado con organizaciones equivalentes de campesinos) daría una forma y una disciplina permanente a las masas, sería una magnífica escuela de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en campaña que tiene necesidad de una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido a la esclavitud.

Cada fábrica constituiría uno o más regimientos de este ejército, con sus caporales, con sus servicios de coordinación, con su oficialidad, con su estado mayor, con poderes delegados por libre elección, no impuestos autoritariamente. Al través de los mítines en el interior de la fábrica y con la obra incesante de propaganda y de persuasión desarrollada por los elementos más concientes, se obtendrá una transformación radical de la psicología obrera, se convertiría a la masa en mejor preparada y capaz para el ejercicio del poder, se difundiría una conciencia de los deberes

y de los derechos del compañero y del trabajador, justa y eficiente porque ha sido generada espontáneamente por la experiencia viva e histórica.

Ya lo hemos dicho: estos apuntes rápidos se proponen tan sólo estimular el pensamiento y la acción. Cada aspecto del problema merecería un vasto y profundo tratamiento, aclaraciones, integraciones subsidiarias y coordinadas. Pero la solución concreta e integral de vida socialista sólo puede ser dada por la práctica comunista: la discusión en común, que modifica las conciencias unificándolas y colmándolas de entusiasmo activador. Decir la verdad, llegar juntos a la verdad es realizar acción comunista y revolucionaria. La fórmula "dictadura del proletariado" debe dejar de ser sólo una fórmula, una ocasión para desahogar fraseología revolucionaria. Quien quiere al fin, debe querer también los medios. La dictadura del proletariado es la instauración de un nuevo Estado, típicamente proletario, en el cual confluyen las experiencias institucionales de la clase oprimida, en el cual la vida social de la clase obrera y campesina se convierte en sistema difuso y fuertemente organizado. Este Estado no se improvisa: los comunistas bolcheviques rusos trabajaron durante ocho meses en difundir y hacer concreta la consigna: todo el poder a los Soviets, y los Soviets eran ya conocidos por los obreros rusos desde 1905. Los comunistas italianos deben atesorar la experiencia rusa y economizar tiempo y trabajo: la obra de reconstrucción exigirá tanto tiempo y tanto trabajo, que cada día y cada acto debería poderle ser destinado.

(21 de junio de 1919 "L'Ordine Nuovo", escrito por Gramsci en colaboración con Palmiro Togliatti.)

LA CONQUISTA DEL ESTADO

La concentración capitalista, determinada por el modo de producción, produce una concentración de masas humanas trabajadoras. En este hecho es donde hay que buscar el origen de todas las tesis revolucionarias del marxismo, donde hay que buscar las condiciones de las nuevas costumbres proletarias, del nuevo orden comunista destinado a sustituir las costumbres burguesas, al desorden capitalista generado por la libre competencia y por la lucha de clases.

En la esfera de la actividad general capitalista, también el trabajador actúa en el nivel de la libre competencia, es un individuo-ciudadano. Pero al mismo tiempo, las condiciones de inicio de la lucha no son iguales para todos: la existencia de la propiedad privada coloca a la minoría social en condiciones de privilegio, hace la lucha desigual. El trabajador está expuesto continuamente a los riesgos más terribles: su vida elemental misma, su cultura, la vida y el porvenir de su familia están expuestos a bruscos contragolpes del mercado de trabajo. El trabajador intenta entonces salir de la competencia y del individualismo. El principio de asociación y solidaridad se convierte en esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y las costumbres de los obreros y los campesinos. Surgen instituciones y órganos en los que este principio se encarna; sobre la

base de ellos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo de los medios de producción y de intercambio.

El asociacionismo puede y debe ser considerado como el hecho esencial de la revolución proletaria. En dependencia con esta tendencia histórica surgieron y se desarrollaron en el período precedente al actual, (que podemos llamar de la I y II Internacional o período de reclutamiento), los partidos socialistas y los sindicatos profesionales.

Sin embargo el desarrollo de estas instituciones proletarias y de todo el movimiento proletario en general no fue autónomo, no obedecía a leyes propias inmanentes en la vida y en la experiencia histórica de la clase trabajadora explotada. Las leyes de la historia eran dictadas por la clase propietaria organizada en el Estado. El Estado ha sido siempre el protagonista de la historia, porque en sus órganos se concentra la potencia de la clase propietaria, en el Estado la clase propietaria se disciplina y arregla su unidad, por encima de las diferencias y de los estirones de la competencia, para mantener intacta la condición de privilegio en la fase suprema de la competencia misma: la lucha de clase por el poder, por la preeminencia en la dirección y en el sometimiento de la sociedad.

En este período el movimiento proletario fue tan sólo una función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que asumir una forma, no por ley interna, sino por ley externa, bajo la presión formidable de acontecimientos y de coerciones derivados de la competencia capitalista. En eso tienen su origen los conflictos, las desviaciones, las vacilaciones y los compromisos que caracterizan todo el período de vida del movimiento proletario precedente al actual, y que culminaron en la bancarrota de la II Internacional.

Algunas corrientes del movimiento socialista y proletario habían colocado como el hecho esencial para la revolución, la organización obrera por oficios y sobre ésta basaban su propaganda y su acción.

Por un momento pareció que el movimiento sindicalista

era el verdadero intérprete del marxismo, el verdadero intérprete de la realidad.

El error del sindicalismo consiste en esto: en asumir como un hecho permanente, como la forma perenne del asociacionismo, el sindicato industrial en la forma y con las funciones actuales, que son impuestas y no propuestas, y que por tanto no pueden tener una línea constante y previsible de desarrollo. El sindicalismo, que se presentó como iniciador de una tradición libertaria "espontaneísta", ha sido en verdad uno de tantos camuflajes del espíritu jacobino y abstracto.

De ahí los errores de la corriente sindicalista, que no logró substituir al Partido Socialista en la tarea de educar para la revolución a la clase trabajadora. Los obreros y los campesinos sentían que durante todo el período en el que la clase propietaria y el Estado democrático-parlamentario dictan las leyes de la historia, todo intento de evasión de la esfera de estas leyes es inútil y ridículo. Es cierto que en la configuración general asumida por la sociedad con la producción industrial, todo hombre puede participar activamente en la vida y modificar el ambiente, sólo en cuanto actúa como individuo-ciudadano, miembro del Estado democrático-parlamentario. La experiencia liberal no ha sido vana y no puede ser superada sino después de haberse hecho. El apoliticismo de los apolíticos fue tan sólo una degeneración de la política: negar y combatir al Estado es un hecho político tanto como el integrarse en la actividad general histórica que se unifica en el Parlamento y en los municipios, instituciones populares del Estado.

Lo que varía es la calidad del hecho político: los sindicalistas trabajaban fuera de la realidad y por tanto su política era fundamentalmente equivocada; los socialistas parlamentaristas trabajaban en el interior de las cosas, podían equivocarse (es más, cometieron muchos y graves errores), pero no se equivocaron en el sentido de su acción y por ello triunfaron en la "competencia"; las grandes masas, las que con su intervención modifican objetivamente las relaciones sociales, se organizaron alrededor del Parti-

do Socialista. No obstante todos los errores y las limitaciones, el Partido logró, en última instancia su misión: convertir en algo al proletario que antes era nada, darle una conciencia, dar al movimiento de liberación un sentido recto y vertical que correspondía, en líneas generales, al proceso de desarrollo histórico de la sociedad humana.

El error más grande del movimiento socialista ha sido de naturaleza semejante al de los sindicalistas. Participando en la actividad general de la sociedad humana en el Estado, los socialistas olvidaron que su posición debía mantenerse esencialmente de crítica, de antítesis. Se dejaron absorber por la realidad, no la dominaron.

Los comunistas marxistas deben caracterizarse por una psicología que podemos llamar "mayéutica". Su acción no es de abandono al curso de los acontecimientos determinados por las leyes de la competencia burguesa, sino de una expectación crítica. La historia es un hacerse continuo, y por tanto esencialmente imprevisible. Pero esto no significa que "todo" sea imprevisible dentro del hacerse de la historia, es decir, que la historia sea dominio del arbitrio y el capricho irresponsable. La historia es al mismo tiempo libertad y necesidad. Las instituciones, en cuyo desarrollo y en cuya actividad la historia se encarna, surgieron y se mantienen porque tienen una tarea y una misión por realizar. Surgieron y se desarrollaron determinadas condiciones objetivas de producción de los bienes materiales y de conciencia espiritual de los hombres. Si estas condiciones objetivas, que por su naturaleza mecánica son medibles casi matemáticamente, cambian, cambia también la suma de relaciones que regula e informa a la sociedad humana; cambia el grado de conciencia de los hombres; la configuración social se transforma, las instituciones tradicionales se empobrecen, son inadecuadas para su tarea, se convierten en estorbosas y peligrosas. Si la inteligencia fuese incapaz de tomar un ritmo y de establecer un proceso dentro del hacerse de la historia, la vida de la civilización sería imposible: el genio político se reconoce precisamente por esta capacidad de adueñarse del mayor número posi-

ble de términos concretos necesarios y suficientes para fijar un proceso de desarrollo y por la capacidad de anticipar el futuro próximo y remoto, y sobre la línea de esta intuición, disponer la actividad de un Estado, arriesgar la fortuna de un pueblo. En este sentido, Carlos Marx ha sido por mucho, el más grande de los genios políticos contemporáneos.

Los socialistas han aceptado, a menudo tontamente, la realidad histórica producto de la iniciativa capitalista; han caído en el error de psicología de los economistas liberales: creer en la perpetuidad de las instituciones del Estado democrático, en su fundamental perfección. Según ellos la forma de las instituciones democráticas puede ser corregida, retocada aquí y allá, pero debe ser fundamentalmente respetada. Un ejemplo de esta psicología estrechamente vanidosa nos lo da el juicio de Felipe Turati, según el cual, el parlamento es al Soviet lo que la ciudad a la horda bárbara.

La fórmula actual para "la conquista del Estado" nace de esta concepción equivocada del devenir histórico, de la práctica añosa del compromiso y de una táctica "cretinamente" parlamentarista.

Nosotros estamos persuadidos, después de las experiencias revolucionarias en Rusia, Hungría y Alemania, que el Estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del Estado capitalista, sino que es una creación fundamentalmente nueva respecto a ellas, si bien no respecto a la historia del proletariado. Las instituciones del Estado capitalista están organizadas para los fines de la libre competencia: no basta cambiar el personal para dirigir su actividad en otra dirección. El Estado socialista no es todavía el comunismo, es decir la instauración de una práctica y de unas costumbres económicas solidarias, sino es el Estado de transición que tiene la tarea de suprimir la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: esta tarea no puede ser realizada por la democracia parlamentaria. La fórmula "conquista del Estado" debe ser entendida en este sentido:

creación de un nuevo tipo de Estado, generado por la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución con el del Estado democrático-parlamentario.

Y aquí regresamos al punto de partida. Habíamos dicho que las instituciones del movimiento socialista y proletario del período precedente al actual, no se desarrollaron autónomamente, sino como resultado de la configuración general de la sociedad humana dominada por las leyes soberanas del capitalismo. La guerra ha vuelto de cabeza la situación estratégica de la lucha de clases. Los capitalistas perdieron la preeminencia; su libertad se ve limitada; su poder anulado. La concentración capitalista llegó al máximo desarrollo que le era consentido, realizando el monopolio mundial de la producción y de los intercambios. La concentración correspondiente de las masas trabajadoras ha dado una potencia inaudita a la clase proletaria revolucionaria.

Las instituciones tradicionales del movimiento se han vuelto incapaces de contener tanto resurgir de vida revolucionaria. Su misma forma es inadecuada para el sometimiento de las fuerzas integradas en el proceso histórico conciente. Dichas fuerzas no han muerto. Nacidas como función de la libre competencia, deben continuar subsistiendo hasta la supresión de todo resíduo de competencia, hasta la completa supresión de las clases y de los partidos, hasta la fusión de las dictaduras proletarias nacionales en la Internacional comunista. Pero junto a ellas deben surgir y desarrollarse instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal, que precisamente substituirán a las instituciones privadas y públicas del Estado democrático parlamentario. Instituciones que substituyan la persona del capitalista en las funciones administrativas y en el poder industrial, y realicen la autonomía del productor en la fábrica; instituciones capaces de asumir el poder directivo de todas las funciones inherentes al complejo sistema de relaciones de producción y de intercambio que ligan los departamentos de una fábrica entre sí, constituyendo la unidad económica elemental, que ligan las varias actividades de la industria

agrícola, que en planos horizontales y verticales deben constituir el armonioso edificio de la economía nacional e internacional, liberado de la tiranía engorrosa y parasitaria de los propietarios privados.

Jamás el empuje y el entusiasmo revolucionario han sido más fervientes en el proletariado de Europa occidental. Pero nos parece que a la conciencia lúcida y exacta del fin no se acompaña una conciencia igual de lúcida y exacta de los medios idóneos, en el momento actual, para el logro del fin mismo. En las masas se ha enraizado ya la convicción de que el Estado proletario está encarnado en un sistema de Consejos de obreros, campesinos y soldados. Todavía no se ha formado una concepción táctica que asegure objetivamente la creación de este Estado. Es necesario por tanto crear desde ahora una red de instituciones proletarias, enraizadas en la conciencia de las grandes masas, seguras de la disciplina y de la fidelidad permanente de las grandes masas, y en las cuales la clase de los obreros y de los campesinos, en su totalidad, asuma una forma rica de dinamismo y de posibilidades de desarrollo. Es cierto que si hoy, en las condiciones actuales de organización proletaria, se verificara un movimiento de masas con carácter revolucionario, los resultados se consolidarían en una pura corrección formal del Estado democrático, se resolverían en un aumento de poder de la Cámara de diputados (a través de una asamblea constituyente) y en la subida al poder de los socialistas intrigantes y anticomunistas. La experiencia alemana y austríaca debe enseñar alguna cosa. Las fuerzas del Estado democrático y de la clase capitalista son todavía inmensas: no hay que disimularse que el capitalista se rige especialmente por obra de sus sicarios y de sus lacayos y semejante ralea no ha desaparecido ciertamente.

La creación del Estado proletario no es en suma, un acto taumatúrgico: es también un hacerse, es un proceso de desarrollo. Presupone un trabajo preparatorio de sistemación y de propaganda. Es necesario dar mayor desarrollo y mayores poderes a las instituciones proletarias de fá-

brica ya existentes, hacer surgir algunas semejantes en las aldeas, lograr que los hombres que las compongan sean comunistas concientes de la misión revolucionaria que la institución debe asumir. De otra manera todo nuestro entusiasmo, toda la fe de las masas trabajadoras no logrará impedir que la revolución se traduzca míseramente en un nuevo Parlamento de intrigantes, de fatuos y de irresponsables, y que nuevos y espantosos sacrificios sean necesarios para el advenimiento del Estado de los proletarios.

(12 de Julio de 1919, "L'Ordine Nuovo")

EL PARTIDO Y LA REVOLUCION

El Partido socialista, con su red de secciones (que en los grandes centros industriales son, a su vez, el eje de un compacto y potente sistema de círculos de barrio), con sus federaciones provinciales, unificadas sólidamente por las corrientes de ideas y de actividad que irradian las secciones urbanas, con sus congresos anuales, que aplican la soberanía más alta del Partido, ejercida por la masa de los inscritos al través de delegaciones bien definidas y limitadas de poder, congresos convocados siempre para discutir y resolver problemas inmediatos y concretos, con su dirección, que emana directamente del congreso y constituye el comité permanente ejecutivo y de control, el Partido socialista constituye un aparato de democracia proletaria que, en la fantasía política puede fácilmente ser visto como "ejemplar".

El Partido socialista es un modelo de sociedad "libertaria", disciplinada voluntariamente, por medio de un acto explícito de conciencia; imaginar toda la sociedad humana como un colosal Partido socialista, con sus solicitudes de admisión, no puede dejar de suscitar el prejuicio contractual de muchos espíritus subversivos, educados más en Juan Jacobo Rousseau y en los folletos anarquistas, que en las doctrinas históricas y económicas del marxismo. La Constitución de la República rusa de los Soviet se funda sobre

principios idénticos a aquellos sobre los que se funda el Partido socialista; el gobierno de la soberanía popular rusa funciona en formas sugestivamente idénticas a las formas de gobierno del Partido socialista. No es para nada extraño que de estos motivos de analogías y de aspiraciones instintivas haya nacido el mito revolucionario, por medio del cual se concibe la instauración del poder proletario como una dictadura del sistema de secciones del Partido socialista.

Esta concepción es por lo menos tan utópica, como aquella que reconoce en los sindicatos y en las Cámaras del Trabajo, las formas del proceso de desarrollo revolucionario. La sociedad comunista puede ser concebida solo como una formación "natural" adherente al instrumento de producción y de intercambio; y la revolución puede ser concebida como el acto de reconocimiento histórico de la "naturaleza" de esta formación. El proceso revolucionario se identifica por tanto, solamente con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, determinado por el choque de las contradicciones inherentes a la convivencia humana bajo un régimen de propiedad capitalista. Agarradas en la tenaza de los conflictos capitalistas, amenazadas de una condena sin apelación a la pérdida de los derechos civiles y espirituales, las masas se alejan de las formas de la democracia burguesa, salen de la legalidad de la constitución burguesa. Sin una reacción de la conciencia histórica de las masas populares que encuentran un nuevo marco, que aplican un nuevo orden en el proceso de producción y de distribución de la riqueza, la sociedad iría a su disolución, toda producción de riqueza útil se detendría y los hombres se precipitarían en un oscuro abismo de miseria, de barbarie y de muerte. Los organismos de lucha del proletariado son los "agentes" de este colosal movimiento de masas; el Partido socialista es indudablemente el máximo "agente" de este proceso de derrumbamiento y de nueva formación, pero no es y no puede ser concebido como la forma de este proceso, forma maleable y plasmable al arbitrio de los dirigentes. La socialdemocracia alemana (entendida en su conjunto de movimiento sindical y político)

ha aplicado la paradoja de constreñir violentamente el proceso de la revolución a las formas de su organización y creyó dominar la historia Creó sus Consejos de autoridad, con la mayoría segura de sus hombres; trabó la revolución, la domesticó. Hoy ha perdido todo contacto con la realidad histórica, a no ser el contacto del puño de Noske * con la nuca del obrero, y el proceso revolucionario sigue su curso incontrolado, aun misterioso, que aflorará en desconocidos estallidos de violencia y de dolor.

El Partido socialista, con su acción intransigente en el dominio político provoca los mismos resultados que los sindicatos en el campo económico: pone fin a la libre competencia. El Partido socialista, con su programa revolucionario, sustrae al aparato del estado burgués la base democrática del consenso de los gobernados. Influye cada vez más a profundas masas populares y les asegura que el estado de disgusto en que se debaten no es una frivolidad, no es un malestar sin salida, sino que corresponde a una necesidad objetiva, es el momento ineluctable de un proceso dialéctico que debe desembocar en una laceración violenta, en una regeneración de la sociedad. He aquí que el Partido se viene identificando así con la conciencia histórica de las masas populares y gobierna el movimiento espontáneo, irresistible: este gobierno es incorpóreo, funciona al través de millones y millones de ligas espirituales, es una irradiación de prestigio, que solo en momentos culminantes puede convertirse en un gobierno efectivo: para un llamamiento a la calle, para el alineamiento corpóreo de fuerzas militantes, dispuestas a la lucha para alejar un peligro, para disolver una nube de violencia reaccionaria.

Una vez obtenido el resultado de paralizar el funcionamiento del gobierno legal de las masas populares, se inicia para el partido la fase de actividad más difícil y más delicada: la fase de actividad positiva. Las concepciones di-

* Gustavo Noske (1868-1946) socialista ya comprometido en 1914 con el intervencionismo alemán, fue ministro de guerra durante la república de Ebert. Su "puño de hierro" contra los comunistas llevó en 1919, entre otras cosas al asesinato de Rosa Luxemburg y de Liebknecht.

fundidas por el partido actúan autónomamente en las conciencias individuales y determinan configuraciones sociales nuevas, adherentes a estas concepciones, determinan organismos que funcionan por ley íntima, determinan aparatos embrionales de poder, en los que la masa actúa en su gobierno, en los que la masa adquiere conciencia de su responsabilidad histórica y de su misión precisa de crear las condiciones del comunismo regenerador. El partido, como formación compacta del militante de una idea da su influencia a este íntimo trabajar de nuevas estructuras, a esta laboriosidad de millones y millones de difusores sociales que preparan los rojos bancos coralíferos que un día no lejano, al salir a la superficie romperán los ímpetus de la borrasca oceánica, tranquilizarán otra vez las olas, fijarán nuevamente un equilibrio en las corrientes y en los climas; pero este influjo es orgánico, está en el circuito de las ideas, está en mantener intacto el aparato de gobierno espiritual, está en el hecho de que millones y millones de trabajadores, fundando las nuevas jerarquías, instituyendo los nuevos órdenes, saben que la conciencia histórica que los mueve tiene una encarnación viviente en el Partido socialista, está justificada por una doctrina, la doctrina del Partido socialista, tiene un potente baluarte, la fuerza política del Partido socialista.

El Partido sigue siendo la jerarquía superior de este movimiento irresistible de masas, el Partido ejercita la más eficaz de las dictaduras, esa que nace del prestigio, que es la aceptación conciente y espontánea de una autoridad que se reconoce como indispensable para el logro de la obra emprendida. Habrá grandes líos si debido a una concepción sectaria del papel del Partido en la revolución se pretende fijar en formas mecánicas de poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, se pretende constreñir el proceso revolucionario dentro de las formas del Partido; se logrará desviar una parte de los hombres, se logrará "dominar" la historia; pero el proceso revolucionario real escapará al control y a la influencia del

Partido, convertido inconcientemente en organismo de conservación.

La propaganda del Partido socialista insiste hoy en estas tesis irrefutables:

Las relaciones tradicionales de apropiación capitalista del producto del trabajo humano han cambiado radicalmente. Antes de la guerra, el trabajo italiano permitía, sin graves choques repentinos, la apropiación del 60 por ciento de la riqueza producida por el trabajo por parte de la exigua minoría capitalista y por parte del Estado, mientras que las decenas de millones de la población trabajadora debían contentarse con un escaso 40 por ciento para satisfacer las exigencias de la vida elemental y de la vida superior cultural. Hoy, después de la guerra, se verifica este fenómeno: la sociedad italiana produjo sólo la mitad de la riqueza que consume; el Estado adeuda sumas colosales al trabajo futuro; es decir, hace al trabajo italiano cada vez más esclavo de la plutocracia internacional. A los dos recaudadores de dividendos sobre la producción (los capitalistas y el Estado) se ha agregado un tercero, puramente parasitario: la pequeña burguesía de la casta militar-burocrática que se formó durante la guerra. Ella toma precisamente esa mitad de riqueza no producida que viene cargada a la cuenta del trabajo futuro; la toma directamente como sueldos y pensiones, la toma indirectamente por su función parasitaria; presupone la existencia de todo un aparato parasitario. Si la sociedad italiana produce sólo 15,000 millones de riqueza mientras consume 30,000, y estos 15,000 millones son producidos por ocho horas diarias de trabajo de las decenas de millones de trabajadores que reciben 6 ó 7 mil millones de salario, el presupuesto capitalista sólo puede ser equilibrado de una manera: obligando a la población trabajadora, a dar, por la misma cantidad de salario, una, dos, tres, cuatro, cinco horas de trabajo de más, de trabajo no pagado, de trabajo que va a enriquecer el capital, para que reconquiste su función de acumulación, que va al Estado para que pague sus deudas, para que consolide la situación económica de la pequeña burguesía pensionada y

la premie por los servicios prestados con las armas, al Estado y al capital, para que obligue a la población trabajadora a reventar encima de las máquinas y en los surcos de la tierra.

En esta situación general de las relaciones capitalistas, la lucha de clases no puede ser dirigida a otro objetivo que a la conquista del poder del Estado por parte de la clase obrera, para dirigir este inmenso poder contra los parásitos y obligarlos a regresar al orden del trabajo y abolir de un golpe la monstruosa porción de la riqueza que se llevan hoy. En esta tarea debe cooperar toda la clase trabajadora y toda la clase trabajadora debe asumir forma conciente según el orden que ella asume en el proceso de producción y de intercambio: de esta manera, cada obrero, cada campesino es llamado al Consejo a colaborar en el esfuerzo de regeneración, es llamado para constituir el aparato del gobierno industrial y de la dictadura: en el Consejo se encarna la forma actual de la lucha de clases tendiente al poder. Y se perfila así la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario: el Consejo, el sindicato, el Partido socialista. El Consejo, formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida por la conciencia de sí conquistada por una parte de los productores. El sindicato y el Partido, asociaciones voluntarias, instrumentos de propulsión del proceso revolucionario, "agentes" y "gerentes" de la revolución; el sindicato que coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista; el Partido socialista, modelo viviente y dinámico de una convivencia social que une la disciplina a la libertad y hace rendir al espíritu humano toda la energía y el entusiasmo de que es capaz.

(27 de Diciembre de 1919, "L'Ordine Nuovo")

LO PRIMERO: RENOVAR EL PARTIDO

El Partido socialista es el partido de los obreros y de los campesinos pobres. Surgido en el campo de la Democracia Liberal (en el campo de la competencia política, que es una proyección del proceso del desarrollo del capitalismo) como una de las fuerzas sociales que tienden a crearse una base de gobierno y a conquistar el poder del estado para dirigirlo en beneficio de sus adheridos, su misión consiste en organizar a los obreros y a los campesinos pobres en clase dominante, en estudiar y promover las condiciones favorables para el advenimiento de una clase proletaria.

El Partido Socialista Italiano ha logrado hacer realidad la más fácil y elemental de las partes de su tarea histórica: ha logrado agitar a las masas desde sus capas más profundas, ha logrado atraer la atención del pueblo trabajador sobre su programa de revolución y de estado obrero, ha logrado construir un aparato de gobierno de tres millones de ciudadanos que, si logra consolidarse y materializarse en instituciones permanentes revolucionarias hubiera sido suficiente para apoderarse del poder del estado. El Partido Socialista no ha logrado la parte esencial de su tarea histórica: no ha logrado dar una forma permanente y sólida al aparato que había logrado suscitar agitando las masas.

No ha sido capaz de progresar y por tanto ha caído en

una crisis de letargo y de marasmo. Construido para tomar el poder, construido como un alineamiento de fuerzas militantes decididas a dar la batalla, el aparato de gobierno del Partido Socialista se hace pedazos, se disgrega; el partido pierde cada día más el contacto con las grandes masas en movimiento; los acontecimientos se desarrollan y el partido está ausente; el país es recorrido por estremecimientos de fiebre, las fuerzas disolventes de la democracia burguesa y del régimen capitalista continúan actuando implacables y despiadadas y el partido no interviene, no ilumina a las grandes masas de los obreros y de los campesinos, no justifica su actuar y su no actuar, no lanza consignas que calmen las impaciencias, que impidan las desmoralizaciones que mantengan unidas las filas y compacta la formación de los ejércitos obreros y campesinos. El Partido, que se había convertido en la más grande energía histórica de la nación italiana, cayó en una crisis de infantilismo político, es hoy la más grande de las debilidades sociales de la nación italiana. No hay que maravillarse entonces de que en estas propicias condiciones se desarrollen y pululen con rapidez impresionante los gérmenes de disolución del ejército revolucionario: el inmovilismo oportunista y reformista y la fraseología seudorrevolucionaria anárquica (dos aspectos de la tendencia pequeño burguesa).

Las condiciones internacionales y nacionales de la revolución proletaria se perfilan cada vez más netas y precisas y se consolidan. Y he aquí que precisamente en el momento que pudiera ser decisivo, el instrumento máximo de la revolución proletaria italiana, el partido socialista se descompone, agredido y cercado insidiosamente por los politiqueros parlamentaristas y por los funcionarios confederales, por individuos que reivindican un poder representativo que no tiene base seria y concreta, que se funda sobre el equívoco, que se funda sobre la ausencia de toda continuidad de acción y sobre la flojera mental que es propia de los obreros como de todos los demás italianos. Y por la parte comunista, por la parte revolucionaria, la parte de los organismos directivos elegidos por la mayoría revolucionaria,

no hay ninguna acción de conjunto para detener esta descomposición, para desinfectar el partido, para organizarlo en un ejército homogéneo, para organizarlo como sección de la tercera internacional, integrada fuertemente en el sistema mundial de fuerzas revolucionarias que tratan seriamente de aplicar las tesis comunistas.

La resistencia del bloque imperialista, que había logrado subyugar al mundo ha sido rota y disgregada por las victorias militares del estado obrero ruso. El sistema de la revolución proletaria internacional, que gira alrededor de la existencia y del desarrollo como potencia mundial del estado obrero ruso, posee hoy un ejército de dos millones de bayonetas, ejército lleno de entusiasmo guerrero porque ha sido victorioso y porque es conciente de ser el protagonista de la historia contemporánea. Las victorias y los avances del ejército de la tercera internacional conmueven las bases del sistema capitalista, aceleran el proceso de descomposición de los estados burgueses, agudizan los conflictos en el seno de las democracias occidentales. Los ingleses se preocupan por la India, Turquía, Persia, Afganistán, China, donde se multiplican los focos de revuelta, y con una leve presión hacen desaparecer a Clemensov de la escena política. La caída del títere antibolchevique revela inmediatamente las grietas en el bloque reaccionario francés, e inicia la disgregación del estado político: la tendencia comunista e intransigente se refuerza en el movimiento obrero. La cuestión rusa pone de frente al oportunismo de Lloyd George con la intransigencia contrarrevolucionaria de Winston Churchill, pero el terreno de la democracia británica, ya magnífico campo de maniobra para la demagogia radical de Lloyd George, ha cambiado completamente: la estructura de la clase obrera inglesa continúa desarrollándose, lenta pero seguramente, hacia formas superiores; los obreros quieren intervenir más a menudo y más directamente en la deliberación de los programas de acción; los congresos de los sindicatos se multiplican y los revolucionarios cada vez más a menudo y más eficazmente hacen oír su voz; el comité permanente de los congresos

sindicales se transfiere de las manos del grupo parlamentario laborista a las manos de un comité central obrero. En Alemania el gobierno de Scheidemann se descompone, siente que cada vez tiene menos consenso popular, el terror blanco se propaga brutalmente; los obreros comunistas e independientes han reconquistado una cierta libertad de movimiento y se difunde la persuasión de que sólo la dictadura proletaria puede salvar a la nación alemana de la ruina económica y de la reacción militarista. El sistema internacional contrarrevolucionario se disuelve, debido al agudizamiento de las contradicciones internas de la democracia burguesa y de la economía capitalista y debido a los gigantescos empujes del proletariado ruso. El estado burgués italiano se rompe en pedazos debido a las huelgas colosales en los servicios públicos, debido a la quiebra fraudulenta y ridícula de la política exterior e interior. Las condiciones suficientes y necesarias para la revolución proletaria se dan tanto en el campo internacional como en el campo nacional. Y he aquí: el partido socialista está por debajo de sí mismo y de su misión; partido de agitadores, de negadores, de intransigentes en las cuestiones de táctica general, de apóstoles de las teorías elementales, no logra organizar y enmarcar a las grandes masas en movimiento, no logra llenar los minutos y las jornadas, no logra encontrar un campo de acción que en todo momento lo tenga en contacto con las grandes masas. No logra organizar su propia interior formación, no tiene una disciplina teórica y práctica que le consienta permanecer siempre adherido a la realidad proletaria nacional e internacional para dominarla para controlar los acontecimientos y no ser arrastrado y apachurrado. El partido de los obreros y de los campesinos revolucionarios, deja que el ejército permanente de la revolución, los sindicatos obreros, permanezca bajo el control de oportunistas que establecen a su placer el mecanismo de maniobra, que sistemáticamente sabotea toda acción revolucionaria, que son un partido en el partido, y el partido más fuerte, porque domina los músculos motores del cuerpo obrero. Dos huelgas, que podían ser peligrosas

para el estado, se han desarrollado y dejarán muchos motivos de recriminaciones y de agresivas polémicas por parte de los anarquistas, sin que el partido tenga una sola palabra que decir, un método que afirmar que no sea el mismo viejo y cansado de la más cansada segunda internacional: distinguir entre huelga económica y huelga política. Y así mientras el estado padecía una crisis agudísima, mientras la burguesía armada y llena de odio hubiese podido iniciar una ofensiva contra la clase obrera, mientras se perfilaba el golpe de mano militarista, los centros revolucionarios obreros fueron dejados a su propia suerte, sin una consigna general; la clase obrera se encontró encerrada y aprisionada en un sistema de compartimientos estancos, perdida, desilusionada, expuesta a todas las tentaciones anárquicas.

¿Estamos nosotros desmoralizados? No. Pero es necesario decir la verdad desnuda y cruda, es necesario revelar una situación que puede, que debe ser cambiada; el partido socialista debe renovarse, si no quiere ser arrollado y aplastado por los acontecimientos que se suceden uno tras otro; debe renovarse porque su derrota significaría la derrota de la revolución. El partido socialista debe ser en serio una sección de la tercera internacional, y debe comenzar con aplicar sus tesis en su seno, en el seno de la formación de los obreros organizados. Las masas organizadas deben convertirse en dueñas de sus organismos de lucha, deben "organizarse en clase dirigente" antes de todo en sus propias instituciones, deben fundirse con el partido socialista. Los obreros comunistas, los revolucionarios concientes de las tremendas responsabilidades del período actual, deben renovar al partido, darle una figura precisa y una dirección precisa, deben impedir que los oportunistas pequeño burgueses lo reduzcan al nivel de tantos partidos del país de Alicia de las Maravillas.

(23-31 de enero de 1920) "L'Ordine Nuovo")

POR UNA RENOVACION DEL PARTIDO SOCIALISTA

I. La fisonomía de la lucha de clases se caracteriza en Italia, en el momento actual por el hecho de que los obreros industriales y agrícolas están incoerciblemente determinados, sobre todo el territorio nacional, a presentar de modo explícito y violento la cuestión de la propiedad sobre los medios de producción. El empeoramiento de las crisis nacionales e internacionales que aniquilan progresivamente el valor de la moneda demuestra que el capital está "in extremis"; el orden actual de producción y distribución no logra jamás satisfacer ni siquiera las exigencias elementales de la vida humana y sólo subsiste porque es defendido ferozmente por la fuerza armada del estado burgués; todos los movimientos del pueblo trabajador italiano tienden irresistiblemente a desatar una gigantesca revolución económica, que introduzca nuevos modos de producción, un nuevo orden en el proceso productivo y distributivo, que dé a la clase de los obreros industriales y agrícolas el poder de iniciativa en la producción, arrebatándolo de las manos de los capitalistas y de los propietarios de tierras.

II. Los industriales y los terratenientes realizaron la máxima concentración de la disciplina y de la potencia de clase; una consigna lanzada por la Confederación General de la Industria italiana encuentra inmediata aplicación en

cada fábrica. El estado burgués ha creado un cuerpo mercenario armado, predispuesto a funcionar como instrumento ejecutivo de la voluntad de esta nueva y fuerte organización de la clase propietaria que tiende, a través del terrorismo y del cierre aplicado en gran escala, a restaurar su poder sobre los medios de producción, obligando a los obreros y campesinos a dejarse expropiar una cantidad multiplicada de trabajo no pagado. El último cierre de los centros metalúrgicos de Turín ha sido un episodio de esta voluntad de los industriales de poner el talón sobre la nuca de la clase obrera, los industriales aprovecharon la falta de coordinación y de concentración revolucionaria de las fuerzas obreras italianas para intentar despedazar el destacamento del proletariado de Turín y aniquilar en la conciencia de los obreros el prestigio y la autoridad de las instituciones de fábrica (consejos y comisarios de departamento) que habían iniciado la lucha por el control obrero. El prolongarse de las huelgas agrícolas en Novara y en Lomellina demuestra cómo los propietarios de tierras están dispuestos a destruir la producción para reducir a la desesperación y al hambre al proletariado agrícola y encadenarlo implacablemente a las más duras y humillantes condiciones de trabajo y de existencia.

III. La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede: o a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario para el pasaje a nuevos modos de producción y de distribución que permitan un reavivamiento de la productividad, o a una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y de la casta gubernamental. Ninguna violencia será ahorrada para subyugar al proletariado industrial y agrícola a un trabajo servil; se buscará despedazar inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (partido socialista) e incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) a los engranajes del estado burgués.

IV. A las fuerzas obreras y campesinas les hace falta coordinación y concentración revolucionaria porque los or-

ganismos directivos del partido socialista han revelado que no comprenden absolutamente nada de la fase de desarrollo por la que la historia nacional e internacional atraviesa en el período actual, y que no comprenden nada de la misión que incumbe a los organismos de lucha del proletariado revolucionario. El partido socialista asiste como espectador al desarrollo de los eventos, no tiene jamás una opinión propia que expresar, que esté en dependencia de las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que puedan ser recogidas por las masas o que puedan dar una dirección general y unificar y concentrar la acción revolucionaria. El partido socialista, como organización política de la vanguardia de la clase obrera, debería desarrollar una acción de conjunto para poner a toda la clase obrera en grado de ganar la revolución y de ganarla de modo duradero. El partido socialista, estando constituido por esa parte de la clase obrera que no se ha dejado envilecer y aplastar por la opresión física y espiritual del sistema capitalista, sino que ha logrado salvar su propia autonomía y el espíritu de iniciativa conciente y disciplinada, debería encarnar la conciencia revolucionaria vigilante de toda la clase explotada. Su tarea es: centrar en sí la atención de toda la masa, obtener que sus directrices se conviertan en directrices de toda la masa, conquistar la confianza permanente de toda la masa para convertirse en guía y cabeza pensante. Por eso es necesario que el partido viva siempre sumergido en la realidad efectiva de la lucha de clases combatida por el proletariado industrial y agrícola, que sepa comprender las diversas fases, los diversos episodios, las múltiples manifestaciones, para extraer la unidad de la diversidad múltiple, para estar en condición de dar una directriz real al conjunto de los movimientos e infundir la persuasión en la multitud de que un orden está inmanente en el espantoso desorden actual, un orden que sistematizándose, regenerará a la sociedad de los hombres y brindará el instrumento de trabajo idóneo para satisfacer las exigencias de la vida elemental y del progreso civil. El par-

tido socialista ha seguido siendo, aun después del congreso de Bolonia, un mero partido parlamentario, que se mantiene inmóvil dentro de los estrechos límites de la democracia burguesa, que se preocupa sólo de las afirmaciones superficiales de la casta gubernamental; no ha conquistado una figura autónoma de partido característico del proletariado revolucionario, y únicamente del proletariado revolucionario.

V. Después del congreso de Bolonia los organismos centrales del partido deberían haber iniciado inmediatamente y desarrollado hasta el fondo, una acción enérgica para convertir en homogéneo y cohesionado al destacamento revolucionario del partido, para darle la fisonomía específica y distinta de partido comunista adherido a la Tercera Internacional. Ni siquiera fue iniciada la polémica con los reformistas y los oportunistas; ni la dirección del partido ni "Avanti" (órgano central), opusieron una propia concepción revolucionaria a la propaganda incesante que los reformistas y los oportunistas venían desarrollando en el parlamento y en los organismos sindicales. Nada se hizo por parte de los órganos centrales del partido para dar a las masas una educación política en sentido comunista; para inducir a las masas a eliminar a los reformistas y a los oportunistas de la dirección de las instituciones sindicales y cooperativas, para dar a las secciones y a los grupos de compañeros más activos una dirección y una táctica unificada. En esta forma sucedió que mientras la mayoría revolucionaria del partido no ha tenido expresión de su pensamiento y un ejecutor de su voluntad en la dirección y en el periódico, los elementos oportunistas en cambio, se han organizado fuertemente y han explotado el prestigio y la autoridad del partido para consolidar sus posiciones parlamentarias y sindicales. La dirección les permitió concentrarse y votar resoluciones contradictorias con los principios y la táctica de la Tercera Internacional y hostiles al rumbo del partido; la dirección ha dejado absoluta autonomía a organismos subordinados, para desarrollar acciones y difundir concepciones contrarias a los principios y a

la táctica de la Tercera Internacional; la dirección del partido ha estado ausente sistemáticamente de la vida y de la actividad de las secciones, de los organismos, de los compañeros en particular. La confusión que existía en el partido antes del congreso de Bolonia y que podía explicarse por el régimen de guerra, no desapareció sino que al contrario, creció de modo espantoso; es natural que en estas condiciones el partido haya decaído en la confianza de las masas y que en muchos lugares las tendencias marxistas hayan intentado tomar la iniciativa. El partido político de la clase obrera se justifica en su existencia sólo en cuanto que, concentrando y coordinando fuertemente la acción proletaria, opone un poder revolucionario de hecho al poder legal del estado burgués y limita la libertad de iniciativa y de maniobra de este último; si el partido no realiza la unidad y la simultaneidad de los esfuerzos, si el partido se revela como un mero organismo burocrático, sin alma y sin voluntad, la clase obrera instintivamente tiende a constituirse en otro partido y se desplaza hacia las tendencias anarquistas que precisamente y ásperamente critican el centralismo y el funcionarismo de los partidos políticos.

VI. El partido ha estado ausente del movimiento internacional. La lucha de clases va asumiendo en todos los países del mundo formas gigantescas; por donde quiera los proletarios son empujados a renovar los métodos de lucha; y a menudo, como en Alemania después del golpe de fuerza militarista, a levantarse con las armas en la mano. El partido no se preocupa por explicar al pueblo trabajador italiano estos acontecimientos, de justificarlos a la luz de la concepción de la Internacional Comunista, no se preocupa por desarrollar toda una acción educativa dirigida a hacer conciente al pueblo trabajador italiano de la verdad de que la revolución proletaria es un fenómeno mundial y que todo acontecimiento debe ser considerado y juzgado en un marco mundial. La Internacional Comunista se reunió ya dos veces en Europa occidental, en diciembre de 1919 en una ciudad alemana, y en febrero de 1920 en Amsterdam; el partido italiano no estuvo representa-

do en ninguna de las dos reuniones, los militantes del partido no fueron ni siquiera informados por los organismos centrales de las discusiones acaecidas y de las deliberaciones realizadas en las dos conferencias. En el campo de la Tercera Internacional hierven las polémicas sobre la doctrina y sobre la táctica de la Internacional Comunista: esas polémicas, como en Alemania, han conducido hasta escisiones internas. El partido italiano está completamente fuera de este borbollante debate de las ideas en el que se templan las conciencias revolucionarias y se construye la unidad espiritual y de acción de los proletarios de todos los países. El órgano central del partido no tiene corresponsales propios ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania y, ni siquiera en Suiza: extraña condición para el periódico del partido socialista que en Italia representa los intereses del proletariado internacional y extraña condición para la clase obrera italiana que debe informarse a través de las noticias de las agencias y de los periódicos burgueses, truncos y tendenciosos. El "Avanti" como órgano del partido, debería ser órgano de la Tercera Internacional. En "Avanti" deberían encontrar un lugar todas las noticias, las polémicas, las disertaciones de los problemas proletarios que interesan a la Tercera Internacional; en "Avanti" debería ser conducida con espíritu unitario una incesante polémica contra todas las desviaciones y los compromisos oportunistas; en cambio el "Avanti" resalta manifestaciones de pensamiento oportunista, como el reciente discurso parlamentario del diputado Treves que se basó en una concepción de las relaciones internacionales pequeño-burguesas y desarrolló una teoría contrarrevolucionaria y derrotista de las energías proletarias. Esta ausencia, en los órganos centrales, de toda preocupación por informar al proletariado sobre los acontecimientos y las discusiones teóricas que se desarrollan en el seno de la Tercera Internacional, puede ser observada también en la actividad de la librería-editorial.

La librería sigue publicando obritas sin importancia o escritos para difundir concepciones y opiniones de la Se-

gunda Internacional, mientras descuida las publicaciones de la Tercera Internacional. Escritos de compañeros rusos, indispensables para comprender la revolución bolchevique, han sido traducidos en Suiza, Inglaterra, Alemania, pero son todavía ignorados en Italia; valga como ejemplo por todos el libro de Lenin, "Estado y Revolución"; las obras traducidas además, son traducidas pésimamente, a menudo incomprensibles debido a tortuosidades gramaticales y del sentido común.

VII. Del análisis precedente se desprende ya cual debe ser la obra de renovación y de organización que nosotros juzgamos indispensable aplicar en las filas del Partido. El Partido debe adquirir una figura propia, precisa y diferente; de partido parlamentario pequeño burgués debe transformarse en el partido del proletariado revolucionario que lucha por el porvenir de la sociedad comunista a través del Estado obrero, un partido homogéneo, cohesionado, con su propia doctrina, su táctica, una disciplina rígida e implacable. Los revolucionarios no comunistas deben ser eliminados del Partido, y la dirección, liberada de la preocupación de conservar la unidad y el equilibrio entre las diversas tendencias y entre los diversos líderes, debe dirigir toda su energía para organizar las fuerzas obreras en pie de guerra. Todo acontecimiento de la vida proletaria nacional e internacional debe ser inmediatamente comentado en manifiestos y circulares de la dirección para extraer argumentos de propaganda comunista y de educación de las conciencias revolucionarias. La dirección, manteniéndose siempre en contacto con las secciones, debe convertirse en el centro motor de la acción proletaria en todas sus expresiones. Las secciones deben promover en todas las fábricas, en los sindicatos, en las cooperativas, en los cuarteles, la constitución de grupos comunistas que difundan incesantemente en el seno de las masas las concepciones y la táctica del Partido, que organicen la creación de Consejos de fábrica para el ejercicio del control sobre la producción industrial y agrícola, que desarrollen la propaganda necesaria para conquistar orgánicamente los sindicatos,

las Cámaras del Trabajo y la Confederación General del Trabajo, para convertirse en los elementos de confianza que la masa elegirá para la formación de los Soviets políticos y para el ejercicio de la dictadura proletaria. La existencia de un partido comunista cohesionado y fuertemente disciplinado, que a través de sus núcleos de fábrica, de sindicato, de cooperativa, coordine y concentre en su comité ejecutivo central toda la acción revolucionaria del proletariado, es la condición indispensable para intentar cualquier experimento de Soviets, estando ausente esta condición, cualquier propuesta de experimento debe ser rechazada como absurda y útil tan sólo a los difamadores de la idea soviética. Del mismo modo debe ser rechazada la proposición de un "parlamentito" socialista,* que se convertiría rápidamente en un instrumento en manos de la mayoría reformista y oportunista del grupo parlamentario para difundir utopías democráticos y proyectos contrarrevolucionarios.

VIII. La Dirección debe estudiar, redactar y difundir inmediatamente un programa de gobierno revolucionario del Partido Socialista, en el que se proyecten las soluciones reales que el proletariado, convertido en clase dominante, dará a todos los problemas esenciales —económicos, políticos, religiosos, educativos, etc.—, que preocupan a los diversos estratos de la población trabajadora italiana. Basándose en la concepción de que el Partido funda toda su potencia y su acción sólo sobre la clase de los obreros industriales y agrícolas que no tienen ninguna propiedad privada y considera a las otras capas del pueblo trabajador como auxiliares de la clase netamente proletaria, el partido debe lanzar un manifiesto en el que la conquista revolucionaria del poder político se exponga en modo explícito, en el que el proletariado industrial y agrícola sea invitado a prepararse y a armarse y en el que se mencionen los

* Había un plan para reunir en una asamblea a los diputados socialistas con los representantes de los órganos directivos del partido, de los sindicatos y de las cooperativas, para que formularan un conjunto de proposiciones legislativas de contenido social.

elementos de las soluciones comunistas para los problemas actuales: control proletario sobre la producción y la distribución, desarme de los cuerpos mercenarios armados, control de los municipios ejercitado por las organizaciones obreras.

IX. La sección socialista de Turín se propone, sobre la base de estas consideraciones, promover un entendimiento con grupos de compañeros que quieran organizarse en las demás secciones para discutirlas y aprobarlas; entendimiento organizado que prepare en breve término un congreso dedicado a discutir los problemas de táctica y organización proletaria y que mientras tanto controle la actividad de los organismos ejecutivos del Partido.

(8 de Mayo de 1920 "L'Ordine Nuovo")

EL CONSEJO DE FABRICA

La revolución proletaria no es el acto arbitrario de una organización que afirma que es revolucionaria o de un sistema de organizaciones que afirman que son revolucionarias. La revolución proletaria es un larguísimo proceso histórico que se verifica en el surgir y el desarrollarse de determinadas fuerzas productivas (que nosotros resumimos en la expresión proletariado) en un determinado ambiente histórico (que nosotros resumimos en las expresiones: "modo de propiedad individual, modo de producción capitalista, sistema de fábrica, modo de organización de la sociedad en el estado democrático parlamentario"). En una determinada fase de este proceso, las fuerzas productivas nuevas no pueden desarrollarse más y organizarse en modo autónomo dentro de los esquemas oficiales bajo los cuales se desarrolla la convivencia humana; en esta fase determinada estalla el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo dirigido a romper violentamente estos esquemas, dirigido a destruir todo el aparato de poder económico y político, y dentro del cual las fuerzas productivas revolucionarias habían estado contenidas opresivamente, consiste en un esfuerzo dirigido a despedazar la máquina del estado burgués y a constituir un tipo de estado dentro de cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas encuentren la forma adecuada para su posterior desarrollo, para su pos-

terior expansión y en cuya organización ellas encuentren la dirección y las armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarios.

El proceso real de la revolución proletaria no puede ser identificado con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntario contractual como son el partido político y los sindicatos profesionales: organizaciones nacidas en el campo de la democracia burguesa, nacidas en el campo de la libertad política, como afirmación y como desarrollo de la libertad política. Estas organizaciones, en cuanto que encarnan una doctrina que interpreta el proceso revolucionario y prevé (dentro de ciertos límites de probabilidad histórica) el desarrollo, en cuanto que son reconocidas por las grandes masas como un reflejo de ellas y un aparato embrionario de gobierno de ellas mismas, son actualmente y cada vez lo serán más, los agentes directos y responsables de los actos sucesivos de liberación que la entera clase trabajadora intentará en el curso del proceso revolucionario. Sin embargo ellas todavía no encarnan este proceso, no han superado el estado burgués, no abarcan y no pueden abarcar todo el múltiple pulular de fuerzas revolucionarias que el capitalismo desencadena con su proceder implacable de máquina de explotación y de opresión.

En el período de predominio económico y político de la clase burguesa el desarrollo real del proceso revolucionario acontece subterráneamente, en la oscuridad de la fábrica y en la oscuridad de la conciencia de las multitudes explotadas que el capitalismo sujeta a sus leyes; dicho desarrollo no es controlable y documentable, lo será en el futuro cuando los elementos que lo constituyen (los sentimientos, las veleidades, los hábitos, los gérmenes de iniciativa y de las costumbres) se hayan desarrollado y purificado con el desarrollo mismo de la sociedad, con el desarrollo de la situación que la clase obrera viene a ocupar en el campo de la producción. Las organizaciones revolucionarias (el partido político y el sindicato industrial) nacieron en el campo de la libertad política, en el campo

de la democracia burguesa, como afirmación y desarrollo de la libertad y de la democracia en general, en un campo en que subsisten las relaciones de ciudadano a ciudadano; el proceso revolucionario se da en el campo de la producción, de la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no existe libertad para el obrero, donde no existe democracia; el proceso revolucionario se da donde el obrero es nadie y quiere convertirse en todo; donde el poder del propietario es ilimitado, es poder de vida y de muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre los hijos del obrero.

¿Cuándo decimos nosotros que el proceso histórico de la revolución obrera, que es inmanente a la convivencia humana en un régimen capitalista, que tiene sus leyes en sí mismo y se desarrolla necesariamente a través de una multiplicidad de acciones incontrolables que han sido creadas por una situación que no es querida por el obrero y no es previsible para el obrero, cuándo decimos nosotros que el proceso histórico de la revolución obrera ha surgido a la la luz, se ha convertido en controlable y documentable? Nosotros decimos esto cuando toda la clase obrera se ha convertido en revolucionaria, no con el significado de que ella rechaza genéricamente colaborar en las instituciones de gobierno de la clase burguesa, no en el sentido de que ella representa una oposición en el campo de la democracia, sino en el sentido de que toda la clase obrera, tal como se encuentra en una fábrica, inicia una acción que debe necesariamente desembocar en la fundación de un estado obrero, que debe necesariamente conducir a configurar la sociedad humana en una forma que es absolutamente original, en una forma universal, que abraza toda la internacional obrera y por tanto a toda la humanidad. Y nosotros decimos que el período actual es revolucionario precisamente porque constatamos que la clase obrera, en todas las naciones, tiende a crear y a expresar en su seno con todas sus energías —a pesar de los errores, las vacilaciones, las dificultades propias de una clase oprimida, que no tiene experiencia histórica, que todo lo debe hacer origi-

nalmente— instituciones de tipo nuevo en el campo obrero, instituciones con base representativa, construidas dentro de un esquema industrial; nosotros decimos que el período actual es revolucionario porque la clase obrera tiende con todas sus fuerzas, con toda su voluntad a fundar su estado. He aquí porque decimos nosotros que el nacimiento de los consejos obreros de fábrica representa un grandioso evento histórico, representa el inicio de una nueva era en la historia del género humano. Para ella el proceso revolucionario ha surgido a la luz, entra en la fase en que puede ser controlado y documentado.

En la fase liberal del proceso histórico de la clase burguesa y de la sociedad dominada por la clase burguesa, la célula elemental del estado a la clase obrera a su ganancia. En la fase liberal el propietario era también empresario, era también industrial; el poder industrial, la fuente del poder industrial estaba en la fábrica, y el obrero no lograba liberar su conciencia de la persuasión de la necesidad del propietario, a cuya persona identificaba con la persona del industrial, con la persona del gestor responsable de la producción y por tanto también de su salario, de su pan, de su vestido, de su techo.

En la fase imperialista del proceso histórico de la clase burguesa, el poder industrial de toda fábrica se separa de la fábrica misma y se concentra en un trust, en un monopolio, en un banco, en la burocracia estatal. El poder industrial se convierte en irresponsable y por lo tanto en más autocrático, más despiadado, más arbitrario; pero el obrero, liberado del yugo "jefe", liberado del espíritu servil de jerarquía, empujado también por las nuevas condiciones generales en las cuales la sociedad se encuentra en dependencia de la nueva fase histórica, el obrero logra conquistas inapreciables de autonomía y de iniciativa.

En la fábrica la clase obrera se convierte en un determinado "instrumento de producción", en una determinada constitución orgánica, todo obrero entra "casualmente" a ser parte de este cuerpo constituido; casualmente por lo que corresponde a su voluntad, pero no casualmente por

lo que se refiere al destino de su trabajo, porque él representa una necesidad determinada del proceso del trabajo y de producción y sólo por eso es contratado, sólo por eso puede ganarse el pan: él es un engranaje de la máquina, de la división del trabajo, de la clase obrera que se ha determinado en un instrumento de producción. Si el obrero logra conciencia clara de esta su "necesidad determinada" y la pone en la base de un aparato representativo de tipo estatal (es decir no voluntario, no contractual, no por la vía del carnet, sino absoluto, orgánico, adherido a una realidad que es necesario reconocer si se quiere tener asegurados el pan, el vestido, el techo, la producción industrial); si el obrero, si la clase obrera hace esto, ella hace una cosa grandiosa, ella inicia una historia nueva, ella inicia la era de los estados obreros que deberán confluir en la formación de la sociedad comunista, del mundo organizado sobre la base y sobre el tipo de la gran fábrica mecánica, de la Internacional Comunista en la cual cada pueblo, cada parte de humanidad logra figura en cuanto ejercita una determinada producción preeminente y no en cuanto que está organizada en forma de estado y tiene determinadas fronteras.

En cuanto construya este aparato representativo, en realidad la clase obrera habrá efectuado la expropiación de la primera máquina, del más importante instrumento de produción: la clase obrera misma, que se ha reencontrado, que ha logrado conciencia de su unidad orgánica y que unitariamente se contrapone al capitalismo. La clase obrera afirma así que el poder industrial, que la fuente del poder industrial debe regresar a la fábrica, pone nuevamente a la fábrica, desde el punto de vista obrero, como una forma en la cual la clase obrera se constituye en cuerpo orgánico determinado, como célula de un nuevo estado, el estado obrero, como base de un nuevo sistema representativo, el sistema de los consejos. El estado obrero, ya que nace según una configuración productiva, crea ya las condiciones de su desarrollo, de su disolverse como estado, de su in-

corporarse orgánico a un sistema mundial, la internacional comunista.

Como hoy, en el consejo de una gran fábrica mecánica, cada departamento de trabajo se amalgama, desde el punto de vista proletario con los otros departamentos de una división, cada momento de la producción industrial se funde, desde el punto de vista proletario con los otros momentos y pone de relieve el proceso productivo, así en el mundo, el carbón inglés se fundirá con el petróleo ruso, el trigo siberiano con el azufre de Sicilia, el arroz de Berselo con la leña de Stibia..., en un organismo único, sujeto a una administración internacional que gobierne la riqueza del globo en nombre de la humanidad entera. En este sentido el consejo obrero de fábrica es la primera célula de un proceso histórico que debe culminar en la Internacional Comunista, no más como una organización política del proletariado revolucionario, sino como una reorganización de la economía mundial y como reorganización de toda la convivencia humana, nacional y mundial. Cada acción revolucionaria actual tiene valor, es real históricamente, en cuanto se adhiere a este proceso, en cuanto que es concebida como un acto de liberación de este proceso por las sobreestructuras burguesas que lo constriñen y lo obstaculizan.

Las relaciones que deben existir entre el partido político y el consejo de fábrica, entre el sindicato y el consejo de fábrica se deducen ya implícitamente de la anterior exposición: el partido y el sindicato no deben ponerse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución, en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución, ellos deben ponerse como agentes concientes de su liberación de las fuerzas de compresión que se agrupan en el estado burgués, deben proponerse organizar las condiciones externas generales (políticas) en las que el proceso de la revolución tenga su máxima celeridad, que las fuerzas productivas liberadas encuentren la máxima expansión.

(5 de junio de 1920, L'Ordine Nuovo.)

PARTIDO Y SINDICATOS

La agitación desencadenada por el centro sindical de los obreros metalúrgicos para una revisión del contrato colectivo plantea nuevamente, y en forma enérgica, el problema de las relaciones entre partido y sindicatos. ¿Ha hecho algo el partido por resolver este problema, que es fundamental, en el sentido indicado por las decisiones de los dos congresos de la Internacional Comunista? El partido no ha hecho nada, esto puede ser afirmado sin miedo de ser desmentido. El problema puede ser resuelto de manera conveniente e históricamente concreta, sólo por el empuje y el impulso de las masas iluminadas por la acción educativa del partido, guiadas por los obreros inscritos en el partido y disciplinados a las consignas emanadas del partido; ya que una acción educativa de propaganda no ha sido hecha por el partido, ya que ninguna consigna ha sido dada, ya que el problema no ha sido ni siquiera puesto superficialmente en discusión, se puede afirmar perentoriamente que el partido, como organización central no ha hecho nada para resolver este problema fundamental de la Internacional Comunista.

Es "históricamente documentable" que en Italia los obreros metalúrgicos son la vanguardia del proletariado, cada agitación de ellos de carácter nacional abre una fase de agitaciones nacionales para todas las otras categorías in-

dustriales. Esto significa que la central metalúrgica (desinteresándose del partido; ¿no se preocupa de informar, de ponerse de acuerdo con el partido?; sería útil estar informados al respecto para probar el espíritu de disciplina y la intuición política de algunos compañeros) ha determinado, con su iniciativa, el inicio de una nueva fase de agitaciones y de huelgas de carácter nacional, sin que la organización central del partido haya creído hasta ahora útil expresar su opinión, lanzar una consigna para los camaradas metalúrgicos, disciplinarlos para la consecución de los fines propios del partido. En todo centro industrial, los obreros metalúrgicos son el perno del movimiento revolucionario. Cualquier victoria suya, como cualquier derrota, no puede dejar indiferentes a las demás categorías; las otras categorías pueden ser convencidas a entrar en lucha; de improviso la agitación puede cambiarse de corporativa en agitación política, ¿Cómo podría, y cómo puede el partido permanecer extraño, asistir como símple espectador a semejante agitación? ¿Cómo deben entonces comportarse las secciones para no ser excomulgadas, para no ser acusadas de indisciplina, de ligereza, de anarquismo?

La fraseología maximalista ha desvirtuado, a fuerza de darle vueltas y vueltas en la boca, la expresión: el período actual es revolucionario".

La noción concreta de este "aforismo" habría debido conducir al partido al máximo esfuerzo de organización y de concentración de las energías revolucionarias, habría debido conducir a la liquidación de todos los resíduos ideológicos y tácticos de la tradición de la Segunda Internacional. Ya que el período que atravesamos es típicamente revolucionario, no puede existir por más tiempo, para los inscritos al partido, para quien quiere "lealmente", según los empeños voluntaria y libremente asumidos, respetar las deliberaciones de los congresos, no pueden existir por más tiempo cuestiones gremiales; no sólo debe ser absurdo que desde arriba, desde el centro, y por parte de inscritos al partido, surjan agitaciones de carácter estrechamente gremial, aún si de abajo, de las masas, surge el empuje hacia

movimientos por los horarios y por los salarios, entonces todas las energías revolucionarias deben ser desencadenadas para organizar y educar adecuadamente a las masas, para dirigir este empuje hacia los objetivos máximos de la clase obrera, al abatimiento del poder burgués y a la instauración del poder proletario.

La noción concreta de este "aforismo" debería haber conducido a esta conclusión: ya que las cuestiones gremiales no tienen significado, ya que no es posible para la clase obrera hacer nuevas, reales conquistas en el campo sindicalista, se use la táctica del reformismo parlamentario, o se use la táctica del reformismo "a golpes de puño". ¿Qué tarea se impone para los sindicatos industriales? las masas proletarias italianas han manifestado una voluntad real en este campo, como ningún otro proletariado del mundo. Las masas italianas quieren dirigentes sindicales inscritos en el partido socialista, las masas italianas difícilmente se dejan arrastrar por la fraseología anarquista. Con esta clara y concreta voluntad las masas italianas han demostrado, clara y concretamente, comprender que ellas no podrán cumplir su misión histórica sin pasar por el período de la dictadura del estado obrero; las masas comprenden que es necesario un partido independiente de clase; tan lo comprenden, tan difundida está esta persuasión que los sindicalistas anarquistas, por oportunismo demagógico, adhieren su organización "apolítica" a la Tercera Internacional, a la internacional de la dictadura proletaria. En ningún país la situación era tan favorable como en Italia para realizar esa estrecha unión (orgánica y jerarquizada, no por medio de pactos de alianza que ponen a los funcionarios sindicales, no elegidos, no emanados de congresos, al mismo nivel político de los dirigentes del partido, ellos sí elegidos por congresos y emanados de la vanguardia proletaria), entre los sindicatos de industria y el partido, que es uno de los puntos fundamentales de la Tercera Internacional, porque es una de las condiciones fundamentales para el éxito permanente de la revolución comunista. Desde los tiempos de Zimmerwald, el compañero Lenin había indi-

cado como tarea inmediata de los inscritos en el ala izquierda Zimmerwaldiana la creación de los grupos socialistas de fábrica y de sindicato; hoy todavía, después de cinco años, el problema no ha sido ni siquiera examinado por el partido italiano que se había adherido a Zimmerwald; así como no ha sido examinado el problema de los consejos de fábrica, que inmediatamente tiende al mismo objetivo, a destruir el viejo tipo de organización sindical, para crear un tipo nuevo, original, propio del período histórico que atravesamos, ágil, dinámico, expresión de las fuerzas inmanentes en la clase obrera en continua transformación y en continuo desarrollo, así como no ha sido examinado ninguno de los problemas de masas, olvidando, o no habiendo comprendido ni siquiera el primer principio del marxismo de la Internacional Comunista. La revolución obrera, y el soviet como su expresión concreta, o es un movimiento de las más profundas masas o no es. La mentalidad enana y académicamente pequeño burguesa del socialismo italiano tradicional se manifestó sin cambio y se agotó miserablemente en los intentos de construir planos literarios para la creación por mandato del sistema de los soviets.

El partido, no habiéndose preocupado de las voluntades, históricamente reales, del proletariado, tanto menos se preocupó de las voluntades reales inmediatas del capitalismo. Los capitalistas han constituido en un brevísimo tiempo, una propia y muy fuerte organización sindical, ligada a los fascistas, a la guardia real, al militarismo ávido por imponer la dictadura; los capitalistas han dedicado millones y millones para hacer eficaz esta organización suya, han creado un servicio postal privado con estos millones, han creado libelos para difundir noticias falsas y para conducir una campaña incesante de difamación de los jefes de los sindicatos obreros; es más, se dice que una buena parte de los tanques fabricados, con el consentimiento de los sindicatos, en las fábricas italianas, son para el servicio privado de los capitalistas mismos. Todo este trabajo de organización del capitalismo se le ha escapado al par-

tido, o si no se le ha escapado, ha sido visto sólo desde un punto de vista literario, desde el punto de vista de quien cree que ser socialista y revolucionario significa comentar: "ya lo decía yo que la burguesía es reaccionaria; tenía razón Marx", etc., etc.

Así hoy, mientras la agitación metalúrgica reabre un período de agitaciones intensas, cuando "el período revolucionario puede lanzar al partido a la acción de un momento a otro, el movimiento italiano se encuentra con que no sólo no ha resuelto prácticamente el problema de las relaciones entre partido y sindicatos; sino con que ni siquiera ha puesto a discusión dicho problema; el movimiento proletario italiano es hoy campo de acción de dos partidos políticos: el oficial y el construido de hecho por los jefes de los sindicatos. Para informaciones sobre las consecuencias que se derivan de situaciones tan equívocas, se debe leer atentamente la polémica Radek-Paul Levi * sobre la domesticación de la revolución húngara. Pero, desgraciadamente, la historia es una maestra sin discípulos . . .

(21 de agosto de 1920, L'Ordine Nuovo.)

* L'Ordine Nuovo publicó en el mismo número del 21 de agosto de 1920 la polémica entre Radek y Paul Levi, sobre la revolución húngara y sobre otros grandes episodios de la lucha político social en el centro de Europa.

EL PARTIDO COMUNISTA

I. Después de Sorel se ha convertido en un lugar común el referirse a las comunidades primitivas cristianas para juzgar el movimiento proletario moderno. Es necesario decir inmediatamente que Sorel no es responsable en modo alguno de la vulgaridad y de la bajeza espiritual de sus admiradores italianos, de la misma manera que Carlos Marx no es responsable de las absurdas pretensiones ideológicas de los "marxistas". En el campo de la investigación histórica Sorel es un "inventor", no puede ser imitado y no pone al servicio de sus aspirantes a discípulos un método que pueda ser siempre y por cualquier persona aplicado mecánicamente con resultados de descubrimientos inteligentes. Para Sorel, como para la doctrina marxista, el cristianismo representa una revolución en la plenitud de su desarrollo, es decir, una revolución que llegó hasta sus extremas consecuencias, hasta la creación de un sistema nuevo y original de relaciones morales, jurídicas, filosóficas, artísticas; tomar estos resultados como esquemas ideológicos de cualquier revolución es precisamente la vulgar y poco inteligente traición a la intuición histórica de Sorel, la cual puede tan sólo dar origen a una serie de investigaciones históricas sobre los gérmenes de una civilización proletaria que deben existir, si es verdad (como es verdad para Sorel) que la revolución proletaria está inmanente en el

seno de la sociedad industrial moderna y si es verdad que también de ella resultará una regla de vida original y un sistema de relaciones absolutamente nuevas, características de la clase revolucionaria. ¿Qué significado puede tener entonces la afirmación de que a diferencia de los primeros cristianos los obreros no son castos, no son templados, no son originales en su método de vida? Aparte de la generalización no científica por la cual los obreros metalúrgicos torineses son un montón de salvajes, que todos los días comen pollo asado, que cada noche se embriagan en prostíbulos, que no aman a su familia, que buscan en el cine y en la imitación de las costumbres burguesas la satisfacción de ideales de belleza y de vida moral —aparte de esta generalización pueril y no científica, la afirmación no puede convertirse en un presupuesto de juicio histórico: eso equivaldría en el orden de la inteligencia histórica a esta otra: ya que los cristianos modernos comen pollos, van con las mujeres, se embriagan, dicen falso testimonio, son adúlteros, etc. etc., luego entonces es una leyenda que hayan existido los ascetas, los mártires, los santos. Todo fenómeno histórico debe ser estudiado por sus caracteres particulares en el cuadro de la actualidad real, como desarrollo de la libertad que se manifiesta en finalidad, en instituciones, en formas que no pueden ser absolutamente confundidas, parangonadas (a menos que metafóricamente) con la finalidad, las instituciones, las formas de fenómenos históricos pasados. Toda revolución, sea como la cristiana o como la comunista, se da y sólo puede darse con una conmoción de las más profundas y vastas masas populares, no puede sino romper y destruir todo el sistema existente de organización social; ¿quién puede imaginar y prever las consecuencias inmediatas que provocará en el campo de la destrucción y de la creación histórica la aparición de inmensas multitudes que hoy no tienen voluntad ni poder?

Dichas masas, ya que no han querido, ni podido jamás, pretenderán ver materializadas en cada acto público y privado la voluntad y el poder conquistado; encontrarán mis-

teriosamente hostil todo lo existente y querrán destruirlo desde los cimientos; pero precisamente por esta intensidad de la revolución, por este carácter suyo de imprevisilidad y de libertad sin límites, ¿quién puede arriesgar una sola hipótesis definitiva sobre los sentimientos, sobre las pasiones, sobre las iniciativas, sobre las virtudes que se forjarán en semejante horno incandescente? ¿Quién podrá predecir qué cambios sufrirá lo que hoy existe, lo que hoy vemos nosotros, fuera de nuestra voluntad y de nuestra fuerza de carácter? ¿Cada día de una intensa vida como esa no será una revolución? ¿Cada cambio en las conciencias individuales, en cuanto que es obtenido simultáneamente para toda la amplitud de la masa popular no tendrá resultados creativos inimaginables?

Nada puede ser previsto en el orden de la vida moral y de los sentimientos partiendo de las constataciones actuales. Sólo un sentimiento, es posible verificar, el cual hoy se ha convertido en constante y que puede caracterizar a la clase obrera: el de la solidaridad. Pero la intensidad y la fuerza de este sentimiento pueden ser valuados sólo como sostenimiento de la voluntad de resistir y de sacrificarse por un período de tiempo que aún la escasa capacidad popular de previsión histórica logra fijar con una cierta aproximación; dicho sentimiento no puede ser valorado ni por tanto tomado como sostenimiento de la voluntad histórica para el período de la creación revolucionaria y de la fundación de la sociedad nueva, cuando será imposible fijar cualquier límite temporal a la resistencia y al sacrificio, ya que el enemigo por combatir y por vencer no estará por más tiempo fuera del proletariado, no será una potencia física externa, limitada y controlable, sino será el proletariado mismo, en su ignorancia, en su pereza, en su masiva impenetrabilidad para las intuiciones rápidas, cuando la dialéctica de la lucha de clases se habrá interiorizado y en cada conciencia y en cada acto el hombre nuevo deberá combatir al burgués emboscado. Por tanto el sindicato obrero, organismo que realiza y disciplina, la solidaridad proletaria, no puede ser base y motivo de pre-

visiones para el porvenir de la civilización; no contiene elementos de desarrollo para la libertad; está destinado a sufrir cambios radicales como consecuencia del desarrollo general: es determinado, no determinante.

El movimiento proletario en su fase actual, tiende a realizar una revolución en la organización de las cosas materiales y de las fuerzas físicas; sus rasgos característicos no pueden ser los sentimientos y las pasiones difundidos en la masa y que sostienen la voluntad de la masa; los rasgos característicos de la revolución proletaria pueden ser buscados sólo en el partido de la clase obrera, en el partido comunista, que existe y se desarrolla en cuanto que es la organización disciplinada de la voluntad de fundar un estado, de la voluntad de dar una sistemación proletaria al conglomerado de las fuerzas físicas existentes y de echar las bases de la libertad popular.

El partido comunista es, en el período actual, la única institución que puede seriamente compararse a las comunidades religiosas del cristianismo primitivo; dentro de los límites en los que el partido existe ya, a escala internacional, puede intentarse un parangón y establecerse una serie de juicios entre los militantes de la ciudad de DIOS y los militantes de la ciudad del HOMBRE; el comunista ciertamente no es inferior al cristiano de las catacumbas. ¡Al contrario!, el fin inefable que el cristianismo proponía a sus seguidores es, por su misterio sugestivo, una plena justificación del heroísmo, de la sed de martirio, de la santidad; no es necesario que entren en juego las grandes fuerzas humanas del carácter y de la voluntad para suscitar el espíritu de sacrificio de quien cree en el premio del cielo y en la eterna felicidad. El obrero comunista, que por semanas, por meses, por años, desinteresadamente, después de ocho horas de trabajo en la fábrica, trabaja otras ocho horas para el partido, para el sindicato, para la cooperativa, es desde el punto de vista de la historia del hombre más grande que el esclavo y que el artesano que desafiaba cualquier peligro para trasladarse a la reunión clandestina de la oración. Del mismo modo, Rosa Luxemburgo y Car-

los Liebknecht son más grandes que los más grandes santos de cristo.* Precisamente porque la finalidad de su militancia es concreta, humana, limitada, los luchadores de la clase obrera son más grandes que los luchadores de dios: las fuerzas morales que sostienen la voluntad de ellos son más desmesuradas cuanto más definido es el fin propuesto a la voluntad. ¿Qué fuerza de expansión podrán adquirir los sentimientos del obrero que doblado sobre la máquina repite por ocho horas al día el gesto profesional, monótono como el desgranarse de un círculo cerrado de un rosario de oraciones, cuando él sea dominador, cuando él sea la medida de los valores sociales? ¿No es un milagro el hecho mismo de que el obrero logre todavía pensar, a pesar de estar reducido a trabajar sin saber el cómo ni el por qué de su actividad práctica? Este milagro del obrero que cotidianamente conquista su propia autonomía espiritual y su propia libertad de construir en la esfera de las ideas, luchando contra el cansancio, contra el aburrimiento, contra la mcnotonía del gesto que tiende a mecanizar y por lo tanto a matar la línea interior, este milagro se organiza en el partido comunista, en la voluntad de lucha y de creación revolucionaria que se expresa en el partido comunista.

El obrero de fábrica tiene tareas verdaderamente ejecutivas. No sigue el proceso general del trabajo y de la producción; no es un punto que se mueve para crear una línea; es un alfiler confinado en un lugar determinado y la línea resulta del alinearse de los alfileres que una voluntad extraña ha dispuesto para sus fines. El obrero tiende a llevar este su modo de ser a todos los ambientes de su vida; se adapta fácilmente en todas partes al papel de ejecutor material, de masa guiada por una voluntad extraña a la suya; es perezoso, intelectualmente no sabe y no quiere prever más allá de lo inmediato, por lo tanto le falta todo criterio para la elección de sus jefes y se deja ilusionar fácilmente por las promesas quiene creer que todo lo

* Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados la noche entre el 15 y el 16 de enero de 1919 por las tropas que los conducían a la cárcel y les aplicaron la ley fuga.

puede obtener sin un gran esfuerzo y sin tener que pensar demasiado. El partido comunista es el instrumento y la forma histórica del proceso de liberación interior por medio del cual el obrero pasa de ejecutor a iniciador, de masa que es, se convierte en jefe y guía, de brazo se convierte en cerebro y voluntad; en la formación del partido comunista es posible localizar el germen de libertad que tendrá su desarrollo y su plena expansión después que el estado obrero haya organizado las condiciones materiales necesarias. El esclavo o el artesano del mundo clásico "se conocía a sí mismo", realizaba su liberación entrando a formar parte de una comunidad cristiana, donde concretamente sentía que era igual, que era hermano, debido a que era hijo de un mismo padre; así el obrero, entrando a formar parte del partido comunista, donde colabora a "descubrir" y a "inventar" modos de vida originales, donde colabora "voluntariamente" a la actividad del mundo, donde piensa, prevé, tiene una responsabilidad, donde es organizador además de organizado, donde siente que constituye una vanguardia que corre hacia adelante arrastrando consigo a toda la masa popular.

El partido comunista, aún como una mera organización, se ha revelado como la forma particular de la revolución proletaria. Ninguna revolución del pasado conoció los partidos, ellos nacieron después de la revolución burguesa y se han descompuesto en el terreno de la democracia parlamentaria. También en este campo se ha verificado la idea marxista de que el capitalismo desencadena fuerzas que después no logra dominar. Los partidos democráticos servían para indicar y señalar hombres políticos de valor y hacerlos triunfar en la competencia política; hoy los hombres de gobierno son impuestos por los bancos, por los grandes periódicos, por las asociaciones industriales; los partidos se han descompuesto en una multiplicidad de sectas personales. El partido comunista, surgiendo de las cenizas de los partidos socialistas, rechaza su origen democrático y parlamentario y revela sus caracteres esenciales que son originales en la historia; la revolución rusa es una

revolución realizada por los hombres organizados en el partido comunista, que en el partido se formaron en una personalidad nueva, que adquirieron nuevos sentimientos, que realizaron una vida moral que tiende a transformar la conciencia universal y la finalidad de todos los hombres.

II. Los partidos políticos son el reflejo y la nomenclatura de las clases sociales. Surgen, se desarrollan, se descomponen, se renuevan, en función de que las diversas clases de las capas sociales en lucha sufren desplazamientos de dimensión histórica real, ven cambiadas radicalmente sus condiciones de existencia y de desarrollo, adquieren una mayor y más clara conciencia de sí y de sus intereses vitales. En el periodo histórico actual y como consecuencia de la guerra imperialista que ha cambiado profundamente la estructura del aparato nacional e internacional de producción y de intercambio, se ha convertido en característica la rapidez con la que se desarrolla el proceso de disociación de los partidos políticos tradicionales, nacidos en el terreno de la democracia parlamentaria y del surgimiento de nuevas organizaciones políticas, este proceso general obedece a una lógica interna implacable, originada por el desmoronamiento de las viejas clases y de las viejas capas y por los vertiginosos traspasos de una condición a otra de capas enteras de la población en todo el territorio del estado, y a menudo en todo el territorio del dominio capitalista.

Aun las clases sociales históricamente más perezosas y lentas para diferenciarse, como la clase de los campesinos, no escapan a la enérgica acción de los reactores que disuelven el cuerpo social; al contrario, parece que estas clases, cuanto más han sido perezosas y lentas en el pasado tanto más quieren hoy llegar rápidamente a las consecuencias dialécticas extremas de la lucha de clases, a la guerra civil y al control de las relaciones económicas. En dos años hemos visto en Italia surgir como de la nada un potente partido de la clase campesina, el partido popular, que al nacer pretendía representar los intereses económicos y las aspiraciones políticas de todas las capas sociales del campo,

desde el barón latifundista al mediano propietario de la tierra, desde el pequeño propietario al arrendatario, desde el mediero al campesino pobre. Hemos visto al partido popular conquistar casi cien bancas en el parlamento con una avalancha de listas en las que tenían el absoluto predominio los representantes del barón latifundista, del gran propietario de bosques, del grande y mediano propietario de tierra, y una exigua minoría los representantes de la población campesina. Hemos visto iniciarse y rápidamente convertirse en espasmódicas dentro del partido popular, las luchas internas de tendencia, reflejo de la diferenciación que existía en la primitiva masa electoral; las grandes masas de pequeños propietarios y de campesinos pobres no quisieron seguir siendo la masa pasiva de maniobra para el logro de los intereses de los grandes y medianos propietarios; bajo su enérgica presión el partido popular se dividió en un ala derecha, en un centro y en una izquierda y hemos visto por tanto, que bajo la presión de los campesinos pobres la extrema izquierda popular asumía gestos revolucionarios y entraba en competencia con el partido socialista, convertido él también en representante de vastísimas masas campesinas; asistimos ya a la descomposición del partido popular, cuya fracción parlamentaria y cuyo comité central no representan los intereses ni la conciencia de sí adquirida por las masas electorales y por las fuerzas organizadas en los sindicatos blancos, representadas en cambio por los extremistas, los cuales no quieren perder el control de ellas y no pueden engañarlas en una acción legal en el parlamento y son obligados por tanto a recurrir a la lucha violenta y a auspiciar nuevas instituciones políticas de gobierno. El mismo proceso de rápida organización y rapidísima disociación se ha verificado en la otra corriente política que quiere representar los intereses de los campesinos, la asociación de los excombatientes; ello es el reflejo de la formidable crisis interna que asola los campos italianos y se manifiesta en las gigantescas huelgas de la Italia del norte y del centro, en la invasión y la repartición de los latifundios de Puglia y en los asaltos a

los castillos feudales y en la aparición en las ciudades de Sicilia de centenares y millares de campesinos armados.

Este profundo movimiento de las clases campesinas conmueve desde sus cimientos la estructura del estado parlamentario democrático. El capitalismo, como fuerza política, es reducido a las asociaciones sindicales de los propietarios de fábricas; ya no tiene un partido político en donde imponga su ideología aún dentro de las capas pequeño burguesas de la ciudad y del campo, y que permita por lo tanto el subsistir de un estado legal apoyado sobre amplias bases. El capitalismo se ve reducido a tener una representación política solamente en los grandes periódicos (cuatrocientos mil ejemplares de tiro, miles de lectores) y en el senado, inmune como institución a las acciones y reacciones de las grandes masas populares pero sin autoridad ni prestigio en el país; por eso la fuerza política del capitalismo tiende cada vez más a identificarse con las altas jerarquías militares, con la guardia real, con los múltiples aventureros que pululan después del armisticio y que aspiran cada uno en contra de los demás, a convertirse en el Kornilov y en el Bonaparte italiano y por eso la fuerza política del capitalismo no se puede dar hoy sino a través de un golpe de estado militar y en el intento de imponer una férrea dictadura nacionalista que empuje a las embrutecidas masas italianas a restaurar la economía con el saqueo a mano armada de los países vecinos.

Exhausta y cansada la burguesía como clase dirigente, agotándose el capitalismo como modo de producción y de cambio, no existiendo en la clase campesina una fuerza política homogénea capaz de crear un estado, la clase obrera está ineluctablemente llamada por la historia a asumir la responsabilidad de clase dirigente. Sólo el proletariado es capaz de crear un estado fuerte y temido, porque tiene un programa de reconstrucción económica, el comunismo, que encuentra sus premisas necesarias y condiciones en la fase de desarrollo lograda por el capitalismo con la guerra imperialista de 1914-1918; sólo el proletariado puede, creando un nuevo órgano del derecho público, el sistema de los

Soviets, dar una forma dinámica a la fluída e incandescente masa social y restaurar un orden en la conmoción general de las fuerzas productivas. Es natural e históricamente justificado que precisamente en un período como este, se plantee el problema de la formación del Partido Comunista, expresión de la vanguardia proletaria que tiene conciencia exacta de su misión histórica, que establecerá los nuevos lineamientos, que será el iniciador y el protagonista del nuevo y original período histórico.

Aun el partido político tradicional de la clase obrera italiana, el Partido Socialista no escapó al proceso de descomposición de todas las formas asociativas, proceso que es característico del período por el que atravesamos. Haber creído que podían salvar la vieja formación del Partido de su disolución interna, fue el colosal error histórico de los hombres que han controlado el gobierno de nuestra organización desde el estallido de la guerra mundial hasta hoy. En verdad el Partido Socialista italiano, por sus tradiciones, por los orígenes históricos de las varias corrientes que lo constituyeron, por el pacto de alianza, tácito o explícito con la Confederación General del Trabajo (pacto que en los congresos, en los Consejos y en todas las reuniones deliberativas sirve para dar un poder y una influencia injustificada a los funcionarios sindicales), por la ilimitada autonomía concedida al grupo parlamentario (que da también a los diputados un poder y una influencia similar al de los funcionarios sindicales e igual de injustificado, en los congresos, en los Consejos y en las deliberaciones de la más alta importancia), por todo ello, el Partido Socialista italiano no se diferencia para nada del Labour Party (partido laborista) inglés y es revolucionario tan solo por las afirmaciones generales en su programa. Es un conglomerado de partidos; se mueve y no puede dejar de moverse tardía y perezosamente; está expuesto continuamente a convertirse en fácil país de conquista para aventureros, carreristas, ambiciosos sin seriedad ni capacidad política; debido a su heterogeneidad y a los innumerables lastres en sus engranajes, agotados y saboteados por

los entreguistas, nunca está en grado de asumir el peso y la responsabilidad de las iniciativas y de las acciones revolucionarias que los acontecimientos, incansables, le imponen incesantemente. Eso explica la paradoja histórica por la cual en Italia son las masas las que empujan y "educan" al Partido de la clase obrera y no el Partido quien guía y educa a las masas.

El Partido Socialista se dice vocero de las doctrinas marxistas; por tanto el Partido debería tener en estas doctrinas, una brújula para orientarse en la madeja de los acontecimientos, debería poseer esa capacidad de previsión histórica que caracteriza a los seguidores inteligentes de la dialéctica marxista, debería tener un plan general de acción, basado sobre esta previsión histórica y estar en grado de lanzar consignas claras y precisas a la clase obrera en lucha; en cambio el Partido Socialista, el partido vocero del marxismo en Italia, está como el Partido Popular, como el partido de las clases más atrasadas de la población italiana, expuesto a todas las presiones de las masas y se mueve y se diferencía cuando ya las masas se han desplazado y diferenciado. En verdad este Partido Socialista, que se proclama guía y maestro de las masas, no es otra cosa que un pobre notario que registra las operaciones realizadas espontáneamente por las masas; este pobre Partido Socialista que se proclama jefe de la clase obrera, no es otra cosa que el lastre del ejército proletario.

Si este extraño proceder del Partido Socialista, si esta desfachatada condición del partido político de la clase obrera no han provocado hasta ahora una catástrofe, se debe a que entre la clase obrera, en las secciones urbanas del Partido, en los sindicatos, en las fábricas, en las aldeas, existen grupos enérgicos de comunistas concientes de su papel histórico, enérgicos y preparados en la acción, capaces de guiar y de educar a las masas locales del proletariado; se debe a que existe potencialmente, en el seno del Partido Socialista, un partido comunista, al cual no le hace falta sino la organización explícita, la centralización y una disciplina propia para desarrollarse rápidamente,

conquistar y renovar el destacamento del partido de la clase obrera, dar una nueva dirección a la Confederación General del Trabajo y al movimiento cooperativo.

El problema inmediato de este período, que sigue a la lucha de los obreros metalúrgicos y precede al congreso en el que el Partido debe asumir una actitud seria y precisa de frente a la Internacional Comunista, es precisamente el de organizar y centralizar estas fuerzas comunistas ya existentes y actuantes. El Partido Socialista se descompone y va a su destrucción, día con día y con una rapidez fulminante, en un brevísimo período de tiempo las tendencias han tomado una configuración; puestos de frente a la responsabilidad de la acción histórica y a los compromisos adquiridos al adherirse a la Internacional Comunista, los hombres y los grupos se separaron y se desplazaron; la equivocación centrista y oportunista ganó a una parte de la dirección del partido, sembró la turbación y la confusión en las secciones. El deber de los comunistas en este descenso general de las conciencias, de la fe, de la voluntad, en este emponzoñamiento de bajezas, de vilezas y de derrotismos, es el de unirse fuertemente en grupos, de sostenerse, de estar listos para las consignas que serán lanzadas. Los comunistas sinceros y desinteresados, sobre la base de las tesis aprobadas por el II Congreso de la III Internacional, sobre la base de la disciplina leal a la suprema autoridad del movimiento obrero mundial, deben desarrollar el trabajo necesario para que, a la mayor brevedad de tiempo se constituya la fracción comunista del Partido Socialista italiano, que para buen nombre del proletariado italiano debe convertirse en el Congreso de Florencia, de nombre y de hecho, en Partido Comunista Italiano, sección de la III Internacional; para que dicha fracción comunista se constituya con aparato directivo orgánico y fuertemente centralizado, con articulaciones propias y disciplinadas en todos los ambientes donde trabaja, se reúne y lucha la clase obrera, con un conjunto de servicios y de instrumentos para el control, para la acción, para la propaganda que

la pongan en condición de funcionar y de desarrollarse desde ahora como un real y verdadero partido.

Los comunistas, que en la lucha metalúrgica han salvado, con su energía y su espíritu de iniciativa, a la clase obrera de un desastre, deben llegar hasta las últimas conclusiones de su actitud y de su acción: salvar el destacamento primordial (reconstruyéndolo) del Partido de la clase obrera, dar al proletariado italiano un Partido Comunista que sea capaz de organizar el Estado obrero y las condiciones para el advenimiento de la sociedad comunista.

(Parte I, 4 de septiembre, Parte II, 9 de octubre de 1920, "L'Ordine Nuovo")

LA FRACCION COMUNISTA

La publicación del manifiesto-propaganda * de la fracción de izquierda del partido socialista determinó inmediatamente el ensañamiento de los escritores burgueses. Es interesante observar desde este punto de vista la actitud asumida por el periódico "La Stampa" (La Prensa).

El escritor de los editoriales, hasta ahora había buscado estudiadamente, mantener una posición de imparcialidad en sus comentarios acerca de los asuntos internos del Partido Socialista y de las discusiones entre revolucionarios y reformistas. El manifiesto de la fracción comunista lo estremeció radicalmente: comentó el manifiesto con un estilo de polizonte, con el cuidado sutil (o la astucia de zorro) de un agente provocador que quiere indicar a la justicia punitiva los adversarios políticos de la clase que lo tiene a sueldo, pero al mismo tiempo queriendo "salvar la cara"; el tipo social representado por el escritor de "La Stampa", y que nosotros hemos identificado históricamente con el padre jesuíta Bresciani, prosigue a explicarse psicológicamente y a dar las manifestaciones más apropiadas de su naturaleza.

El escritor de "La Stampa" había siempre buscado aparecer en el papel de estudioso objetivo de la historia contemporánea del pueblo italiano. El fingía aceptar muchas de las nociones marxistas: la noción de la lucha de clases

como palanca del desarrollo histórico; la noción de que los partidos políticos y las tendencias políticas en general no son otra cosa que la nomenclatura oficial de las clases y de los intereses económicos de las diversas capas de la población; la noción de la inutilidad de la persecución judicial de los exponentes oficiales de un contraste económico, hasta cuando el contraste mismo no haya sido resuelto en una forma superior de institución social. Delante del manifiesto-programa de la fracción comunista, el escritor de "La Stampa" se desviste de toda objetividad: el empleado de la burguesía se muestra finalmente en su naturaleza real de policía que enarbola su macana. ¿En qué se convierten los comunistas, hoy que pretenden organizarse difusamente y pretenden conquistar el gobierno del partido socialista y de la Confederación General del Trabajo? Los comunistas se convierten en delincuentes comunes; ellos no representan ni siquiera una fracción infinitesimal de la clase obrera; con ellos no conviene ni siquiera discutir de programas, la única forma de discusión posible es la representada por el policía en el ejercicio de su función y por el tribunal que blande el código penal. Lean o vuelvan a leer "El hebreo de Verona" del padre Bresciani; la posición mental y la figura histórica del escritor de "La Stampa" se manifestarán en su pleno desarrollo en su suprema fase dialéctica.

Naturalmente los comunistas no se preocupan por esta actitud de los mercenarios ideológicos de la burguesía; al contrario, ese es un elemento de su crítica al partido, un elemento de la razón de ser como movimiento organizado. Los periódicos como "La Stampa", los periódicos que están más cercanos a los centros vitales de la burguesía, no han tomado jamás en serio el revolucionarismo del Partido Socialista; por eso siempre esperaron que los diputados del partido colaborasen en un gobierno social-liberal, por eso jamás intentaron contra el partido la preparación de una campaña reaccionaria. El congreso de Bolonia debía haber desilusionado a estos periódicos, debería haber desilusionado a estos centros políticos de la burguesía: y en

efecto, durante algún tiempo, la nueva dirección impuesta al partido por el congreso de Bolonia escandalizó a la opinión liberal y democrática. Escándalo de breve duración. Los políticos de la clase burguesa prefirieron persuadirse de que nada había cambiado en el movimiento obrero, porque nada había cambiado en la organización de la clase obrera. Había cambiado, sí, la psicología de las masas, había cambiado, sí, el carácter de la clase obrera que había adquirido la persuasión de no poder superar la crisis económica determinada por la guerra en otra forma que conquistando directamente el poder del estado y poniendo bajo su control las fuerzas productivas desorganizadas y desperdiciadas por la especulación burguesa; pero no había cambiado para nada el aparato de gobierno de estas masas revolucionarias, y de este aparato de partido, con toda evidencia, no podía surgir un poder gubernamental de carácter estatal.

La pequeña burguesía politiquera, poco después de Bolonia, volvió a tomar respiro, levantó cabeza. Impotente para dominar las fuerzas sociales desencadenadas por la guerra y por la economía de guerra, creyó consolidar el régimen con el auxilio del partido socialista, esperó crear una nueva legalidad en la cual estuviesen incorporados tanto los monopolios capitalistas como los grandes sindicatos. Pero los acontecimientos reales de la historia son más fuertes que toda esperanza fatua y que todo deseo piadoso. También en Italia la situación general ha ido madurando hasta la fase en la cual el dilema "o dictadura obrera o dictadura reaccionaria", afirmado teóricamente por la Tercera Internacional, se ha convertido en real. Obsérvese la actitud de los escritores de "La Stampa" y de los otros periódicos giolitianos hacia los episodios y hacia los acontecimientos que demuestran como el dilema madura en su necesidad histórica; no se ocupan, pasan bajo silencio todo lo que respecta a la actividad de los facistas, de los militares de carrera, de los nacionalistas, es decir, de esas fuerzas organizadas que en el plano político representan el sistema económico de los grandes monopolios plutocráticos,

así como los revolucionarios comunistas representan el empuje social de los grandes sindicatos obreros. La delincuencia común es el carácter más aparatoso, es la actividad cotidiana de las fuerzas políticas que oficialmente representan a la plutocracia: estas fuerzas iniciaron la rotura de las relaciones legales que regían el desarrollo de la sociedad, promovieron el asesinato y no fueron castigados, asesinaron y no fueron castigados, crearon un estado de fuerza y no han sido ni siquiera molestados, crearon un gobierno de ellos, un ejército propio, una propia diplomacia contra el gobierno legal, contra la milicia legal, contra la diplomacia legal, y fueron respetados, y no han encontrado ningún obstáculo y ningún límite a su arrogancia y a su audacia.

He ahí la situación histórica con la que se encuentra la organización de las fuerzas comunistas italianas al surgir a la escena política. Esta organización no es diferente del partido socialista tomado como masa de los obreros más concientes y más capaces: es el desarrollo del congreso de Bolonia, es la representación inmediata y genuina de los intereses y de las aspiraciones de las grandes multitudes populares italianas. Precisamente por esta razón, precisamente porque sienten que la mayoría del partido y del pueblo italiano está con los comunistas, precisamente porque comprenden que el partido socialista dirigido por los comunistas (es decir convertido en partido comunista) logrará finalmente canalizar las pasiones revolucionarias que hoy no tienen una forma ni una directiva, los escritores de la burguesía se lanzan contra la nueva fracción, se empeñan en querer demostrar que los comunistas están aislados, que la verdadera democracia obrera está representada por los "concentrados" de Regio Emilia. Los obreros saben muy bien qué pensar de estas ingenuas provocaciones polémicas, así como saben qué pensar de las amenazas y de las difamaciones. También en Italia, como en Rusia, como en Alemania, la lucha de clases se perfila como una lucha en la que la policía burguesa y los mercenarios ideológicos del capital se alinean con los social-demócratas para in-

tentar mantenerlos como jefes de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera.

(24 de octubre de 1920-"Avanti" de Turín)

EL MOVIMIENTO DE LOS CONSEJOS DE FABRICA DE TURIN

(Informe enviado en julio de 1920 al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista)

Uno de los miembros de la delegación italiana que acaba de regresar de Rusia Soviética contó a los trabajadores de Turín que la tribuna designada a la delegación en la ciudad de Kronstadt estaba coronada con la siguiente inscripción: "Viva la huelga general de Turín de abril de 1920."

Los obreros tomaron esta noticia con mucho gusto y gran satisfacción. La mayor parte de los componentes de la delegación italiana que fue a Rusia habían estado en contra de la huelga general de abril. Ellos sostenían en sus artículos contra la huelga, que los obreros de Turín habían sido víctimas de una ilusión y habían sobrevalorado la importancia de la huelga.

Los trabajadores de Turín por ello tomaron con placer el acto de simpatía de los compañeros de Kronstadt y se dijeron: "Nuestros compañeros comunistas rusos han comprendido y valorado mejor la importancia de la huelga de abril que los oportunistas italianos, dando así a estos últimos una buena lección."

La huelga de abril

El movimiento de Turín en abril fue en efecto un grandioso acontecimiento en la historia, no solamente del pro-

letariado italiano sino del europeo, y podemos decirlo, en la historia del proletariado de todo el mundo.

Por primera vez en la historia, se verificó el caso de un proletariado que se empeña en la lucha por el control sobre la producción, sin haber estado empujado a la acción por el hambre o por la desocupación. Es más, no fue solamente una minoría, una vanguardia de la clase obrera la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turín la que participó en la batalla y llevó la lucha, llena de privaciones y de sacrificios, hasta el fin.

Los metalúrgicos hicieron huelga durante un mes, las otras categorías durante 10 días.

La huelga general de los últimos diez días se extendió en todo el Piamonte, movilizando a cerca de medio millón de obreros industriales y agrícolas, y conmovió por tanto a cerca de cuatro millones de población.

Los capitalistas italianos tensaron todas sus fuerzas para sofocar el movimiento obrero de Turín; todos los medios del estado burgués fueron puestos a su disposición, mientras los obreros sostuvieron por sí solos la lucha sin ninguna ayuda ni de la dirección del Partido Socialista, ni de la Confederación General del Trabajo. Al contrario, los dirigentes del partido y de la Confederación se burlaron de los trabajadores de Turín e hicieron todo lo posible por impedir a los trabajadores y a los campesinos del resto de Italia realizar cualquier acción revolucionaria con la que pretendían manifestar su solidaridad con los hermanos de Turín, y llevarles una eficaz ayuda.

Pero los obreros de Turín no perdieron ánimo, soportaron todo el peso de la reacción capitalista, observaron la disciplina hasta el último momento y permanecieron, aún después de la derrota, fieles a la bandera del comunismo y de la revolución mundial.

Anarquistas y Sindicalistas

La propaganda de los anarquistas y sindicalistas contra la disciplina de partido y la dictadura del proletariado no

tuvo ninguna influencia en las masas, aunque a causa de la traición de los dirigentes, la huelga terminó con una derrota. Los trabajadores de Turín juraron intensificar la lucha revolucionaria y conducirla sobre dos frentes: por un lado contra la burguesía victoriosa, por otro contra los jefes traidores.

La conciencia y la disciplina revolucionaria de que han dado prueba las masas de Turín tienen su base histórica en las condiciones económicas y políticas en las que se ha desarrollado la lucha de clases en Turín.

Turín es un centro netamente de carácter industrial, casi las tres cuartas partes de la población, que suma medio millón de habitantes, está compuesta de obreros; los elementos pequeño-burgueses son una ínfima cantidad. En Turín existe además una masa compacta de empleados y técnicos que están organizados en sindicatos y adheridos a la Cámara del Trabajo. Ellos estuvieron al lado de los obreros durante las grandes huelgas, y si no todos, por lo menos la mayor parte han adquirido la psicología del verdadero proletario, en lucha contra el capital, por la revolución y el comunismo.

La producción industrial

La producción de Turín vista desde afuera aparece perfectamente centralizada y homogénea. La industria metalúrgica con cerca de cincuenta mil obreros y diez mil empleados y técnicos ocupa el primer puesto.

Solamente en las fábricas FIAT trabajan treinta y cinco mil obreros, empleados y técnicos; en los talleres principales de esta empresa están empleados dieciseis mil obreobreros que construyen automóviles de todo tipo con los sistemas más modernos y perfeccionados.

La producción de automóviles es la característica de la industria metalúrgica de Turín. La mayor parte de los obreros especializados está formada por obreros calificados y técnicos que no tienen sin embargo la mentalidad peque-

ño-burguesa de los obreros calificados de otros países, por ejemplo de Inglaterra.

La producción automovilística, que ocupa el primer lugar en la industria metalúrgica, ha subordinado así a las otras ramas de la producción, como la industria de la madera y la del hule.

Los metalúrgicos forman la vanguardia del proletariado de Turín dadas las particularidades de esta industria, todo movimiento de sus obreros se convierte en un movimiento general de masas y asume un carácter político y revolucionario, aun si al principio dicho movimiento no perseguía mas que objetivos sindicales.

Turín posee una sola organización sindical importante, compuesta de noventa mil miembros, la Cámara del Trabajo. Los grupos anarquistas y sindicalistas existentes no tienen casi ninguna influencia sobre la masa obrera, que se pone firme y decididamente de parte de la sección del partido socialista, compuesta en su mayor parte, por obreros comunistas.

El movimiento comunista dispone de las siguientes organizaciones de batalla: la sección del partido con mil quinientos miembros; veintiocho círculos con diez mil socios y veintitrés organizaciones juveniles con dos mil socios.

En toda fábrica existe un grupo comunista permanente con su propio cuerpo directivo. Los diversos grupos se unen según la posición topográfica de las empresas en grupos de barrio, los cuales son encabezados por un comité directivo dentro de la sección del partido, que concentra en sus manos todo el movimiento comunista de la ciudad y la dirección de la masa obrera.

Turín capital de Italia

Antes de la revolución burguesa, que creó el actual orden burgués en Italia, Turin era la capital de un pequeño estado que comprendía al Piamonte y la Cerdeña. En aquella época predominaba en Turín la pequeña industria y el comercio.

Después de la unificación del reino de Italia y del traslado de la capital a Roma parecía que Turín correría el peligro de perder su importancia. Pero la ciudad sobrepasó en breve tiempo la crisis económica, y se convirtió en uno de los centros industriales más importantes de Italia. Se puede decir que Italia tiene tres capitales: Roma, como centro administrativo del estado burgués, Milán, como centro comercial y financiero del país (todos los bancos, las oficinas comerciales, las instituciones financieras están concentradas en Milán), y finalmente Turín como centro industrial, donde la producción industrial ha alcanzado el máximo grado de desarrollo. Con el traslado de la capital a Roma toda la pequeña y mediana burguesía intelectual que proporcionó al nuevo estado burgués el personal administrativo necesario para su funcionamiento, emigró de Turín: el desarrollo de la gran industria atrajo en cambio a Turín; el desarrollo de la gran industria atrajo en cambio a desarrollo de esta ciudad es desde el punto de vista de la historia italiana y de la revolución proletaria italiana, interesantísimo.

El proletariado de Turín se convirtió así en el dirigente espiritual de las masas obreras italianas que están vinculadas a esta ciudad por múltiples ligazones: parentela, tradición, historia y por ligas espirituales (el ideal de todo obrero italiano es poder trabajar en Turín).

Todo esto explica porqué las masas obreras de toda Italia estaban deseosas, aun en contra de la voluntad de sus jefes, de manifestar su solidaridad con la huelga general de Turín; ellas ven en esta ciudad el centro, la capital de la revolución comunista, la Petrogrado de la revolución proletaria italiana.

Dos insurrecciones armadas

Durante la guerra imperialista de 1914-18, Turín vivió dos insurrecciones armadas: la primera insurrección que explotó, en mayo de 1915, tenía el objetivo de impedir la intervención de Italia en la guerra contra Alemania (en

esta ocasión fue saqueada la Casa del Pueblo); la segunda insurrección, en agosto de 1917, asumió el carácter de una lucha revolucionaria armada, en gran escala.

La noticia de la revolución de marzo en Rusia había sido acogida en Turín con júbilo indescriptible. Los obreros lloraban de emoción cuando supieron la noticia de que el poder del zar había sido derribado por los trabajadores de Petrogrado. Pero los trabajadores de Turín no se dejaron engañar por la fraseología demagógica de Kerensky y de los Mencheviques. Cuando en julio de 1917 llegó a Turín la misión enviada a Europa Occidental por el soviet de Petrogrado, los delegados Smirnov y Goldemberg, que se presentaron delante de una multitud de cincuenta mil obreros, fueron acogidos con los gritos ensordecedores de "¡viva Lenin, vivan los bolcheviques!"

Goldemberg no estaba muy satisfecho de este recibimiento; no lograba entender en qué forma el compañero Lenin hubiese conquistado tanta popularidad entre los obreros de Turín. Y no hay que olvidar que este episodio sucedió después de la represión de la revuelta bolchevique de julio, en los momentos en que la prensa burguesa italiana atacaba a Lenin y a los bolcheviques, denunciándolos como bandidos, intrigantes, agentes y espías del imperialismo alemán.

Desde el principio de la guerra italiana (24 de mayo de 1915) el proletariado de Turín no había hecho ninguna manifestación de masas.

Barricadas, trincheras, alambradas

El imponente mitín organizado en honor de los delegados del soviet de Petrogrado marcó el inicio de un nuevo período de movimientos de masas. No pasó un mes siquiera y los trabajadores italianos se levantaron con las armas en la mano contra el imperialismo y el militarismo italiano. La insurrección estalló el 23 de agosto de 1917. Durante cinco días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos, que disponían de fusiles, granadas y ametra-

lladoras, lograron incluso ocupar algunos barrios de la ciudad e intentaron tres o cuatro veces apoderarse del centro donde se encontraban las instituciones del gobierno y los comandos militares.

Pero los dos años de guerra y de reacción habían debilitado la fuerte organización del proletariado y los obreros, inferiores en armamento, fueron vencidos. En vano esperaron un apoyo de los soldados; éstos se dejaron engañar por la insinuación de que la revuelta había sido urdida por los alemanes.

El pueblo erigió barricadas, excavó trincheras, circundó algunos barrios con alambradas electrizadas y rechazó durante cinco días los ataques de las tropas y de la policía. Más de 500 obreros cayeron y más de 2,000 fueron gravemente heridos. Después de la derrota los mejores elementos fueron arrestados y alejados, y el movimiento proletario perdió intensidad revolucionaria. Pero los sentimientos comunistas del proletariado de Turín no se habían apagado. Una prueba de ello puede ser encontrada en el siguiente episodio: Al poco tiempo de la insurrección de agosto tuvieron lugar las elecciones para el Consejo de administración de la Alianza cooperativa de Turín, una organización inmensa que provee el aprovisionamiento de la cuarta parte de la población de Turín.

La Alianza Cooperativa (A. C. T.)

La ACT está compuesta por la Cooperativa de los ferrocarrileros y por la Asociación General de los obreros. Desde hace muchos años la sección socialista había conquistado el Consejo de administración, pero ahora la sección no estaba en grado de desarrollar una agitación activa entre las masas obreras.

El capital de la ACT estaba constituido en su mayor parte por acciones de la Cooperativa ferrocarrilera pertenecientes a los ferrocarrileros y a sus familias. El desarrollo de la Alianza había aumentado el valor de las acciones de 50 a 700 liras. El Partido logró persuadir a los accionistas

de que una cooperativa obrera tiene por objetivo, no el lucro personal sino el reforzamiento de los medios de lucha revolucionaria, y los accionistas se contentaron con un dividendo del 3 y medio por ciento sobre el valor nominal de 50 liras y no sobre el valor real de 700 liras. Después de la insurrección de agosto se formó, con el apoyo de la policía y de la prensa burguesa y reformista, un comité de ferrocarrileros que se propuso arrancar al partido socialista el predominio en el Consejo de administración. Se prometió a los accionistas una liquidación inmediata de la diferencia de 650 liras entre el valor nominal de cada acción y su valor real; además se prometieron diversas prerrogativas a los ferrocarrileros en la distribución de alimentos. Los reformistas traidores y la prensa burguesa pusieron en acción todos los medios de propaganda y de agitación para transformar la cooperativa, de una organización obrera en una empresa comercial de carácter pequeño burgués. En ese entonces la clase obrera estaba expuesta a persecuciones de todo tipo. La censura sofocó la voz de la sección socialista. Pero a pesar de todas las persecuciones y de todas las dificultades, los socialistas, que no habían abandonado por un solo instante su punto de vista de que la cooperativa obrera es un medio de la lucha de clase, obtuvieron de nuevo la mayoría de la Alianza Cooperativa.

El partido socialista obtuvo 700 votos sobre 800, a pesar de que la mayoría de los electores eran oficinistas de los ferrocarriles, de los cuales se esperaba que después de la derrota de la insurrección de agosto hubieran manifestado cierto titubeo o hasta tendencias reaccionarias.

Después de la guerra

Después del fin de la guerra imperialista el movimiento proletario hizo progresos rápidos. La masa obrera de Turín comprendió que el período histórico abierto por la guerra era profundamente diferente al de la época precedente a la guerra misma. La clase obrera de Turín intuyó luego, que la III Internacional es una organización del proletariado

mundial para la dirección de la guerra civil, para la conquista del poder político, para la institución de la dictadura proletaria, para la creación de un nuevo orden en las relaciones económicas y sociales.

Los problemas de la revolución, económicos y políticos, eran objeto de discusión en todas las asambleas de los obreros. Las mejores fuerzas de la vanguardia obrera se reunieron para difundir un periódico semanal de orientación comunista, el "Ordine Nuovo". En las columnas de este semanario se trataron los diversos problemas de la revolución: la organización revolucionaria de las masas que debían conquistar los sindicatos para la causa del comunismo, la transferencia de la lucha sindical del campo groseramente corporativista y reformista, al terreno de la lucha revolucionaria, del control sobre la producción y de la dictadura del proletariado. También la cuestión de los Consejos de fábrica fue puesta en el orden del día.

Ya desde antes existían pequeños comités obreros en las fábricas de Turín, reconocidos por los capitalistas, y algunos de esos comités habían emprendido ya la lucha contra el funcionarismo, el espíritu reformista y las tendencias constitucionalistas de los sindicatos.

Pero la mayor parte de estos comités eran obra de los sindicatos: las listas de candidatos para estos comités (o comisiones internas) eran propuestas por las organizaciones sindicales, que de preferencia escogían obreros de tendencias oportunistas, que no causaran líos a los patrones y que sofocaran en sus gérmenes toda acción de masas. Los seguidores del "Ordine Nuovo" pregonaron en su propaganda, en primera línea, la transformación de las comisiones internas y el principio de que la formación de las listas de los candidatos debería realizarse en el seno de la masa obrera y no venir de las cumbres de la burocracia sindical. Las tareas que dichos seguidores asignaron a los Consejos de fábrica fueron el control sobre la producción, el armamento y la preparación militar de las masas y su preparación política y técnica.

Nunca más los Consejos debían cumplir su antigua fun-

ción de perros de guardia que protegen los intereses de las clases dominantes, ni frenar a las masas en sus acciones contra el régimen capitalista.

El entusiasmo por los Consejos

La propaganda en pro de los Consejos de fábrica fue recibida por las masas con entusiasmo; en el curso de medio año se constituyeron Consejos en todas las fábricas y talleres metalúrgicos, los comunistas conquistaron la mayoría en el sindicato metalúrgico, el principio de los Consejos de fábrica y del control sobre la producción fue aprobado y aceptado por la mayoría del congreso y por la mayor parte de los sindicatos pertenecientes a la Cámara del Trabajo .

La organización de los Consejos se basa sobre los principios siguientes: En toda fábrica, en todo taller, se constituye un organismo sobre la base de la representación (y no sobre la antigua base del sistema burocrático), el cual da forma a la fuerza del proletariado, lucha contra el orden capitalista o ejercita el control sobre la producción, educando a toda la masa proletaria para al lucha revolucionaria y para la creción del Estado obrero. El Consejo de fábrica debe ser formado según el principio de la organización por industria; debe representar para la clase obrera el modelo de la sociedad comunista, a la que se llegará al través de la dictadura del proletariado; en esta sociedad no existirán ya divisiones de clase, todas las relaciones sociales serán reguladas según las exigencias técnicas de la producción y de la organización correspondiente, y no estarán subordinados a un poder estatal organizado. La clase obrera debe comprender toda la belleza y nobleza del ideal por el que lucha y se sacrifica, debe darse cuenta que para lograr este ideal es necesario pasar a través de algunas etapas; debe reconocer la necesidad de la disciplina revolucionaria y de la dictadura.

Cada fábrica se divide en departamentos y cada departamento en secciones o cuadrillas por oficio; cada cuadrilla

cumple una determinada parte del trabajo; los obreros de cada cuadrilla eligen un obrero y le dan mandato imperativo y condicionado. La asamblea de los delegados de toda la fábrica forma un Consejo que elige de su seno un comité ejecutivo. La asamblea de los secretarios políticos de dichos comités ejecutivos forma el comité central de los Consejos, el cual a su vez elige de su seno un comité urbano de estudio para la organización de la propaganda, la elaboración de los planes de trabajo, para la aprobación de los proyectos y de las proposiciones provenientes de cualquier escalón del movimiento.

Consejos y comisiones internas durante las huelgas

Algunas tareas de los Consejos de Fábrica tienen carácter netamente técnico e incluso industrial, como por ejemplo el control sobre el personal técnico, el licenciamiento de los empleados que se demuestren enemigos de la clase obrera, la lucha con la dirección de la empresa por la conquista de derechos y libertades, el control de la producción de la empresa y de las operaciones financieras.

Los Consejos de Fábrica echaron rápidamente raíces. Las masas acogieron de buena gana esta forma de organización comunista, se agruparon en torno de los comités ejecutivos y apoyaron enérgicamente la lucha contra la autocracia capitalista. A pesar de que ni los industriales, ni la burocracia sindical quisieron reconocer a los Consejos y a los Comités, éstos obtuvieron notables éxitos: descubrieron a los agentes y los espías de los capitalistas, estrecharon relaciones con los empleados y los técnicos para obtener informaciones de índole financiera e industrial; en los asuntos de la empresa concentraron la disciplina en sus manos y demostraron a las masas desunidas y disgregadas lo que significa la gestión directa de los obreros en la industria.

La actividad de los Consejos y de las comisiones internas se manifestó más claramente durante las huelgas; estas huelgas perdieron su carácter impulsivo, fortuito, y se convirtieron en la expresión de la actividad consciente de las

masas revolucionarias. La organización técnica de los Consejos y de las comisiones internas, su capacidad de acción se perfeccionaron a tal grado que fue posible lograr en cinco minutos la suspensión del trabajo de 16,000 obreros dispersos en 42 departamentos de la fábrica FIAT. El 3 de diciembre de 1919 los Consejos de Fábrica dieron una prueba tangible de su capacidad de dirigir movimientos de masas en gran escala: siguiendo órdenes de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masa, los Consejos movilizaron sin ninguna preparación y en el curso de una hora, ciento veinte mil obreros, formados según su fábrica. Una hora después, la armada proletaria se precipitó como una avalancha hacia el centro de la ciudad y barrió de las calles y de las plazas a toda la basura nacionalista y militarista.

La lucha contra los Consejos

Los comunistas pertenecientes a la sección socialista y a las organizaciones sindicales estuvieron a la cabeza del movimiento por la constitución de los Consejos de Fábrica; también tomaron parte los anarquistas, que intentaron enfrentar su fraseología ampulosa al lenguaje claro y preciso de los comunistas marxistas.

El movimiento encontró sin embargo la resistencia enconada de los funcionarios sindicales de la dirección del partido socialista y del "Avanti". La polémica de esta gente se basaba en la diferencia entre el concepto de Consejo de Fábrica y el concepto de soviet. Sus conclusiones tuvieron un carácter puramente teórico, abstracto, burocrático. Detrás de sus frases altisonantes se escondía el deseo de evitar la participación directa de las masas en la lucha revolucionaria, el deseo de conservar la tutela de las organizaciones sindicales sobre las masas. Los miembros de la dirección del partido rechazaron siempre tomar la iniciativa de una acción revolucionaria, antes de que no fuese preparado un plan de acción coordinado, pero nunca hacían nada para preparar y elaborar dicho plan.

El movimiento de Turín sin embargo no logró salir del ámbito local, ya que todo el mecanismo burocrático de los sindicatos fue puesto en movimiento para impedir que las masas obreras de otras partes de Italia siguieran el ejemplo de Turín. El movimiento de Turín fue despreciado, burlado, calumniado y criticado de todas las maneras. Las ásperas críticas de los organismos sindicales de la dirección del Partido Socialista dieron ánimos nuevamente a los capitalistas que no tuvieron ya freno alguno en su lucha contra el proletariado de Turín y contra los Consejos de Fábrica. La conferencia de los industriales, que se celebró en marzo de 1920 en Milán, elaboró un plan de ataque; pero "los tutores de la clase obrera", las organizaciones económicas y políticas no se preocuparon de este hecho. Abandonado por todos, el proletariado de Turín fue obligado a afrontar solo, con sus propias fuerzas, el capitalismo nacional y el poder del Estado. Turín se vio inundada por un ejército de polizontes; se colocaron cañones y ametralladoras en los puntos estratégicos alrededor de la ciudad. Y una vez que todo este aparato militar estuvo listo, los capitalistas comenzaron a provocar al proletariado. Es verdad que frente a estas gravísimas condiciones de lucha el proletariado dudó en aceptar el reto; pero cuando se vio que el encuentro era inevitable, la clase obrera salió corajudamente de sus posiciones de reserva y quiso que la lucha fuese conducida hasta su fin victorioso.

El Consejo Nacional Socialista de Milán

Los metalúrgicos hicieron huelga durante un mes entero, las otras categorías durante diez días; la industria en toda la provincia estaba parada; las comunicaciones paralizadas. El proletariado de Turín sin embargo fue aislado del resto de Italia; los organismos centrales no hicieron nada para ayudarlo, no publicaron siquiera un manifiesto para explicar al pueblo italiano la importancia de la lucha de los trabajadores de Turín; el "Avanti" se negó a publicar el manifiesto de la sección del partido en Turín. De todas partes llovieron epítetos de anarquistas y aventureros para

los compañeros de Turín. En aquella época debía celebrarse en Turín el Consejo Nacional del Partido; sin embargo éste fue transferido a Milán, porque una ciudad "devastada por una huelga general" parecía poco adecuada como teatro de discusiones socialistas.

En esta ocasión se manifestó toda la impotencia de los hombres llamados a dirigir el partido; mientras la masa obrera defendía en Turín con valentía los Consejos de Fábrica, primera organización basada sobre la democracia obrera, que encarna el poder proletario, en Milán se charlaba acerca de proyectos y métodos teóricos para la formación de Consejos como forma del poder político aun por conquistar por el proletariado, se discutía sobre la manera de repartirse las conquistas todavía no logradas y se abandonaba al proletariado de Turín a su destino, se dejaba a la burguesía la posibilidad de destruir el poder obrero ya conquistado.

Las masas proletarias italianas manifestaron su solidaridad con los compañeros de Turín en varias formas: los ferrocarrileros de Pisa, Livorno y Florencia rechazaron transportar a las tropas destinadas a Turín, los trabajadores de los puertos y los marineros de Livorno y Génova sabotearon el movimiento en los puertos; el proletariado de muchas ciudades hizo huelga en contra de las órdenes de los sindicatos.

La huelga general de Turín y del Piamonte tuvo que luchar contra el sabotaje y la resistencia de las organizaciones sindicales y del partido mismo. Dicha huelga sin embargo fue de gran importancia educativa porque demostró que la unión práctica de los obreros y los campesinos es posible, y volvió a comprobar la urgente necesidad de luchar contra todo el mecanismo burocrático de las organizaciones sindicales, que son el más sólido apoyo para la obra oportunista de los parlamentarios y de los reformistas tendientes a sofocar todo movimiento revolucionario de las masas trabajadoras.

(14 de marzo de 1921, "L'Ordine Nuovo" —diario—)

LAS ELECCIONES Y LA LIBERTAD

Los términos reales y concretos de la igualdad burguesa se van manifestando en toda su cruda evidencia y no pueden dejar de ser comprendidos por los estratos más opacos y atrasados del proletariado.

La burguesía industrial y agraria posee miles y miles de periódicos e imprentas; todas las carteras están a su disposición. Los proletarios pueden imprimir muy pocos periódicos con medios propios: las destrucciones y las amenazas que penden sobre los talleres tipográficos que aceptan trabajos de los partidos obreros hacen aún más absurda la inferioridad de la clase pobre. Ninguno de los miles y miles de periódicos burgueses ha sido todavía destruido por los proletarios; los pocos periódicos obreros que hay, han sido ya destruidos, tales como "El Trabajador" de Trieste, "El Proletario" de Pola, "La Defensa" de Florencia, "La Justicia" de Regio Emilia, "El Avanti" en sus dos ediciones de Milán y de Roma.

La burguesía industrial y agraria posee decenas de millares de salas de reunión, teatros, cines, donde puede acoger pacíficamente a sus partidarios y desplegar toda la propaganda que juzga útil. Por decenas y centenares han sido incendiadas las sedes de la clase obrera, las Cámaras del Trabajo y las secciones socialistas y comunistas. La plaza es disputada a las masas populares, el lugar natural

donde puede reunirse sin gastos el proletariado ha sido convertido en campo de trampas y emboscadas. Para mantener el dominio de las plazas la clase obrera debería permanecer movilizada día y noche, no ir ya al taller o la fábrica a trabajar, no ir más a casa a descansar; un centenar de individuos armados que tengan la seguridad de la impunidad para cualquier acto violento y la ayuda incondicional por parte de la fuerza pública en caso de necesidad, que no tengan obligaciones de trabajo productivo, que puedan transportarse de un punto a otro y preparar planes de conjunto, es suficiente para tener en jaque al proletariado y privarlo de la libertad de ir y venir, de la libertad de reunirse y discutir.

¿Qué valor puede tener un parlamento elegido en estas condiciones? ¿Podrá ser considerado como representante de la "libre" voluntad nacional? ¿Qué indicaciones podrá dar dicho parlamento acerca de la posición política real de las clases sociales? Si bastase hacer estas preguntas para obtener una convicción difusa, un estado de conciencia universal, un impulso para la fundación de nuevas instituciones, la lucha política hubiera terminado desde hace tiempo con la victoria del pueblo trabajador sobre la clase burguesa y ya desde hace tiempo hubiese sucedido la insurrección de las clases oprimidas y explotadas contra los dominadores y contra su falsa e hipócrita libertad e igualdad. La verdad es que no bastan las palabras y la propaganda para hacer surgir a las grandes masas y para determinar las condiciones necesarias y suficientes para la fundación de nuevas instituciones. El proceso histórico se realiza con una dialéctica real, con la violenta contraposición de estados de hecho inexpugnables, los cuales aparecen manifiestos con extrema claridad en las grandes masas populares y no a través de la educación y la polémica verbal. Es cierto que para hacer comprender la noción de dictadura proletaria han sido más útiles las renuncias obligadas de los consejos municipales socialistas que dos años de propaganda demagógica del partido socialista. Es verdad que el fascismo ha contribuido experimentalmente en

pocos meses a iluminar en la conciencia proletaria las tesis de la Internacional Comunista más de lo que no hayan hecho dos años del "Avanti" y de todas las publicaciones de la sociedad editorial. Es verdad que estas elecciones harán caer de manera definitiva de la conciencia popular la máscara del parlamento y de todas las otras instituciones burguesas y harán históricamente necesario e irresistible el surgimiento de un nuevo sistema representativo en el cual se afirma y encuentra protección, la voluntad del pueblo por nuevos ideales de libertad e igualdad.

Y he aquí porqué el partido comunista no se abstiene en las elecciones. Porque quiere que el experimento se realice con toda su eficacia y su evidencia educativa, porque el partido comunista es el partido de las grandes masas populares, aun de las más atrasadas y opacas y no sólo de la vanguardia proletaria y quiere llegar hasta los últimos resquicios de la ilusión democrática y socialista, y derrotarla. ¿Las elecciones hechas en el ambiente de libertad y de igualdad propios de la democracia burguesa darán solamente un diputado a la clase obrera? Este uno representará a toda la clase, una consigna lanzada por él solo, por mandato del Partido proletario, será recogida y practicada por toda la clase. Una posición de esta naturaleza provocará ineluctablemente la explosión de nuevas instituciones representativas que se contrapondrán al Parlamento y lo sustituirán sin remordimientos ni rebeliones de ninguna capa popular. Este proceso real ya se verificó en Rusia y se comprende por qué el gobierno de los soviets, aun después de algunos meses de la revolución de noviembre, haya convocado a la Asamblea Constituyente. Si la Constituyente no hubiese sido convocada, muchos estratos populares hubiesen seguido siendo partidarios del parlamentarismo en Rusia; su disolución no provocó en cambio ningún descontento, ninguna rebelión. Pareció evidente, aun para las masas más atrasadas de campesinos, que la Constituyente elegida sobre listas de partidos que no existían ya con sus posiciones políticas de siempre, no representaba al pueblo, no representaba los intereses de la mayoría de

la nación. Los bolcheviques quisieron que se realizara la experiencia, que la conciencia popular se formara de manera materialista, que no quedase en las grandes masas ningún remordimiento ni ninguna vaga ilusión.

Hagamos la hipótesis revolucionaria de que una insurrección popular arrastre al futuro parlamento y lo sustituya con un Congreso de diputados obreros y campesinos. ¡En ese caso ni siquiera Felipe Turati (secretario general del Partido socialista, N. del T.) se atreverá a seguir sosteniendo que la democracia burguesa es la ciudad y los soviets la horda salvaje...!

(21 de abril de 1921, "L'Ordine Nuovo" —diario—)

LOS PARTIDOS Y LA MASA

La crisis constitucional en que se debate el partido socialista interesa a los comunistas en cuanto que es el reflejo de la crisis constitucional aun más profunda en que se debaten las grandes masas del pueblo italiano. Desde este punto de vista la crisis del partido socialista no puede y no debe ser considerada en forma aislada: forma parte de un cuadro más complejo, que abarca también al Partido Popular y al fascismo.

Políticamente las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el empuje de las fuerzas económicas determinantes son interpretadas por los partidos, que se dividen primero en tendencias y después en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos: Al través de este proceso de desarticulación, de neoasociación, de fusión entre los homogéneos, se revela un profundo proceso interior de descomposición de la sociedad democrática, hasta llegar a la alineación definitiva de las clases en lucha por la conservación o la conquista del poder de Estado y del poder sobre el aparato de producción.

En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el partido socialista representó a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituida por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los cam-

pesinos pobres. De estas tres clases, sólo el proletariado era esencialmente y por tanto permanentemente revolucionario; las otras dos clases eran "ocasionalmente" revolucionarias, eran "socialistas de guerra", aceptaban la idea de la revolución en general, por los sentimientos de rebelión antigubernamental germinados durante la guerra. Ya que el partido socialista estaba constituido en su mayoría por elementos pequeños burgueses y campesinos, hubiera podido hacer la revolución sólo en un primer tiempo después del armisticio, cuando los sentimientos de revuelta antigubernamental eran todavía activos y vivaces; por otro lado, estando el partido socialista constituido en su mayoría por pequeños burgueses y campesinos (cuya mentalidad no es muy diversa de la de los pequeño-burgueses de ciudad), no podía ser más que oscilante, dubitativo, sin un programa nítido y preciso, sin rumbo, y sin especialmente una conciencia internacionalista.

La ocupación de las fábricas, esencialmente proletaria, tomó impreparado al partido socialista que era sólo parcialmente proletario, que estaba ya en una crisis de conciencia en sus otras partes constituyentes, gracias a los primeros golpes del fascismo. El fin de la ocupación de las fábricas desordenó completamente al partido socialista; las creencias revolucionarias infantiles y sentimentales se derrumbaron completamente; los dolores de la guerra se habían atenuado en parte (¡no se hace una revolución con los recuerdos del pasado!); el gobierno burgués parecía todavía fuerte en la persona de Giolitti y en la actividad fascista; los jefes reformistas afirmaron que era una locura pensar en la revolución comunista en general; Serrati afirmó que era una locura pensar en la revolución comunista en Italia en ese período. Sólo la minoría del partido, formada por la parte más avanzada y culta del proletariado industrial, no cambió su punto de vista comunista e internacionalista, no se desmoralizó por los sucesos cotidianos, no se dejó ilusionar por las apariencias de robustez y de energía del Estado burgués. Así nació el Partido Comunista, primera organización autónoma e independiente del proletariado

industrial, de la sola clase popular esencialmente y permanentemente revolucionaria.

El partido comunista no se convirtió inmediatamente en partido de las grandes masas. Ello prueba una sola cosa: las condiciones de gran desmoralización y de gran abatimiento en que habían caído las masas en seguida del fracaso político de la ocupación de las fábricas. La fe se había apagado en un gran número de dirigentes; lo que antes había sido exaltado, era despreciado hoy; los sentimientos más íntimos y delicados de la conciencia proletaria eran torpemente aplastados por esa subalterna oficialidad dirigente, transformada en escéptica y corrupta en el arrepentimiento y en el remordimiento de su pasado de demagogia maximalista.

La masa popular, que inmediatamente después del armisticio se había formado alrededor del partido socialista, se desmembró, se licuó, se dispersó. La pequeña burguesía que había simpatizado con el socialismo, simpatizó con el fascismo; los campesinos, sin apoyo ya en el partido socialista, tuvieron más bien simpatía para el partido popular. Pero esta confusión de los antiguos efectivos del partido socialista con los fascistas por un lado y con los populares por el otro, no se quedó sin consecuencias.

El partido popular se acercó al partido socialista: en las elecciones parlamentarias, las listas abiertas populares, acogieron en todas las circunscripciones a centenares y millares de candidatos socialistas; en las elecciones municipales que se desarrollaron en algunas regiones rurales, por su parte, los socialistas, en lo que va de las elecciones políticas hasta hoy, generalmente no presentaron listas de minoría sino que aconsejaron a sus partidarios depositar sus votos por la lista popular; en Bérgamo el fenómeno tuvo una manifestación clamorosa: los populares extremistas se separaron de la organización blanca y se fundieron con los socialistas, fundando la Cámara del Trabajo y un semanario dirigido y escrito por socialistas y populares juntos. Objetivamente este proceso de acercamiento popular-socialista representa un progreso. La clase campesina se

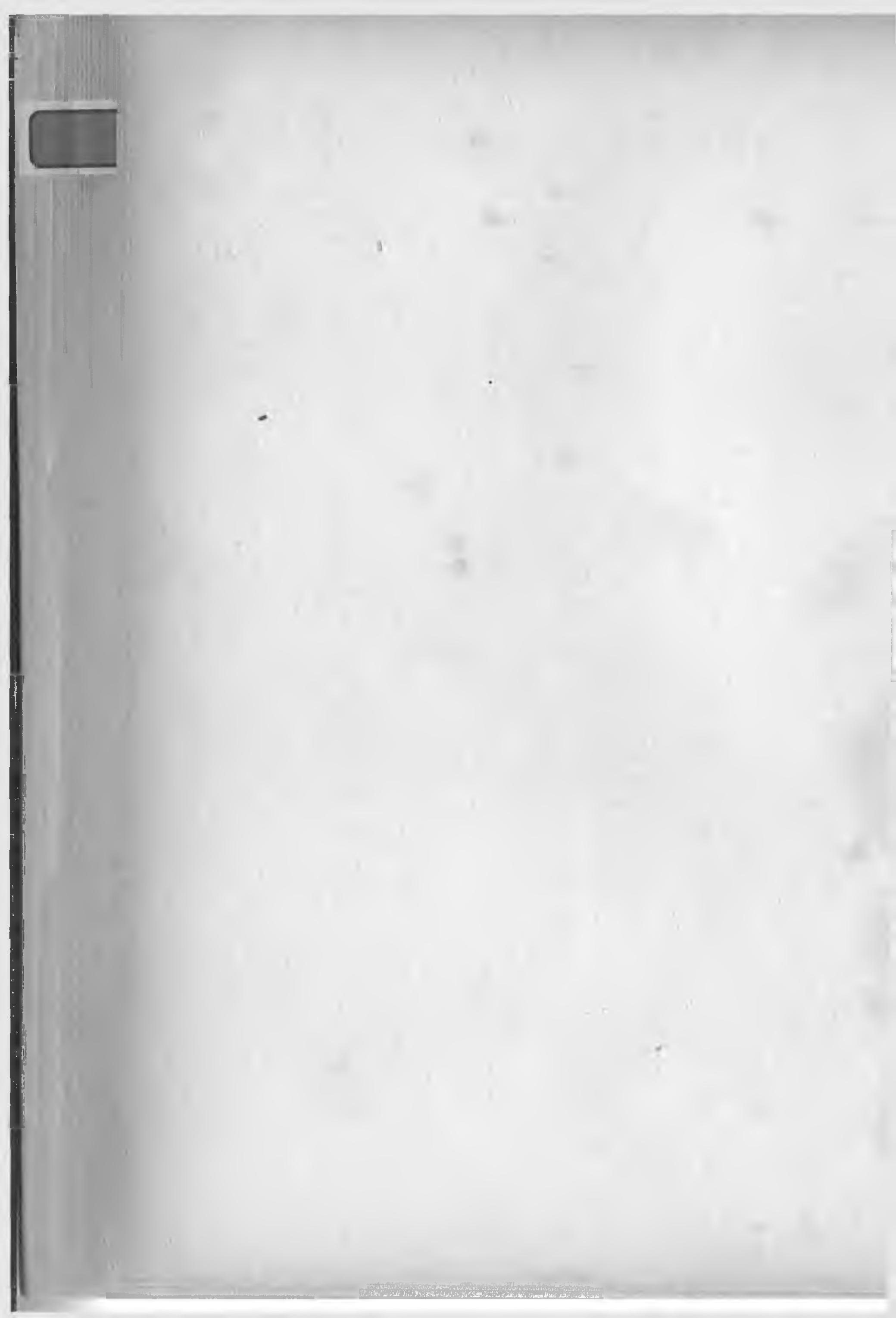
unifica, adquiere conciencia y noción de su solidaridad difusa, rompiendo el envoltorio de la cultura anticlerical pequeño burguesa que hay en el campo socialista. Debido a esta tendencia de sus efectivos rurales, el partido socialista se separa cada vez más del proletariado industrial y por tanto parece que se va a romper la fuerte ligazón unitaria que el partido socialista parecía que había creado entre ciudad y campo; pero como esta ligazón en realidad no existía, no se desprende ningún daño efectivo de la nueva situación. En cambio se hace evidente una ventaja real: el partido popular sufre una inclinación muy fuerte a la izquierda y se convierte cada vez más en laico; acabará por separarse de su ala derecha, constituida por grandes y medianos propietarios de tierras, es decir, entrará decididamente en el campo de la lucha de clases, ocasionando un formidable debilitamiento del gobierno burgués.

El mismo fenómeno se perfila en el campo fascista. La pequeña burguesía urbana, reforzada políticamente por los tránsfugas del partido socialista, después de la guerra, había intentado hacer fructificar la capacidad de organización y de acción militar adquirida durante la guerra. La guerra italiana fue dirigida, en ausencia de un estado mayor eficiente, por la oficialidad subalterna, es decir, por la pequeña burguesía. Las desilusiones sufridas en guerra habían desatado sentimientos muy fuertes de rebelión antigubernamental en esta clase, la cual, perdida la unidad militar de sus cuadros después del armisticio, se desparramó en los diversos partidos de masas, llevando consigo fermentos de rebelión, pero también incertidumbre, oscilaciones, demagogia. Una vez derrumbada la fuerza del partido socialista después de la ocupación de las fábricas, esta clase, con rapidez fulminante y bajo el empuje del mismo estado mayor que la había explotado en la guerra, reconstruyó militarmente a sus cuadros, se organizó nacionalmente. Maduración rapidísima, crisis constitucional rapidísima. La pequeña burguesía urbana, juguete en manos del estado mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, se alió con los propietarios agrarios y rompió por

cuenta de ellos la organización de los campesinos. El pacto de Roma entre fascistas y socialistas marca el alto a esta política ciega y políticamente desastrosa para la pequeña burguesía urbana, que comprendió que estaba vendiendo su "primogenitura" por un plato de lentejas. Si el fascismo continuaba con sus expediciones punitivas como las hechas en Trevi, Sarzana, Roccastrada, la población se hubiera levantado en masa, y en el caso de una derrota popular, ciertamente, los pequeños burgueses no hubieran tomado el poder sino el estado mayor y los latifundistas. El fascismo se acerca nuevamente al socialismo, la pequeña burguesía intenta romper sus ligas con la gran propiedad de la tierra, busca tener un programa que acaba por parecerse extrañamente al de Turati y D'Aragona.

Esta es la situación actual de las masas populares italianas: una gran confusión que siguió a la unidad artificial creada por la guerra y personificada en el partido socialista, una gran confusión que encuentra puntos de polarización dialéctica en el partido comunista, organización independiente del proletariado industrial; en el partido popular, organización de los campesinos; en el fascismo, organización de la pequeña burguesía. El Partido Socialista, que desde el armisticio hasta la ocupación de las fábricas representó la confusión demagógica de estas tres clases del pueblo trabajador, es hoy el máximo exponente y la víctima más conspícua del proceso de desarticulación (hacia un nuevo, definitivo asentamiento) que las masas populares italianas sufren como consecuencia de la descomposición de la democracia.

(25 de septiembre de 1921, "O'Ordine Nuovo" —diario—.).



EL CONGRESO SOCIALISTA

Todo tipo de asociación se caracteriza por la difusión de un sentimiento fundamental que le asegura la continuidad y el buen funcionamiento. La monarquía absoluta se caracterizaba por el sentimiento del honor caballeresco, que ligaba fuertemente a la nobleza feudal con la persona física del soberano y de sus descendientes legítimos; la crisis de la institución monárquica se manifestó inicialmente con la devaluación del sentido del honor en los aristócratas, es decir, con el paso de una parte de la aristocracia al campo de la clase revolucionaria, la burguesía industrial y comerciante. El régimen de la democracia parlamentaria instauró una nueva costumbre y una nueva cultura: el sentimiento del honor caballeresco fue sustituido por el sentido del respeto por la ley escrita, que apareció ante las masas populares como la aplicación concreta de la voluntad nacional. La crisis de la democracia parlamentaria se manifiesta hoy en dos tipos de hechos: por una parte la ley escrita golpea a un número demasiado grande de ciudadanos, llena demasiadas prisiones, hace necesarias demasiadas amnistías, demostrando que es inepta para regular pacíficamente las relaciones sociales; por otra parte dicha ley ya no es respetada por los mismos ciudadanos encargados de su custodia y ejecución.

La asociación obrera nacional e internacional restauró

por necesidad de supervivencia, el sentimiento del honor que existía en las monarquías absolutas. La asociación obrera es de carácter voluntario, sus leyes internas no tienen como sostén ninguna amenaza de sanción corporal, quien traiciona a la organización no puede ser encarcelado, ni multado, ni juzgado. Por eso desde su nacimiento la asociación obrera ha dado gran importancia al sentido del honor, a la lealtad, a la fidelidad, y ha sido implacable hacia los que han faltado a estas cualidades; esto explica la aspereza de lenguaje que ha sido siempre característica de las polémicas contra los renegados y contra los traidores de la clase obrera. En Italia la aspereza de las polémicas ha sido mayor que en otras partes y eso se explica fácilmente. Nuestro país no tiene tradiciones brillantes por lo que se refiere a las calidades morales del hombre. Las invasiones extranjeras y el dominio de los curas durante siglos y siglos, corrompieron y depravaron las costumbres de una manera inaudita. Durante mucho tiempo los esbirros austríacos y los jesuítas fueron los únicos educadores del pueblo italiano. El escepticismo, la deslealtad, la traición, pudrieron hasta las más hondas raíces la humanidad italiana, que de esta manera ha conocido figuras como Maramaldo, aventureros como Casanova, hombres de estado como el duque Valentino que no tiene igual en otros países.

La clase obrera italiana representa una originalidad en el campo de las costumbres y de la vida moral. Aprecia mucho el sentido del honor, la fidelidad, la disciplina, no sólo formal sino sustancial que hace dar un consenso permanente a las ideas y a los sentimientos difundidos en la clase. Cuando Felipe Turati regaló 10 liras a un esquirol, demostró en la forma más clamorosa que no tenía ya ninguna liga con la clase obrera. El esquirol es la figura más sucia e indigna para el obrero consciente; el esquirol es para el obrero lo que el que escupe a Cristo para el cristiano. Con su acto, Turati demostraba haber salido ya del mundo moral proletario y no comprender nada de los valores más íntimamente preciosos de la clase obrera.

Después del Congreso de Livorno, el partido socialista

italiano se puso en su conjunto fuera de la vida moral de la clase obrera. Con la separación de los comunistsas y con la salida de cerca de otros 50,000 obreros, el partido socialista se redujo a ser un partido de pequeños burgueses, de funcionarios pegados al cargo como el ostión a su concha, capaces de cualquier vergüenza y de cualquier infamia con tal de no perder el puesto ocupado. El partido socialista regresó así a la más clara tradición nacional italiana, la tradición de la costumbre inculcada por los esbirros y por los jesuítas, la tradición de no tener palabra de honor, la tradición de la deslealtad y del oportunismo más vergonzoso, la tradición de Maramaldo. En el Congreso de Livorno, después de la salida de los comunistas, los delegados socialistas declararon que apelarían al III Congreso mundial comunista y aprobaron una moción por la que el partido se comprometía a aceptar las deliberaciones del III Congreso, cualesquiera que estas fuesen. Disuelto el Congreso, la dirección del partido y la dirección del "Avanti!", se olvidaron completamente de estos compromisos.

El "Avanti!" difamó sistemáticamente a la Internacional comunista y exaltó a sus enemigos más astutos y peligrosos. La dirección del partido socialista no apeló a Moscú y los tres delegados, Maffi, Riboldi, Lazzari fueron enviados al III Congreso sin un mandato específico, sin instrucciones, sin ninguna consigna clara a propósito de la moción aprobado en Livorno. En esta forma el partido socialista no sólo faltó al sentido del honor, característico de la asociación obrera, así como había sido característico de la noble aristocracia, sino también faltó al respeto de la ley escrita, que es el sostén de la democracia burguesa. Se puede decir que de todos los participantes en el Congreso Socialista que que comienza mañana en Milán, solamente uno conservó íntegro el espíritu proletario: Constantino Lazzari, quien en efecto, en las pocas manifestaciones públicas de su actitud, insiste sobre todo sobre esta palabra: honor, que no tiene ya ningún significado para los otros.

El cadáver burgués, al través del reformismo parlamentario, ha envenenado a todo el partido socialista. Los sín-

tomas de la descomposisción son los mismos: falta del sentido del honor, falta del respeto a la ley escrita. Ni un estado ni un partido se pueden mantener y gobernar sin principios, sin inclinarse ante los sentimientos dominantes en su formación social. La muerte en el deshonor es el castigo con que la historia sancionó siempre implacablemente a los transgresores de las leyes fundamentales de la convivencia humana.

(9 de Octubre de 1921, "L'Ordine Nuovo" —diario—)

A PALMIRO TOGLIATTI

Moscú, 18 de Mayo de 1923.

Querido Palmiro:

Contestaré largamente tu carta y te expondré cuál es en este momento mi opinión sobre la situación del partido y sobre las perspectivas que se pueden trazar para su futuro desarrollo, y en relación con la actitud de los grupos que lo constituyen. En línea general te digo inmediatamente que tú eres demasiado optimista, la cuestión es mucho más compleja de lo que aparece en tu carta. Durante el IV Congreso (de la Internacional) tuve algunas conversaciones con Amadeo (Bordiga), las cuales me inducen a creer necesaria una discusión abierta y definitiva entre nosotros a propósito de algunas cuestiones que hoy parecen, o pueden parecer nimiedades intelectuales, pero que yo juzgo de tal naturaleza que pueden convertirse, en un desarrollo revolucionario de la situación italiana, en causa de crisis y de descomposición interna del partido. La cuestión fundamental es hoy ésta, es decir aquella que tú mismo pusiste: es necesario crear en el interior del partido un núcleo, que no sea una fracción, de compañeros que tengan el máximo de homogeneidad ideológica y que logren por tanto imprimir a la acción práctica un máximo de unicidad directiva. Nosotros, viejo grupo de Turín, hicimos muchos errores en este campo. Evitamos llevar hasta sus extremas consecuencias las diferencias de ideas y prácticas que

surgieron con Angelo (Tasca), no aclaramos la situación y hoy nos encontramos en este punto: una pequeña banda de compañeros explota por su cuenta la tradición y las fuerzas suscitadas por nosotros y Turín se convirtió en un Documento contra nosotros.

En el campo general, debido a la repulsión que sentimos en 1919-20 por crear una fracción, nos quedamos aislados, individuos simples o casi, mientras en el otro grupo, el abstencionista, la tradición de fracción y de trabajo en común ha dejado huellas profundas que todavía hoy tienen reflejos de ideas y prácticas muy considerables en la vida del partido. Pero te escribiré largo y detalladamente. Quisiera, además, escribir una carta más general para los compañeros de nuestro viejo grupo, como Leonetti, Montagnana etc., en la que explicaré también mi actitud en el IV Congreso, que si recuerdan, reproduce mi misma situación de 1920 en Turín, cuando no quise entrar en la fracción comunista eleccionista y sostuve la necesidad de un mayor acercamiento con los mismos abstencionistas.

Pienso que hoy, por estos rumbos, es más fácil, dadas las condiciones del movimiento en Europa, resolver en forma favorable para nosotros, al menos en la sustancia, las cuestiones en discusión. Formalmente fueron cometidas gruesas equivocaciones por nosotros, que nos han hecho aparecer como infantiles, ligeros y desorganizadores. Pero la situación nos es favorable en toda la línea. Por lo que respecta a Italia yo soy optimista dado que, lo doy por descontado, nosotros sabemos trabajar y permanecer unidos. Pienso que la cuestión del Partido Socialista Italiano (PSI) debe ser vista por nosotros de una manera más realista y pensando, por reflejo, en el período posterior a la toma del poder. Tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, lo mucho que están enraizadas las tradiciones socialdemócratas y cómo es difícil destruir los residuos del pasado con la simple polémica ideológica.

Es necesaria una vasta y detallada acción política, que disgregue, día por día, esta tradición, disgregando al organismo que la personifica. La táctica de la Internacional es

adecuada para ello. En Rusia, sobre trescientos cincuenta mil miembros del PC sólo cincuenta mil son viejos bolcheviques, los otros trescientos mil son mencheviques y social-revolucionarios venidos a nosotros por la acción del núcleo original, el cual sin embargo no ha sido sumergido por este elemento, sino que continúa dirigiendo el partido y al contrario se refuerza continuamente en las representaciones de los congresos y en el movimiento general de la capa dirigente.

En el partido alemán se verifica lo mismo: los cincuenta mil espartaquistas han encuadrado completamente a los trescientos mil independientes; en el cuarto congreso sobre veinte delegados alemanes solamente tres eran ex-independientes y ésto a pesar de que la representación había sido escogida en gran parte por los organismos locales.

Yo pienso que por parte nuestra haya demasiadas preocupaciones y, si examino cuál pueda ser su raíz psicológica, encuentro una sola explicación: tenemos la conciencia de ser débiles y de poder ser sumergidos. Ojo, porque esto tiene reflejos prácticos enormemente importantes. En Italia hemos cultivado en círculos cerrados una oposición desnutrida de todo ideal y de toda clara visión. ¿Qué situación se ha provocado? la masa del partido y de los simpatizantes forma su opinión sobre documentos públicos que están en la línea de la Internacional y por reflejo, de la oposición. Nosotros nos separamos de la masa; entre nosotros y la masa se forma una nube de equívocos, de mal entendidos, de problemas complicados. Nosotros aparecemos, en un cierto momento, como hombres que quieren permanecer en su puesto a cualquier precio, es decir se volteará para nuestro daño, la parte que es propia de la oposición. Yo creo que nosotros, que nuestro grupo, debemos permanecer a la cabeza del partido, porque estamos realmente en la línea del desarrollo histórico, porque, no obstante todos nuestros errores, hemos trabajado positivamente y hemos creado algo; los otros no han hecho nada y hoy quieren hacer para liquidar el comunismo en Italia, para llevar a nuestro joven movimiento al ámbito tradicional. Pero

si continuamos asumiendo las actitudes formalistas que hemos asumido hasta ahora (¡atención!, ellas son formalistas para mi, para ti, para Bruno, para Humberto, no para Amadeo) obtendremos el fin opuesto al que deseamos; la oposición de hecho se convertirá en el representante del partido y nosotros quedaremos fuera, nosotros sufriremos una derrota práctica, irremediable quizá y que indudablemente será el inicio de nuestra disgregación como grupo y de nuestra derrota de ideas y política. Y bien, no es necesario preocuparse demasiado por nuestra función dirigente: debemos caminar adelante, explicando nuestra acción política, sin mirarnos demasiado en el espejo. Nosotros estamos en la cresta de la corriente histórica y tendremos éxito a condición de que rememos bien y tengamos firme el timón en nuestras manos. Si nosotros sabemos actuar bien absorberemos al partido socialista y resolveremos el primer y fundamental problema revolucionario: unificar al proletariado de vanguardia y destruir la tradición populista demagógica.

Desde este punto de vista el comentario hecho por ti en el Congreso Socialista no me satisfizo. Tú apareces en él como el comunista que se mira en el espejo; en vez de disgregar al PSI tu comentario sirve para reforzarlo, poniendo a todo el movimiento socialista en antítesis insuperable con nosotros. Para los jefes, para Nenni para Vella, etc., eso es indudable, pero para la masa inscrita, y eso es lo que más cuenta, para la zona de influencia proletaria, ¿es cierto eso? Ciertamente no, nosotros estamos persuadidos de que el proletariado de vanguardia será atraído y asimilado por nosotros en su enorme mayoría, ¿qué es lo que hay que hacer entonces?

I. No insistir en las anítesis hechas en bloque, sino diferenciar entre jefes y masa.

II. Encontrar todos los elementos de diferencia entre los jefes y la masa y profundizarlos, ampliarlos, generalizarlos políticamente.

III. Hacer una discusión de política actual y no un examen de fenómenos históricos generales.

IV. Hacer proposiciones prácticas e indicar a la masa rumbos prácticos de acción y de organización.

Paso a dar ejemplos para que tú me entiendas mejor y amplío la cuestión al congreso popular, que no ha sido explotado políticamente por nosotros a pesar de que junto con el desarrollo de la situación del partido Sardo de Acción, nos ofrece el campo para afirmaciones esenciales en el problema de las relaciones entre proletariado y clases del campo.

El problema socialista era éste: poner en evidencia el estridente contraste entre las palabras y los hechos de los jefes socialistas. Cuando la Internacional nos aconsejó hacer nuestro el movimiento de los socialistas de derecha, acerca del bloque entre los dos partidos, lo hizo porque era fácil prever que en la situación general la fusión se había hecho imposible y se necesitaba aprisionar a los Vella y a los Nenni en sus mismos recintos, seguros como era necesario estarlo, de que su actitud era demagógica y de que su línea era divergente de la nuestra. Esto se vio en la respuesta a nuestra proposición. En el comentario sobre el Congreso era necesario comenzar a notar eso: la prohibición a los fusionistas de organizarse, su exclusión del centro dirigente, la disolución de la federación juvenil, eran elementos políticos de primer orden que debían ser explotados. La masa socialista debía ser puesta delante de este hecho preciso, era necesario para esta masa, a partir de la confusión de las polémicas y del verbalismo, hacer un trabajo para localizar las líneas directivas concretas y exponerlas en forma clara y comprensiva.

Lo mismo para el Congreso Popular. Yo creo que todo movimiento en el partido popular, dadas las ligas entre esta organización y el Vaticano, tiene para nosotros una importancia especial. A mi criterio, el Congreso Popular tuvo este significado. Existe un amplio y difuso descontento entre las masas campesinas contra la política del partido, descontento determinado especialmente por el nuevo impuesto a los transportadores agrícolas. Este estado de ánimo se amplía del campo a la ciudad, en amplias capas de la pe-

queña burguesía. La composición del Partido Popular es ésta: una derecha reaccionaria y fascista, basada en la aristocracia clerical, una izquierda basada en el campo y un centro constituido por elementos intelectuales urbanos y por curas. La campaña del "corriere" y de la "Stampa" lleva agua al molino del centro popular. Los elementos que son separados por esta astuta campaña del fascismo se orientan necesariamente hacia el Partido Popular, única organización existente que puede dar la esperanza de tener posibilidades, con su táctica elástica y oportunista, de balancear el fascismo y de introducir una competencia de gobierno en el campo parlamentario, es decir, una libertad como la entienden los liberales. La táctica fascista hacia los populares es muy peligrosa y llevará necesariamente a ser más izquierdista al partido y a determinar divisiones por la izquierda. Para los populares se presenta la misma situación que durante la guerra, pero enormemente más difícil y peligrosa. Durante la guerra los católicos eran neutralistas en las parroquias y en las aldeas, mientras los periódicos y las altas esferas eclesiásticas apoyaban clamorosamente la guerra. Entonces el gobierno no obligó al centro a oponerse a la periferia y a homogeneizarse. Los fascistas no quieren comportarse así. Ellos quieren tener consensos abiertos, declaraciones de corresponsabilidad, especialmente delante de las masas, en las células originarias de los partidos de masas. Eso es imposible pedírselo al Partido Popular sin pedirle implícitamente su muerte. Es evidente que nosotros debemos acentuar y ampliar la crisis de los populares, reproduciendo también en nuestros periódicos, declaraciones de elementos de izquierda, como hicimos una vez en Turín con Giuseppe Speranzini.

La carta me salió más larga y más compleja de lo que había pensado. Por hoy termino a pesar de que algunas de estas cuestiones quiero tratarlas ampliamente.

Saludos cordiales para los compañeros y para ti.

ANTONIO

A MAURO SCOCCIMARRO

Viena, 5 de enero de 1924.

Querido Negri:

Recibí tu carta del 25 de diciembre y la carta de Palmiro del 29 del mismo mes. Contesto a los dos juntos. Comunica a Palmi esta carta mía y si es posible, también a Lanzi y a Ferri.

Sintéticamente te diré por qué insisto en juzgar imposible que yo firme el manifiesto, aún después de haber leído la segunda redacción. Para el manifiesto no existen ni el Comité Ejecutivo ampliado de febrero de 1922 ni el de junio de 1922, ni el cuarto Congreso, ni el Ejecutivo de junio de 1923. Para el Manifiesto la historia se concluye con el tercer Congreso y al tercer Congreso es necesario atenerse para continuar, (se refiere al tercer Congreso de la Internacional Comunista N. del T.). Todo eso puede ser plausible como opinión personal de un compañero en particular, como expresión de un pequeño grupo; pero simplemente es una locura como directiva de una fracción mayoritaria que ha administrado al partido desde el tercer Congreso en adelante y que continúa administrándolo. Es una locura y un absurdo, ya que en todas las reuniones del ejecutivo ampliadas y en el Cuarto Congreso, los representantes de esa mayoría han hecho siempre las más amplias de-

claraciones en favor del centralismo, del Partido Unico Internacional. En el Congreso de Roma había sido declarado que las tesis sobre la táctica serían votadas a título consultivo, pero que ellas, después de la discusión del Cuarto Congreso, serían anuladas y no se hablaría más de ellas. En la primera mitad de marzo de 1922 el ejecutivo de la Komintern publicó un comunicado especial en el que las tesis sobre la táctica de nuestro partido eran refutadas y rechazadas y un artículo del estatuto de la Internacional dice que toda deliberación del ejecutivo debe convertirse en ley para las secciones en particular. Que esto valga para la parte formal y jurídica de la cuestión, que tiene su importancia. En verdad después de la publicación la mayoría (del partido italiano N. del T.) podría ser descalificada del todo y aún excluída de la Komintern. Si la situación política de Italia no se opusiera a ello, pienso que la exclusión llegaría. Ateniéndose a la concepción del partido que se deriva del manifiesto, la exclusión debería ser sin taxativas. Si una federación nuestra hiciese sólo la mitad de lo que los representantes de la mayoría del partido quieren hacer con la Komintern, su disolución sería inmediata. No quiero aparecer como un completo payaso, firmando el manifiesto.

Pero no estoy ni siquiera de acuerdo con la sustancia del manifiesto. Tengo otra concepción del partido, de su función, de las relaciones que deben establecerse entre él y las masas sin partido, entre él y la población en general. No creo absolutamente que la táctica que se desarrolló al través de las reuniones ampliadas del Ejecutivo y del cuarto Congreso (de la Internacional), haya sido equivocada. Ni en el planteamiento ni en los detalles importantes. Creo que de igual manera pasa contigo y con Palmi y por eso no puedo comprender cómo ustedes, se embarquen tan a la ligera en un barco tan peligroso. Me parece que ustedes se encuentran en el mismo estado de ánimo en el que yo me encontré durante el período del Congreso de Roma. Quizá porque mientras tanto he estado alejado del trabajo interno del partido, ese estado de ánimo se desvaneció; en realidad

se desvaneció también por otras razones. Y una de las más importantes es esta: absolutamente no se pueden hacer compromisos con Amadeo. El es una personalidad demasiado vigorosa y tiene tan profunda persuasión de estar en lo cierto que es absurdo pensar enredarlo con un compromiso. El seguirá luchando y en cada ocasión volverá a presentar, siempre intactas, sus tésis.

Creo que Palmi se equivoca en juzgar que el momento no es propicio para iniciar una acción nuestra, independiente y para dar lugar a una formación nueva que sólo "territorialmente" aparecería como de centro. Es innegable que la concepción que hasta ahora ha sido oficial en relación con la función del partido lo ha llevado a cristalizarse solamente en las discusiones de organización y por tanto a una verdadera pasividad política. En vez del centralismo se logró crear un morboso movimiento minoritario, y si se habla con los camaradas emigrados para que participen más activamente en la acción del partido en el extranjero, se tiene la impresión que para ellos el partido es en realidad bien poca cosa y que estarían muy poco dispuestos a dar algo por él. La experiencia de la Escuela de Petrogrado es muy expresiva al respecto. En realidad yo me he persuadido que la mayor fuerza que tiene el partido es el prestigio y los ideales de la Internacional, y no ya la ligazón que la acción específica del partido haya logrado suscitar y sobre cuyo terreno hemos creado una minoría. Y dejamos que sea la minoría lo que se apropie de la calificación de verdadero representante de la Internacional en Italia.

Precisamente hoy, cuando se decidió llevar la discusión a las masas, es cuando se necesita asumir un puesto definitivo y una figura exacta. Mientras se trató de discusiones en un círculo estrechísimo y de organizar a cinco, seis, diez personas en un organismo homogéneo era todavía posible, si bien no fuese ni siquiera entonces totalmente justo, llegar a compromisos individuales y descuidar ciertas cuestiones que no tenían una actualidad inmediata. Hoy se va delante de las masas, se discute, se deciden las formaciones de masas que tendrán una vida no sólo de pocas horas.

Pues bien, es necesario que se realice sin equívocos, sin malentendidos, que estas formaciones tengan una organicidad y puedan desarrollarse y convertirse en todo el partido. Por eso yo no firmaré el manifiesto. Todavía no sé con exactitud qué hacer. No es la primera vez que me encuentro en estas condiciones y Palmi se debe acordar cómo en agosto de 1920 me separé de él y de Humberto. Entonces era yo quien quería mantener relaciones más bien con la izquierda que con la derecha, mientras Palmi y Humberto se juntaron a Tasca, que se había separado de nosotros desde enero. Parece que hoy sucede lo contrario. Pero en realidad la situación es muy diversa, y si entonces era necesario en el interior del partido socialista apoyarse en los abstencionistas, si se quería crear el núcleo fundamental del futuro partido, hoy es necesario luchar contra los extremistas si se quiere que el partido se desarrolle y termine por ser más que una fracción externa del Partido Socialista. En efecto los dos extremismos, el de derecha y el de izquierda, redujeron al partido a un papel secundario al encerrarlo en la discusión exclusiva de las relaciones con el partido socialista. Como miembro del C.C. del partido y del comité ejecutivo de la Komintern, escribiré un informe en el que combatiré contra unos y otros, acusándolos del mismo pecado, y extrayendo de la doctrina y de la táctica de la Komintern un programa de acción para el futuro de nuestra actividad. Eso es todo lo que quería decir. Les aseguro que cualquier razonamiento de ustedes no logrará moverme de esta posición. Naturalmente que quiero seguir colaborando estrechamente con ustedes y pienso que la experiencia de estos años sirvió a todos, cuando menos para enseñarnos que se pueden tener opiniones diferentes en el ámbito del partido y a pesar de ello seguir trabajando juntos con el máximo de confianza recíproca.

Urge a los compañeros que estén a tu alcance para que aceleren el envío de los artículos que les pedí. Palmi debería hacerme inmediatamente una "batalla de las ideas" de cuando menos tres cuartillas (toda la última página). No sé qué libro, o serie de libros u otras publicaciones indi-

carle. Podría hacer una crítica del punto de vista sostenido por la "Revolución Liberal" de Gobetti, demostrando cómo el fascismo puso en realidad para Italia un dilema muy crudo y espinoso: el de la revolución permanente y el de la imposibilidad no sólo de cambiar forma al estado, sino simplemente de cambiar gobierno si no es con la fuerza armada. Y podría examinar la nueva corriente nacida en el seno de los ex-combatientes y cristalizada alrededor de "Italia Libre". Yo pienso que el movimiento de los ex-combatientes, en general, habiendo sido en realidad la formación del primer partido laico de campesinos, sobre todo en Italia central y meridional, tuvo una inmensa importancia en poner de cabeza la vieja estructura política italiana y en determinar el extremo debilitamiento de la hegemonía burguesa parlamentaria y por tanto el triunfo de la pequeña burguesía fascista reaccionaria, inconcluyente y llena sin embargo de aspiraciones y sueños utópicos de palingénesis. ¿Qué significado exacto tiene en este cuadro general el nacimiento del movimiento "Italia Libre"? Eso se me escapa y estaría muy contento si Palmi me iluminase también a mi al respecto.

Naturalmente Palmi deberá ser uno de los pilares de la reseña y enviar artículos generales que hagan posible también sustancialmente el renacimiento del viejo "L'Ordine Nuovo". Siempre se me pasa dar indicaciones para la colaboración de Valle porque pienso que él querrá tener vía libre al respecto. Dile, sin embárgo, que quisiera tener un artículo sintético suyo sobre la reforma Gentile de la escuela. Sintético tiene un significado lógico y no métrico decimal. El artículo podría ser hasta de cinco cuartillas y convertirse en el núcleo central de un número.

Y Lanzi ¿qué hace? El debe también colaborar... Especialmente sobre la cuestión sindical. Escríbele y avísale que deseo saber algo sobre su actividad y sobre sus opiniones de los hechos que se desarrollan actualmente.

Saludos.

GRAMSCI

A HUMBERTO TERRACINI

Viena, 12 de enero de 1924.

Querido Urbani:

Contesto más específicamente a tu carta donde expones, en términos muy exagerados y en gran parte erróneos, la cuestión de mi actitud.

1) Por lo que parece tu memoria es muy falaz. En la conversación que tuve contigo declaré que "por principio" yo era contrario a la publicación de un manifiesto polémico para con la Internacional. Tú me aseguraste que las correcciones hechas al original leído por mi, eran tantas y de tal naturaleza que cambiaban completamente el planteamiento haciendo una simple exposición histórica de los acontecimientos acaecidos en los últimos años, base necesaria e indispensable para cualquier discusión provechosa.

II) Aquí he visto tan sólo el manifiesto corregido. No teniendo el original a mi disposición no estoy en grado de dar un juicio filológico sobre la magnitud de las correcciones hechas. Políticamente las correcciones no cambiaron mucho la situación. Queda la negación absoluta de los desarrollos hechos a la táctica de la Komintern después del Tercer Congreso. Queda, objetivamente inalterada, la posición asumida por nuestro partido de (ser) centro potencial de todas las izquierdas que pueden formarse en el cam-

po internacional. Queda el espíritu contrario fundamentalmente a la táctica del frente único, del gobierno obrero y campesino y de toda una serie de deliberaciones en el campo organizativo, anteriores al Tercer Congreso o aprobadas por el mismo Tercer Congreso.

III) De lo que te dije en mi conversación sostenida inmediatamente después de tu llegada a Moscú, se desprendía claramente que yo no habría podido firmar ni siquiera la segunda edición del manifiesto. Tu asombro me parece por lo tanto muy fuera de lugar. Es mucho más justificado mi asombro por la gran simpleza con que tú y Negri, que habéis asistido y hecho declaraciones públicas en la reunión del Comité Ejecutivo ampliado de junio, véis el porvenir. Ustedes deben recordar que en Moscú, en la conversación tenida entre nosotros tres y Tasca, le hicimos a este último el siguiente razonamiento: la vida interna de un partido comunista no puede ser concebida como la arena de una lucha de tipo parlamentario en el que las diversas fracciones desempeñan un papel que está determinado, como el de los diferentes partidos parlamentarios, por sus orígenes diversos, dependientes de las diversas clases de la sociedad. En el partido está representada una sola clase y las diversas actitudes que de vez en vez se convierten en corrientes y fracciones están determinadas por apreciaciones encontradas sobre los acontecimientos en curso y por tanto no pueden solidificarse en una estructura permanente. El CC del partido puede haber tenido un determinado rumbo en determinadas condiciones de tiempo y de ambiente, pero puede cambiar ese rumbo, si el tiempo y el ambiente no son los mismos que antes. La minoría, convirtiendo a los contrastes en algo permanente y buscando reconstruir una mentalidad general propia de la mayoría, que justifique este proceso permanente, ha puesto, pone y pondrá a la mayoría en contraste continuado con la Komintern, es decir con la mayoría del proletariado revolucionario y especialmente con el proletariado ruso que hizo la revolución; en realidad levanta los primeros elementos de una cuestión que debería llevar seguramente a

la exclusión de la mayoría del partido de la Komintern. Pero nosotros negamos cualquier fundamento a este procedimiento abstractamente dialéctico de la minoría y demostramos con los hechos, que estamos en el terreno de la Komintern, que aplicamos y aceptamos los principios y la táctica, que no nos cristalizamos en una actitud de oposición permanente, sino que sabemos cambiar nuestras actitudes según cambian las relaciones de las fuerzas y los problemas por resolver se ponen sobre otra base.

Si no obstante eso, la minoría se sigue poniendo con respecto a la mayoría en la actitud en que se ha puesto hasta ahora, seremos nosotros los que busquemos si en ello no existen los elementos para demostrar que la minoría es un vehículo de las tendencias liquidadoras que se verifican en todo movimiento revolucionario después de una derrota y que son inherentes a las oscilaciones y al pánico propios de la pequeña burguesía, es decir de una clase que no es sobre la que se basa nuestro partido. No nos será difícil demostrar cómo la ortodoxa de la minoría en relación con la táctica de la Komintern sólo es una máscara para lograr la dirección del partido; el examen de la composición de los grupos que forman la minoría nos da una manera fácil de demostrar que ella es fundamentalmente contraria a la Komintern y que no tardará en revelar esta naturaleza suya. Así hablamos con Tasca y recuerdo que yo, contigo y con Negri repetí varias veces que juzgaba este razonamiento no como una maniobra para intimidar momentáneamente a Tasca y para debilitarlo delante del Comité Ejecutivo ampliado, sino como una nueva plataforma sobre la que la mayoría del partido debía ponerse de acuerdo resueltamente para liquidar honorablemente el pasado y estar en grado de resolver sus problemas internos. Y recuerdo que tú y Negri estaban de acuerdo en ello.

IV) Pienso que ustedes están todavía de acuerdo y por tanto no sé explicarme vuestra actual posición. En verdad nosotros nos encontramos en un gran momento histórico del movimiento comunista italiano. Es este el momento en que es necesario poner las nuevas bases de desarrollo del

partido con gran resolución y con mucha precisión. El manifiesto no representa ciertamente esta nueva base. Da todas las razones para hacer aparecer a la minoría como la fracción que en el Cuarto Congreso y en el Ejecutivo ampliado veía bien, desconfiando de la buena voluntad y de la mayoría, y haciendo aparecer a ésta como un puñado de pequeños politiqueros que de vez en vez salvan su situación con medios mezquinos. Ni siquiera los últimos acontecimientos de nuestro partido (caso Bombacci interpretado auténticamente por las declaraciones de Belloni y Remondino) lograrán salvarnos. En la actual situación, que se mantiene todavía objetivamente revolucionaría en Alemania mientras es extremadamente confusa en Italia, la Komintern no puede permitir pacíficamente que se forme en el campo internacional una mayoría de partidos que esté en la oposición y que pida volver a discutir todas las decisiones tomadas después del Tercer Congreso. Permitir eso equivaldría a reforzar enormemente las tendencias extremistas nacidas en el partido comunista alemán y a retardar por tanto su reorganización. Ustedes olvidan con frecuencia que nuestro partido tiene responsabilidades de carácter internacional y que toda actitud nuestra repercute en otros países, a menudo en formas morbosas e irracionales.

V) Insisto en mi actitud porque la considero la más oportuna y obligada. Tu carta no hace sino confirmarme en esta decisión, especialmente por lo que dices a propósito del puente que ustedes representaron en este período pasado. Es necesario que también tú, Negri y Palmi se decidan por la claridad, por una posición que sea la más cercana a vuestras convicciones íntimas y no a vuestra calidad de "puentes". De esta manera podremos juntos hacer un gran trabajo y dar a nuestro partido todo el desarrollo que la situación le permite. Es inútil querer conservar una unidad formal de fracción que nos obliga continuamente al equívoco y a las medidas a medias. Si Amadeo quiere insistir en su actitud, como seguramente lo hará, eso quizás será un bien, a condición de que su manifestación sea indi-

vidual o de un pequeño grupo; la cual en cambio con vuestro consentimiento se convertiría en manifestación de la mayoría, y eso comprometería irremediablemente al partido.

Recibí los dos sobres con material que me enviaste. Estaban abiertos. Te ruego por tanto que confecciones mejor los paquetes para que no se pierda algo. Procura enviarme el resto lo más pronto posible, si no puedes enviar todo de una vez, mándalo en pequeñas dosis sucesivas. Ciertamente viste la proposición que hice al Comité Ejecutivo para la publicación de una reseña trimestral de gran formato (doscientas cincuenta-trescientas páginas cada tres meses) que podría intitularse: "Crítica Proletaria". Creo que la proposición será aceptada y que se podrá realizar dentro de pocos meses. Elaboré el sumario del primer número en este modo:

1) Manifiesto programa, que podría escribir yo.
2) Bordiga: Problemas de táctica proletaria.
3) Graziadei: La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo.
4) Tasca: El problema de la escuela y la reforma Gentile.
5) Scoccimarro: Persectivas para un gobierno obrero y campesino en Italia.
6) Longobardi o Pastore: La estructura industrial Italiana.
7) Terracini: El programa de la Internacional Comunista.
8) Togliatti: El problema del Vaticano.
9) Crónicas: económica, financiera, política, militar, internacional, sindical, de vida obrera.
10) Reseña bibliográfica.
11) Diario político.
12) Indice de revistas y periódicos.

Los autores de los artículos deben también enviar una reseña crítico-biográfica de las publicaciones correspondientes al argumento tratado por ellos.

Deberías ponerte inmediatamente a trabajar para escribir tu artículo que debe ser de cuando menos veinte páginas del formato de una revista como "Nueva Antología". En él debes hacer un examen de los proyectos de programa presentados y de las discusiones a que han dado lugar. Te advierto que sobre todo en Rusia la discusión ha sido bastante amplia. Puedes obtener de Bujarin las indicaciones necesarias y hacer que la oficina de prensa te traduzca el material del ruso. Sería bueno que se hicieran varias copias de las traducciones y que fueran enviadas a los partidos que formaron parte de las comisiones para discutir el programa, pero faltan las actas de la discusión misma. Se podría poner la cuestión al secretario. Tu artículo sin embargo, deberá estar listo al máximo dentro de dos meses.

Saludos cordiales para tí y para Alma.

MASCI *

P.S. Sería bueno tener enseguida tu artículo sobre la situación en Alemania que sería la parte principal del primer número de "L'Ordine Nuovo".

* Masci es el seudónimo generalmente usado por Gramsci durante su residencia en Viena. Esta carta fue dirigida a Terracini que estaba en Moscú en respuesta a una de este último fechada el 2 de enero de 1924 en la que reclamaba a Gramsci no haber aclarado en seguida su oposición de principio al manifiesto Bordiga, contra la actitud de la Internacional en relación a la fusión socialista-comunista. Gramsci según Terracini, había dejado creer que él hubiera firmado un manifiesto menos severo con los socialistas maximalistas.

A PALMIRO TOGLIATTI

Viena, 27 de enero de 1924

Querido Palmi:

... estoy persuadido de que la situación de nuestro partido desde el punto de vista de la legalidad se irá agravando siempre. La vida de nuestros dirigentes y la seguridad de la organización estarán tanto más en peligro cuanto más la oposición constitucional al fascismo, agrupándose alrededor del partido reformista, pone en peligro la base misma del gobierno de Mussolini. Los fascistas buscarán resolver todas las situaciones con la cacería de comunistas y con agitar el espantajo del levantamiento revolucionario. Se convierte para nosotros en razón de vida o muerte construir un buen aparato técnico, poner en sus engranajes a elementos seleccionados, de gran experiencia, disciplinados, a toda prueba, con la sangre fría necesaria para no perder la cabeza ante ningún peligro. Para obtener esto es necesario liquidar verdaderamente mucho de la situación pasada del partido, con sus hábitos de indeferentismo, de no fijación precisa y neta de las responsabilidades, de no control y sanción inmediata de los actos de debilidad y de ligereza. El partido debe ser centralizado, pero centralización significa, antes que nada, organización y criterio de los límites. Significa que cuando se toma una decisión, no

puede ser modificada por nadie, aunque sea un partidario del centralismo y que nadie puede crear hechos consumados.

No te escondo que en estos dos años que he permanecido fuera de Italia me he vuelto muy pesimista y muy desconfiado. Yo mismo he estado muchas veces en malísimas condiciones por la situación general del partido y no por lo que se refiere a mi situación personal de la que me pitorreo discretamente y que por otra parte no creo ni siquiera que haya sufrido mucho (al máximo me gané involuntariamente la fama de un zorro de astucia infernal), sino en mi posición de representante del partido, llamado a menudo a resolver cuestiones que hubiesen tenido un efecto inmediato sobre el movimiento italiano.

Llegado a Moscú sin estar informado ni siquiera una décima parte de las cuestiones en curso, debí fingir que sabía y hacer acrobacias inauditas para no revelar con cuánta ligereza eran nombrados los representantes, sin otra preparación que el dicho tradicional: "¡Que Dios te ayude!".

Soporté muchas cosas porque la situación del artido y del movimiento era tal, que cualquier escisión, aunque fuera aparente, en las filas de la mayoría, hubiese sido desastrosa y hubiera dado oxígeno a la minoría sin criterio y sin directivas. También mis condiciones de salud, que no me permitían un trabajo intenso ni continuado, me han impedido asumir una posición que hubiera exigido además de la carga de una responsabilidad política general, también la necesidad de un trabajo intenso. La situación ha cambiado mucho hoy. Las cuestiones están sobre el tapete, ciertamente no por culpa mía, sino en parte porque no se quisieron seguir a tiempo algunas de mis sugerencias y resolverlas automáticamente. De esta manera creí necesario tomar la actitud que tomé y que mantendré hasta el fin No sé lo que haces tú en este momento. Una vez me escribiste que apenas llegase yo aquí, tú buscarías darte una escapada para un intercambio de ideas. Si, como pienso, tú sustituyes ahora a Tito, estaría bueno que encontraras el

tiempo para venir. Podríamos hablar de tantas cosas y tal vez no sería inútil.

No he recibido todavía ninguna indicación precisa para la publicación del Ordine Nuovo, y aunque he escrito a muchos compañeros, no he recibido aún ningún artículo de colaboración. Sin embargo esta semana empiezo a mandar el material. Si es necesario llenaré los primeros números enteramente yo, en espera de que los colaboradores se muevan. El primer número estará dedicado en buena parte al compañero Lenin (fallecido 6 días antes, N. del T.). Yo escribiré el artículo de fondo, intentando dar las características principales del jefe revolucionario. Traduciré una biografía y haré una pequeña selección de sus opiniones principales sobre la situación italiana en 1920. En la última carta que le mandé a Negri le escribía que además de contar con tu colaboración general, cuento con una especial para alimentar en cada número la sección "Batallas de las ideas", e indicaba la revista de Gobetti y el movimiento de "Italia Libre" como los dos primeros temas por tratar. Ahora pienso que sería más oportuno si en el primer número tú haces una reseña de los libros y folletos de Lenin impresos en Italia, encuadrándola dentro de una apreciación de la función que han tenido en Italia la obra y el prestigio de Lenin en todos estos años. En todo caso informaré a Ruggero que tú estás encargado permanentemente de esta sección y que tu material puede muy bien ser entregado a la imprenta sin tener que hacer el viaje de ida y vuelta de Italia a aquí. Si tengo material para esa sección te lo mandaré para que tú veas qué se puede hacer. Espero una carta tuya donde me digas tus opiniones sobre los diversos temas que he tratado en ésta y en las otras que te han sido comunicadas.

Saludos fraternales.

GRAMSCI

Naturalmente que yo no creo que en todo lo que te he expuesto, se trate solamente de problemas de organización.

La situación del Partido, que se refleja en la organización, es la consecuencia de una concepción política general. El problema es por tanto político y abarca no sólo la actividad actual sino la futura; hoy es un problema de relaciones entre los dirigentes del partido y la masa de los inscritos por una parte, entre el Partido y el proletariado por otra; mañana será un problema más amplio y afectará a la organización y la solidez del Estado obrero. No exponer hoy la cuestión en toda su amplitud, significaría regresar a la tradición socialista, esperar a diferenciarse para cuando la revolución esté en la puerta, o peor, cuando ya se desarrolle. En 1919 y 20 cometimos un grave error al no atacar más decididamente a la Dirección Socialista, aún corriendo el riesgo de expulsión, haber constituido una fracción que saliese de los límites de Turín y que fuera algo más que la propaganda que podía hacer el Ordine Nuovo. Hoy no se trata de llegar a estos extremos, pero aunque la relación ha cambiado, la situación es casi idéntica y debe ser afrontada con resolución y coraje.

A TOGLIATTI, TERRACINI Y OTROS

Viena, 9 de febrero de 1924.

A Palmi, Urbani y C.
Estimados compañeros:

De buena gana recojo la invitación que me dirigió el compañero Urbani, de fijar, al menos en grandes líneas, las razones por las que yo creo que es necesario en este momento llegar no sólo a una discusión a fondo de nuestra situación interna delante de las masas del Partido, sino también a una nueva alineación de los grupos que tienden a la dirección del Partido. Por razones de oportunidad me veré obligado sin embargo a no profundizar demasiado determinadas cuestiones; conozco la psicología difundida en nuestro movimiento y sé como la ausencia que ha habido hasta ahora de toda polémica interna y de todo enérgico intento de autocrítica han dejado entre nosotros una mentalidad extremadamente puntillosa e irascible, que se molesta por una nada.

"La situación interna de la Internacional." No estoy para nada persuadido del análisis hecho por Urbani acerca de las nuevas orientaciones que supuestamente se rebelarían en la Komintern después de los acontecimientos de Alemania. Como no creí hace un año que la Internacional se

orientara a la derecha, según la opinión difundida por nuestro comité ejecutivo, así no creo hoy que ella se oriente a la izquierda. La misma nomenclatura adoptada por el compañero Urbani me parece absolutamente equivocada y por lo menos extremadamente superficial. Por lo que se refiere a Rusia yo siempre he sabido que en la topografía de las fracciones y de las tendencias Radek, Trotzki y Bujarin ocupaban una posición de izquierda, Zinoviev, Kameniev, Stalin una posición de derecha, mientras que Lenin estaba en el centro y fungía como árbitro en toda la situación. Esto naturalmente en el lenguaje político corriente. El núcleo llamado leninista, como es conocido, sostiene que estas posiciones "topográficas" son absolutamente ilusorias y falaces y en sus polémicas ha demostrado continuamente cómo los llamados de izquierdistas no son otra cosa que mencheviques que se amamantan del lenguaje revolucionario, mientras son incapaces de valorar las relaciones reales de las fuerzas efectivas. Es conocido en efecto que en toda la historia del movimiento revolucionario ruso Trotzki estaba políticamente más a la izquierda de los bolcheviques, mientras que en las cuestiones de organización a menudo hacía bloque o hasta se confundía con los mencheviques. Es sabido que ya en 1905 Trotzki juzgaba que en Rusia podía verificarse una revolución socialista y obrera, mientras los bolcheviques intentaban tan sólo establecer una dictadura política del proletariado aliado con los campesinos, la cual sirviera de envoltorio al desarrollo del capitalismo, que no debía ser golpeado en su estructura económica. Es conocido también que en noviembre de 1917, mientras Lenin con la mayoría del partido había pasado a la concepción de Trotzki e intentaba controlar no sólo el gobierno político sino también el gobierno industrial, Zinoviev y Kameniev se habían quedado en la opinión tradicional del Partido, querían un gobierno de coalición revolucionaria con los mencheviques y con los social-revolucionarios, por ello salieron del CC del partido, pubicaron declaraciones y artículos en periódicos no bolcheviques y por poco no llegaron hasta la esci-

sión. Es cierto que si en noviembre de 1917 hubiese fallado el golpe de estado, como falló en octubre pasado el movimiento alemán, Zinoviev y Kameniev se hubieran separado del partido bolchevique y probablemente se hubieran ido con los mencheviques. En la reciente polémica habida en Rusia se revela cómo Trotzki y la oposición en general, en virtud de la prolongada ausencia de Lenín de la dirección del partido se preocupan mucho de un posible regreso a la vieja mentalidad, que sería deletéreo para la revolución. Pidiendo una mayor intervención del elemento obrero en la vida del partido y una disminución de los poderes de la burocracia ellos quieren en el fondo, asegurar a la revolución su carácter socialista y obrero e impedir que se transforme lentamente en aquella dictadura democrática, envoltorio de un capitalismo en desarrollo, que era el programa de Zinoviev y compañeros todavía en noviembre de 1917. Me parece que esta es la situación en el partido ruso, la cual es mucho más complicada y sustancial de cuanto la ve Urbani; la única novedad es el paso de Bujarin al grupo Zinoviev, Kameniev, Stalin.

También por lo que se refiere a la situación alemana, me parece que las cosas se desarrollan en forma bastante diversa a la descrita por Urbani.

Los dos grupos que en Alemania se disputan la dirección del partido son ambos insuficientes e incapaces. El grupo de la llamada minoría (Fischer-Maslov) indudablemente que representa a la mayoría del proletariado revolucionario; pero no tiene ni la fuerza organizativa necesaria para conducir a una revolución victoriosa en Alemania, ni una directiva firme y segura que garantice contra catástrofes todavía peores de aquellas de octubre. Dicho grupo está compuesto por elementos jóvenes en la actividad del partido que se encontraron a la cabeza de la oposición solamente por la ausencia de dirigentes que es característica de Alemania. El grupo Brandler-Thalheimer es ideológicamente, y como preparación revolucionaria, más fuerte que el primero, pero también él tiene sus debilidades, y son mucho más grandes y deletéreas de las del otro gru-

po. Brandler y Thalheimer se han convertido en talmudistas de la revolución. Queriendo encontrar a cualquier precio aliados a la clase obrera han terminado por descuidar la función de la clase obrera misma; queriendo conquistar a la aristocracia obrera controlada por los socialdemócratas creyeron poder hacerlo, no ya con el desarrollo de un programa de carácter industrial, que se basara en los consejos de fábrica y en el control, sino haciendo la competencia a los socialdemócratas en el campo de la democracia, llevando hasta la degeneración la consigna del gobierno obrero y campesino. ¿Cuál de los dos grupos está a la derecha y cuál a la izquierda? la cuestión es un poco bizantina. Es natural que Zinoviev, que no puede atacar a Brandler y Thalheimer como incapaces y nulidades individuales, ponga la cuestión en un plano político, y busque en sus errores los argumentos para acusarlos de derechismo. La cuestión por otra parte se complica increíblemente. Bajo ciertos aspectos Brander es un golpista más que un derechista y se puede también decir que es un golpista porque es un derechista. El había asegurado que para octubre pasado era posible hacer el golpe de estado en Alemania, había asegurado que el Partido estaba técnicamente listo para ello. Zinoviev en cambio era muy pesimista y no juzgaba que la situación estuviese madura políticamente. En las discusiones tenidas en el Comité Central ruso Zinoviev fue puesto en minoría y apareció en cambio el artículo de Trotzki: "Sí, la revolución se puede hacer en fecha fija." En una discusión tenida en el presidium eso fue dicho en forma bastante clara por Zinoviev. Ahora bien, ¿en qué consiste la clave del asunto? Desde el mes de julio, después de la conferencia de la Haya, Radek regresó a Moscú e hizo un informe catastrófico sobre la situación alemana. En él aparecía que el CC guiado por Brandler, no gozaba ya de la confianza del Partido; que la minoría, aún estando constituida por elementos incapaces y algunas veces turbios, tenía consigo a la mayoría del partido y hubiera podido lograr la mayoría en el congreso de Leipzig, si el centralismo y el apoyo de la

Komintern no lo hubiesen impedido; que el CC aplicaba sólo formalmente las decisiones de Moscú, que no había sido hecha ninguna campaña sistemática por el frente único y el gobierno obrero, sino únicamente artículos de periódico de carácter teórico y confuso que no eran leídos por los obreros. Es evidente que después de este informe de Radek el grupo Brandler se puso en movimiento y para evitar la victoria de la minoría, preparó un nuevo marzo 1921.* Si hubo errores éstos fueron cometidos por los alemanes. Los compañeros rusos, es decir, Radek y Trotzki, se equivocaron al creer en las palabras de humo de Brandler y compañeros, pero de hecho en este caso su posición no era de derecha sino más bien de izquierda, tanto como para poder ser acusados de golpismo.

Creí oportuno alargarme un poco sobre este argumento porque es necesario tener una orientación clara en este campo. El estatuto de la Internacional de hecho da al partido ruso la hegemonía de la organización mundial. Es cierto por tanto que se necesita conocer las diversas corrientes que se verifican en el partido ruso para comprender las orientaciones que de vez en vez son impresas a la Internacional. Hay que tener en cuenta además la situación superior de los compañeros rusos, los cuales además de tener a su disposición la masa de informaciones propias de nuestra organización, tienen además las más abundantes y más precisas para ciertas cuestiones, que son propias del estado ruso. Sus orientaciones por tanto están fundadas sobre una base material que nosotros no podremos tener sino hasta después de una revolución, y ésto da a su supremacía un carácter permanente y difícilmente atacable.

"El manifiesto de la izquierda comunista." Paso ahora a las cuestiones más estrechamente nuestras. El compañero Urbani escribe que yo exageré mucho mi apreciación sobre el carácter del manifiesto. Sostengo todavía que eso es

* A partir del 24 de marzo de 1921, hubo sublevaciones comunistas primero en Hamburgo y en Sajonia y después en muchas otras zonas de Alemania: con episodios propiamente revolucionarios, seguidos de duras represiones y muchísimos arrestos.

el inicio de una batalla a fondo contra la Internacional y que en él se pide una revisión de todo el desarrollo táctico tenido después del tercer Congreso.

Entre los puntos concluyentes del manifiesto el de la letra *b*) dice que es necesario provocar en los órganos competentes de la Internacional una discusión sobre las condiciones de la lucha proletaria en Italia en los últimos años, con amplio alcance y fuera de las sistemaciones contingentes y transitorias que a menudo sofocan el examen y la solución de los más importantes problemas. ¿Qué cosa significa esto sino que se pide y se juzga posible una revisión no sólo de la táctica de la Komintern en Italia después del tercer Congreso, sino también una discusión sobre los principios generales que están en la base de esa táctica? No es verdad, como se afirma en el último párrafo del capítulo (la táctica comunista en Italia), no es verdad que después del tercer Congreso la Internacional no haya dicho lo que quería que fuese hecho en Italia. En el número veintiocho de la revista "Internacional Comunista" está publicada una carta abierta del ejecutivo internacional al CC del PCI, carta escrita hacia la mitad de marzo de 1922, es decir, después de la reunión del ejecutivo ampliado en febrero. Ahí es refutada y rechazada toda la concepción de las tesis sobre la táctica presentadas en el congreso de Roma, y se afirma que están en completo desacuerdo con las resoluciones del tercer Congreso. En la carta están tratados especialmente estos puntos: 1) el problema de la conquista de la mayoría, 2) las situaciones en que se hace necesaria la batalla y las posibilidades de lucha, 3) el frente único, 4) la consigna del gobierno obrero.

En el tercer punto se fija la cuestión del frente único en el campo sindical y político. Explícitamente se dice que el partido debe entrar a formar parte de los comités mixtos para la lucha y la agitación. En el punto cuarto se busca trazar una línea táctica inmediata para la lucha italiana, que debe conducir al gobierno obrero. La carta termina con esta frase: "es preferible que el partido se contente con las tesis elaboradas por el tercer Congreso y por la reunión del

ejecutivo ampliado de febrero y que renuncie a sus propias tesis en lugar de presentarlas, cosa que obligaría al ejecutivo a combatir abiertamente y de la manera más enérgica las concepciones del CC italiano". Yo no sé si después de esta carta del ejecutivo que tiene un valor y un significado bien precisos, se pueda pedir, como se hace en el manifiesto, que se rehaga toda la discusión por encima de los hechos contingentes. Esto significaría decir abiertamente que el partido italiano, después del tercer Congreso, ha estado sistemática y permanentemente en desacuerdo con el rumbo de la Komintern y que quiere empezar una lucha de principios.

"La tradición del partido." Decididamente niego que la tradición del partido sea la que se refleja en el manifiesto. Se trata de la tradición, es decir de la concepción de uno de los grupos que constituyeron inicialmente nuestro partido y no ya de una tradición de Partido.* De la misma manera niego que exista una crisis de confianza entre la Internacional y el Partido en su totalidad. Esta crisis existe sólo entre la Internacional y una parte de los dirigentes del Partido. El partido se formó en Livorno, no sobre la base de una concepción que después haya seguido desarrollándose, sino sosbre una base concreta e inmediata: la separación de los reformistas y de aquellos que se ponían de su parte contra la Internacional. La base más amplia, la que llevó al comité provisional de Imola las simpatías de una parte del proletariado, era la fidelidad a la Internacional Comunista. Por tanto se puede afirmar todo lo contrario de lo que sostiene el manifiesto.

Los signatarios del manifiesto podrán ser acusados con toda razón, de no haber sabido interpretar la tradición del Partido y de haberse colocado fuera de ella. Pero esta cuestión es puramente verbal y bizantina. Se trata de un hecho político: Amadeo, una vez en la dirección del Partido, ha querido que su concepción predominase y se convirtiese en la del Partido. Todavía hoy, con el manifiesto,

* Como es bien claro Gramsci se refiere aquí al grupo Bordiga.

él quisiera eso. Que en el pasado nosotros hayamos permitido que este intento tuviera éxito, es una cuestión; pero que hoy siga queriéndolo, y firmando el manifiesto se apruebe toda una situación y se encierre al partido, es otra. En verdad, en sentido absoluto, nunca hemos dejado que esta situación se consolidara. Al menos yo, antes del Congreso de Roma, en el discurso hecho en la asamblea de Turín, había dicho bastante claramente que aceptaba las tesis sobre la táctica, sólo por una razón contingente de organización del partido, pero me declaré favorable al frente único hasta su normal conclusión en el gobierno obrero. Además, el conjunto de las tesis no había sido nunca discutido a fondo por el Partido y en el Congreso de Roma, la cuestión quedó bastante clara; si el ejecutivo no hubiese concluído un compromiso con los delegados de la Komintern al Congreso, por medio del cual se presentaban las tesis sólo a título consultivo para ser cambiadas después del cuarto Congreso, no es muy probable que la mayoría de los delegados hubiera apoyado al ejecutivo. Dicha mayoría, delante de un ultimatum de la Komintern, no hubiera dudado y hubiera seguido su tradición de fidelidad internacional. Ciertamente yo hubiera actuado así y conmigo las delegaciones piamonteses con las que había tenido una reunión después del discurso de Kolarov y estuvimos de acuerdo sobre estos puntos: impedir a la minoría conquistar por sorpresa el Partido, pero no dar al voto un significado que fuese más allá de la cuestión organizativa.

"La concepción del manifiesto." Aparte de estas cuestiones más o menos jurídicas, creo que llegó el momento de dar al Partido otro rumbo del que ha tenido hasta hoy. Comienza una nueva fase en la historia no sólo de nuestro partido sino también de nuestro país. Es necesario por tanto entrar en una fase de mayor claridad en las relaciones internas de partido y en las relaciones entre el Partido y la Internacional. No quiero alargarme mucho, trataré solamente algunos puntos con la esperanza de que logren iluminar también las cuestiones dejadas de lado.

Uno de los más graves errores que han caracterizado y todavía caracterizan la actividad de nuestro partido puede ser resumido con las mismas palabras con que se expresa la segunda de las tesis sobre la táctica. "Sería erróneo considerar estos dos factores de conciencia y de voluntad como facultades que se pueden obtener y se deban pretender de los individuos en particular, ya que se realizan sólo por la integración de la actividad de muchos individuos en un organismo colectivo unitario."

Este concepto, justo si se refiere a la clase obrera, es equivocado y extremadamente peligroso si se refiere al Partido. Antes de Livorno (fundación del PCI. N. del T.) ese era el concepto de Serrati, quien sostenía que el Partido en su conjunto era revolucionario aunque cohabitaran en él socialistas de diferente pelo y color. En el congreso de escisión de la socialdemocracia rusa este concepto era sostenido por los mencheviques, quienes decían que lo que cuenta es el partido en su conjunto y no los individuos particulares. En nuestro partido esta concepción determinó sólo parcialmente el peligro oportunista. No se puede negar en efecto que la minoría haya nacido y haya hecho prosélitos por la ausencia de discusiones y de polémicas en el interior del partido, es decir por no haber dado importancia a los compañeros en lo individual y por no haber intentado dirigirlos un poco más concretamente de lo que puede hacerse con los comunicados y las disposiciones taxativas. En nuestro partido se tiene que lamentar otro aspecto del peligro: la esterilización de toda actividad de los individuos, la pasisvidad de la masa del Partido, la estúpida seguridad de que tanto había quien pensaba en todo y a todo proveía. Esta situación ha tenido gravísimas repercusiones en el campo organizativo. Le faltó al Partido la posibilidad de escoger, con criterios racionales, los elementos de confianza a quienes asignar determinados trabajos. La elección se hizo empíricamente, según los conocidos personales de cada dirigente, y las más de las veces recayó sobre elementos que no gozaban de la confianza de las organizaciones locales y que por tanto eran saboteados. Y si

se agrega que el trabajo hecho no era controlado sino en mínima parte, entonces se produjo en el Partido una verdadera separación entre la masa y los dirigentes. Esta situación sigue todavía y me parece llena de peligros innumerables. Durante mi estancia en Moscú no he encontrado uno solo de los emigrados políticos, y venían de los puntos más diversos de Italia y son de los elementos más activos, que comprendiera la posición de nuestro partido y que no criticara acerbamente al CC, aún haciendo se entiende, las más amplias promesas de disciplina y obediencia. El error del partido ha sido el de haber puesto en el primer plano y en modo abstracto, el problema de la organización, que a final de cuentas ha querido decir solamente crear un aparato de funcionarios que sean ortodoxos hacia la concepción oficial. Se creía y se cree todavía que la revolución depende sólo de la existencia de un aparato tal, y se llega incluso a creer que una existencia similar pueda determinar la revolución.

Al Partido le ha faltado una actividad orgánica de agitación y propaganda, que debería tener todos nuestros cuidados y dar lugar a la formación de verdaderos especialistas en este campo. No se ha bucado suscitar entre las masas, en toda ocasión la posibilidad de expresarse en el missmo sentido que el Partido Comunista, haciendo votar mociones y difundiendo volantes. Eso no ha sido casual, el Partido Comunista ha sido hasta contrario a la formación de las células de fábrica. Toda participación de las masas en la actividad y en la vida interna del Partido, que no fuese la de las grandes ocasiones y siguiendo una orden formal del centro, era vista como un peligro para la unidad y el centralismo. No se concibió al Partido como el resultado de un proceso dialéctico en el que convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como algo apoyado en el aire, que se desarrolla por sí y para sí y adonde las masas llegarán cuando la situación sea propicia, o bien cuando el centro del partido juzgue tener que iniciar una ofensiva y se rebaje hasta la masa para esti-

mularla y llevarla a la acción. Naturalmente, ya que las cosas no proceden de esta manera, se han formado focos de infección oportunista sin el conocimiento del centro. Y estos focos tenían su reflejo en el grupo parlamentario y después lo tuvieron, de una manera más orgánica, en la minoría.

Esta concepción influyó en la cuestión de la fusión. La pregunta que siempre se dirigía a la Komintern era ésta: ¿Se cree que nuestro partido esté todavía en el estado de nebulosa, o bien que sea ya una formación acabada? La verdad es que históricamente un partido no está nunca definido y no lo estará jamás. Ya que se definirá cuando se haya convertido en toda la población, es decir, cuando haya desaparecido. Hasta su desaparición, por haber logrado los fines máximos del comunismo, el Partido atravesará toda una serie de fases transitorias y absorberá de vez en vez elementos nuevos en las dos formas históricamente posibles: por adhesión individual o por la adhesión de grupos más o menos grandes. La situación se hacía todavía más difícil para nuestro partido, dadas las disensiones con la Komintern. Si la Internacional es un partido mundial, aunque entendido esto con muchos granos de sal, es evidente que el desarrollo del partido y las formas que puede asumir dependen de dos factores y no solamente de uno.

Es decir, no sólo del ejecutivo nacional, sino especialmente del ejecutivo internacional, que es el más fuerte. Para sanear la situación, para lograr imprimir al desarrollo del Partido el impulso que Amadeo quiere, es necesario conquistar el comité ejecutivo internacional, es decir, convertirse en el eje de toda una oposición. Políticamente se llega a este resultado y es natural que el ejecutivo internacional busque romperle los riñones al ejecutivo italiano.

Amadeo tiene toda una concepción a este respecto y en su sistema todo es lógicamente coherente y consecuente. El piensa que la táctica de la Internacional resiente los reflejos de la situación rusa, es decir, que nació en el terreno de una civilización capitalista atrasada y primitiva. Para

él esta táctica es extremadamente voluntarista y teatral, por lo que sólo con un extremo esfuerzo de voluntad se podía lograr una actividad revolucionaria de las masas rusas que no estaba determinada por la situación histórica. El piensa que para los países más desarrollados de Europa Central y Occidental esta táctica es inadecuada o hasta inútil. En estos países el mecanismo histórico funciona según todos los dogmas marxistas: hay la determinación que faltaba en Rusia, y por ello la tarea absorbente debe ser la de organizar el Partido en sí y para sí. Yo creo que la situación política de los comunistas rusos se formó sobre un terreno internacional y no sobre el nacional; en segundo lugar porque en Europa Central y Occidental el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de amplias capas proletarias, sino también, y por ello mismo ha creado el estrato superior, la aristocracia obrera con sus anexos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación que en Rusia era directa y lanzaba las masas a las calles al asalto revolucionario, en Europa Central y Occidental se complica por todas estas superestructuras políticas, creadas por el mayor desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige por tanto al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más compleja y de larga duración que las que fueron necesarias para los bolcheviques en el período entre marzo y noviembre de 1917. Pero que Amadeo tenga esta concepción y que intente hacerla triunfar no sólo en escala nacional, sino también en escala internacional es una cosa: él está convencido y lucha con mucha habilidad y con mucha elasticidad para lograr su objetivo, para no comprometer sus tesis, para retardar una sanción de la Komintern que le impida continuar hasta la llegada del período histórico en el que la revolución en Europa Occidental y Central haya quitado a Rusia el carácter de hegemonía que hoy tiene. Pero que nosotros, que no estamos persuadidos de la historicidad de esta concepción, continuemos políticamente compartiéndola y dándole por tanto todo su valor internacional, es otra cosa. Amadeo

se pone en el punto de vista de una minoría internacional. Nosotros debemos ponernos en el punto de vista de una mayoría nacional. Por tanto no podemos querer que el gobierno del Partido sea entregado a representantes de la minoría porque estos están de acuerdo con la Internacional, aún si después de la discusión abierta del manifiesto, la mayoría del Partido queda con sus actuales dirigentes. A mi entender, éste es el punto central que debe determinar políticamente nuestra actitud. Si estuviéramos de acuerdo con las tesis de Amadeo, naturalmente que deberíamos ponernos el problema de si teniendo con nosotros a la mayoría del Partido convenga permanecer en la Internacional, dirigidos nacionalmente por la minoría para dar tiempo al tiempo y llegar hasta un cambio de la situación que nos dé razón teóricamente, o si convenga romperla. Si no estamos de acuerdo con las tesis, firmar el manifiesto significa asumir toda la responsabilidad de este equívoco: si se obtiene la mayoría alrededor de las tesis de Amadeo de aceptar la dirección de la minoría, nosotros que no estamos de acuerdo con esas tesis y que podríamos por tanto resolver la situación orgánicamente, o bien, permanecer en la minoría, cuando por nuestras concepciones estamos de acuerdo con la mayoría que se alinearía alrededor de la internacional? Esto significaría nuestra liquidación política y la separación de Amadeo luego de un tal estado de cosas asumiría el aspecto más antipático y odioso.

"Indicaciones para el trabajo futuro." No quiero alargarme mucho en esta parte porque exigiría mucho espacio para ser tratada adecuadamente. Me contentaré con algunas indicaciones. El trabajo futuro del Partido deberá ser renovado en dos puntos: organizativo y político. En el campo organizativo pienso que es necesario valorizar al CC y hacerlo trabajar más, cuanto sea posible en la presente situación. Pienso que es necesario establecer mejor las relaciones que debe haber entre los varios organismos del partido, estableciendo más exacta y rigurosamente la división del trabajo y la fijación de las responsabilidades. Deben ser creados dos órganos y dos actividades nuevas:

una comisión de control constituida sobre todo por viejos obreros que debe juzgar en última instancia las cuestiones en litigio que no tengan una repercusión política inmediata, y para las cuales no sea por tanto necesario la intervención inmediata del ejecutivo y que además debe examinar continuamente la situación de los miembros del Partido en revisiones periódicas; y un comité de agitación y propaganda que debe recoger todo el material local y nacional necesario y útil para el trabajo de agitación y de propaganda del Partido. Este debe estudiar las situaciones locales, proponer agitaciones, redactar manifiestos y tesis para encaminar el trabajo de los organismos locales. Debe apoyarse en toda una organización nacional, cuyo núcleo constitutivo será el barrio para los grandes centros urbanos y el distrito para el campo; debe comenzar su trabajo con un censo de los miembros del Partido los cuales deben estar divididos para los fines de la organización según la antigüedad y los cargos que han ocupado, las capacidades que han demostrado, además de las dotes morales y políticas.

Debe establecerse una precisa división del trabajo entre el ejecutivo y el buró ilegal.* Así como también deben establecerse responsabilidades precisas y competencias que no puedan ser violadas sin graves sanciones disciplinarias. Yo pienso que éste es uno de los lados más débiles de nuestro partido y el que más ha demostrado cómo el centralismo instaurado fuese más una formalidad burocrática y una confusión banal de las responsabilidades y de las competencias que un riguroso sistema organizativo.

En el campo político es necesario establecer con exactitud tesis sobre la situación italiana y sobre las posibles fases de su desarrollo ulterior. En 1921-22 el Partido tenía esta concepción oficial: que era imposible el advenimiento de una dictadura fascista o militar; con grandes dificulta-

* El Buró ilegal estaba encargado de todo lo que tenía que ver con las actividades ilegales de los comunistas italianos, cada vez más extendidas en aquel período de restricciones y persecuciones policíacas.

des yo logré hacer quitar de las tesis esta concepción que se intentaba establecer por escrito, haciendo modificar fundamentalmente las tesis números 51 y 52 sobre la táctica. Me parece que hoy se cae en otro error estrechamente ligado a aquél de entonces. Entonces no se valoraba la oposición sorda y latente de la burguesía industrial contra el fascismo y no se pensaba que fuese posible el gobierno socialdemócrata, sino sólo una de estas tres soluciones: dictadura del proletariado (solución menos probable), dictadura del estado mayor por cuenta de la burguesía industrial y de la corte, y dictadura del fascismo; esta concepción ató nuestra acción política y nos condujo a muchos errores. Hoy nuevamente no se tiene en cuenta la oposición que emerge de la burguesía industrial y especialmente la que se configura en el sur con un carácter más decididamente territorial y por tanto enfrentando algunos aspectos de la cuestión nacional. Es opinión algo extendida que un resurgir proletario puede y debe suceder sólo para beneficio de nuestro partido. Yo creo, en cambio, que en un resurgir similar, nuestro partido estará todavía en minoría, que la mayoría de la clase obrera irá con los reformistas y que los burgueses democráticos liberales tendrán todavía mucho qué decir. Que la situación sea activamente revolucionaria no lo dudo y que por tanto dentro de un determinado espacio de tiempo, nuestro Partido tendrá consigo a la mayoría, pero si este período quizá no será largo cronológicamente, indudablemente que será denso en fases supletorias, que deberemos preveer con una cierta exactitud para poder maniobrar y no caer en errores que prolongarían las experiencias del proletariado.

Creo, además, que el Partido debe proponerse prácticamente algunos problemas que no han sido jamás tratados y cuya solución ha sido dejada a los elementos que estaban más estrechamente ligados con ellos. El problema de la conquista del proletariado de Milán es un problema nacional de nuestro partido, que debe ser resuelto con todos los medios que nuestro Partido tiene a su disposición y no sólo

con los medios de Milán. Si no tenemos con nosotros en forma estable a la mayoría aplastante del proletariado de Milán no podremos vencer y mantener la revolución en toda Italia. Es necesario por tanto llevar a Milán obreros de otras ciudades, introducirlos a trabajar en las fábricas, enriquecer la organización legal e ilegal de Milán con los mejores elementos de toda Italia. Pienso que así, a ojo de buen cubero sea necesario meter en el cuerpo obrero de Milán al menos un centenar de compañeros dispuestos a trabajar por el Partido. Otro problema de este tipo es el de los trabajadores del mar, estrechamente ligado al problema de la flota militar. Italia vive del mar; no ocuparse del problema marinero como uno de los problemas más esenciales y hacia los cuales el Partido debe dedicar sus mayores atenciones, significaría no pensar concretamente en la revolución. Cuando pienso que por mucho tiempo el dirigente de nuestra política entre los marineros fue un muchacho como el hijo de Caroti me vienen escalofríos. Otro problema es el de los ferrocarrileros, que nosotros hemos siempre mirado desde un punto de vista meramente sindical mientras que trasciende esta calidad y es problema nacional y político de primer orden. El cuarto y último de estos problemas es el del Sur de Italia, que nosotros hemos desconocido tal como hacían los socialistas y hemos creído que fuese posible resolverlo en el ámbito normal de nuestra actividad política general. Yo siempre estuve persuadido de que el Sur se convertiría en la tumba del fascismo, pero que creo que también será el mayor tanque de almacenamiento y la plaza de armas de la reacción nacional e internacional si antes de la revolución nosotros no estudiamos adecuadamente las cuestiones referentes a él y estamos preparados para todo.

Creo haberles dado una idea bastante clara de mi posición y las diferencias que existen entre ella y la que resulta del manifiesto. Ya que pienso que ustedes estarán en gran parte, más de acuerdo con mi posición, en la cual nos hemos encontrado juntos por un tiempo no breve, espero

que todavía tengan la posibilidad de decidir en forma diferente de la que estaban a punto de hacer.

Con mis más fraternales saludos,

MASCI

A PALMIRO TOGLIATTI

Viena, 27 de marzo de 1924

Comunicar a Negro, etc.
Al compañero Ercoli
(una copia a Urbani)

Estimado:

Antes que nada contesto a las cuestiones actuales que tú me presentas en tu última:

"Sobre las tésis." Estoy de acuerdo contigo y con Alfonso. Me parece que Negri y Silvia suscitan una cuestión puramente formal.*

* Ercoli es el más conocido de los seudónimos de Togliatti. El 20 de marzo, escribiendo a Gramsci, Togliatti había expuesto su opinión y la de otros compañeros (entre los cuales Leonetti y Camilla Ravera, Silvia en la carta), acerca de las proposiciones de Gramsci para el método a seguir en la próxima acción de renovación del Partido. Como había aclarado en su carta del 9 de febrero, Gramsci solicitaba a los campañeros que movilizaran a los elementos accesibles en el partido, contra las Tesis de Roma 1922, contra las ideas de donde Bordiga había sacado su reciente manifiesto (que el ejecutivo había decidido no publicar). Con más confianza después de esta decisión, y sintiendo que Togliatti y Terracini iban aceptando su línea de actividad, el 1.º de marzo, Gramsci, en una carta a Scoccimarro y Togliatti, definió con más claridad el trabajo inmediato por realizar. "Nosotros podemos constituir el centro de una fracción que tiene todas las probabilidades de devenir el partido entero", decía textualmente y daba los nombres de numerosos compañeros sobre los que creía

En realidad existe fracción aún cuando 2 ó 3 compañeros se ponen de acuerdo preventivamente para redactar una plataforma común que abarque la actividad entera del partido. Ya que es así, es necesario, desde todos los puntos de vista, buscar que la constitución de la fracción se haga en la forma más fructífera y con el mínimo de crisis dentro del organismo. Esto me parece especialmente indispensable en nuestra situación. Presentarse a la discusión general ya como un grupo conspícuo, en el que están representadas las principales organizaciones, en el que posiblemente esté la mayoría del actual CC, es un hecho político de primer orden que tiene repercusiones sobre toda la masa: es ya un inicio de organización. Yo pienso, inclusive, que si fuese posible tener con nosotros a la mayoría del CC (no conozco con exactitud la opinión de cada miembro), sería oportuno convocar a la discusión y presentar las tesis como sus tesis. La influencia en el Partido y también en la Komintern sería inmensa, y según mi opinión sería por sí mismo un inicio de solución. No logro imaginar qué razones sustanciales puedan oponer Negri y Silvi para una orientación similar, dado que el Partido, al establecer que la

se podía contar, después de una obra de persuasión adecuada; e invitaba a Togliatti a "hacer un esquema analítico... de una serie de tesis sobre la situación italiana, que sea nuestra plataforma", tesis cuyo contenido esencial él apuntaba en la carta. Pero Scoccimarro había criticado una lucha de "fracción", junto con Camilla Ravera; como Togliatti le escribió a Gramsci el 20 de marzo, se oponían a ella en forma "precedente a la discusión y a la manifestación de opiniones sobre las diferentes cuestiones que hoy interesan al partido". Partidarios de la idea de la "fracción", eran Togliatti y Alfonso Leonetti. Subrayaban la utilidad de presentar las nuevas tesis bajo la firma de un numeroso grupo de compañeros, mientras que otros sugerían una táctica más gradual. Gramsci insiste en la oportunidad de una línea explícita y rápida. La "discusión general" a la que él se refiere más adelante en la carta, se desarrolló en mayo en la Asamblea Nacional de como estando presente el mismo Gramsci, la mayoría del CC fue obtenida por él y por su grupo, pero casi todos los secretarios de Federaciones provinciales votaron a favor de Bordiga en dicha Asamblea de Como. (Togliatti y Leonetti habían sugerido posponer la Asamblea para después de un trabajo de convencimiento con los secretarios de Federación.) La lucha contra la tendencia de Bordiga se decidió finalmente en el Congreso de Lijón, en 1926, con pleno éxito de la línea de Gramsci.

discusión se realice, no decidió que se haga exclusivamente con manifestaciones individuales. Todo se reduce a una cuestión de números: ¿es mejor 5 ó 50? ¿Hay fracción con 50 y no con 5? Absurdo, absolutamente absurdo. Que ustedes decidieron desarrollar entre los compañeros una obra de persuación necesaria para obtener sus firmas, al menos en un segundo tiempo, la situación no me parece comprometida, ni la cuestión cerrada: Yo sostengo todavía mi punto de vista, y ya que somos 3 contra 2, nuestra opinión debería triunfar "democráticamente".

"Octavio." ** Mencioné su nombre como hubiera podido mencionar el de tantos otros, de quienes desde hace tiempo no he podido seguir su actitud. Lo que tú me escribes no me maravilla, porque es normal en su línea pasada conocida por mí; lo esencial no es su nombre, sino nuestra actitud hacia la minoría. Cuando mencioné el nombre de Octavio recordaba que Negri o Urbani, describiéndome la actitud de algunos compañeros de quienes había pedido información, me habían dicho al respecto: "Octavio está con la minoría, pero dice que él quisiera que la actual mayoría continuase dirigiendo el Partido haciendo suyo el programa de la minoría, en aquellas cuestiones que la diferencían." Esta posicsión de Octavio me pareció muy significativa para comprender la fuerza y la composición en general de la minoría, y por tanto mencioné su nombre. Dicho nombre puede ser cambiado como en general todos los nombres que puedo mencionar, los cuales es necesario comprender en su significado de orientación, no literalmente. Respecto a muchos compañeros, en efecto, yo ignoro lo que pasó con sus líneas y posiciones iniciales.

"Amadeo." La cuestión que tú me presentas es muy difícil; a menudo me he preguntado qué se podría hacer al respecto y no me he sabido dar una respuesta. En efecto, nosotros deberemos discutir con él toda una serie de cuestiones de principio y de organización, en las que yo sé que él es firmísimo e inconmovible. Nosotros no tenemos en

** Se trata de Octavio Pastore, jefe de redacción entonces de la "Unitá".

general, cuestiones de principio que nos dividan de la minoría: la minoría puede ser absorbida por nosotros como masa, con los resíduos de los liquidadores, que se han atrincherado en esas posiciones para desarrollar mejor su trabajo. Con Amadeo la cuestión es muy diferente y mucho más ardua. Estoy convencido de que él es inamovible, estoy convencido incluso, que él no dudaría en separarse del partido y de la Internacional antes que trabajar contra sus convicciones. Si no hubiera sido así, si yo no hubiera tenido siempre esta profunda convicción, hubiera adoptado desde hace mucho tiempo otra actitud. Todavía no leo el artículo de Griego en el "Prometeo" dedicado a mi: sin embargo leí, en marzo de 1923, después de los arrestos, en el "Trabajador", un artículo que pienso es del mismo Grieco y que contenía apreciaciones equivocadas sobre mí.

Mis actitudes, que en aquel artículo estaban caracterizadas paralelamente a la personalidad de Amadeo, no eran autónomas, sino siempre derivadas de la preocupación de lo que hubiera hecho Amadeo si yo me hubiera convertido en opositor; él se hubiera retirado, hubiera producido una crisis, él no se hubiera jamás adaptado a un compromiso: el intento de Chiarini, de quien te hablé en otra ocasión, demostraba que si yo hubiese hecho la oposición cuando el partido se organizaba difícilmente, la Internacional me hubiera apoyado, pero ¿con qué resultados entonces, en la guerra civil, como blanco del "Avanti!" que explotaba cualquier disensión nuestra para disgregarnos?

Hoy la situación no ha cambiado para lo que pienso que es la posición de Amadeo. También pienso que el partido acaso no pueda prescindir de su colaboración pero ¿qué hacer? Escribirle una carta me parece demasiado poco, no sabría ni siquiera qué escribirle, tan banal me parece la cosa. En línea general yo pienso que una polémica con él es útil, a nosotros, a él, al partido, lo importante es que se permanezca sobre la línea política de principio y no se la trascienda, lo que me parece sucederá indudablemente. Otra cosa me parece importante: no hay que hipnotizarse en la cuestión de Amadeo y pensar que no podremos trabajar

si él está en la oposición. Su carácter inflexible y tenaz hasta el absurdo, nos obliga en cambio a proyectarnos el problema de construir el partido y su núcleo, aún sin Amadeo y contra él. Pienso que sobre las cuestiones de principio no deberemos hacer más compromisos como en el pasado; vale más la polémica clara, leal, hasta el fondo, que ayuda al partido y lo prepara para cualquier eventualidad. Naturalmente la cuestión no está cerrada. Por ahora esta es mi opinión. Las cosas que tú escribes son justas, ¿pero qué hacer prácticamente? Si quieres, tú mismo puedes escribir la carta, aún a mi nombre, si eso te parece útil. Pero a mí me parece, no hay que hacerse demasiadas ilusiones y es necesario prever aún la hipótesis más pesimista, para estar listos para esa eventualidad.

Creo que sería bueno advertir a Amadeo de la opinión sobre él, contenida en uno de los últimos informes de H. D. a A. (Precisamente la conversación con Ruggero.) *** Al través de este informe se formaron un juicio completamente falso sobre Amadeo y sobre la situación, que se traducirá en daño para el partido. Yo pienso que Amadeo es completamente inocente de todo eso. Lo conozco lo suficiente para estar seguro que él no ha pensado nunca tamañas tonterías de sí mismo. Al contrario.

"L'Ordine Nuovo." Quisiera un juicio tuyo sobre los dos primeros números. El aislamiento en que me encontré durante los primeros tiempos y en el que todavía me encuentro, ablandó mucho mi sentido de autocrítica. A veces me parece que estoy haciendo una cosa completamente artificial, separada de la vida. Es necesario proceder seriamente

*** H. D.: Julio Humberto Droz, uno de los representantes de la Internacional encargado de los problemas italianos, estudiándolos sobre el terreno y teniendo relaciones con varios elementos del Partido comunista. Era llamado "el colibrí", por la fuerza y sutileza de su ingenio. El mal recibido Rakosi fue apodado en cambio "pingüino". Manuilski (Beruzzi), cuyas simpatías para con los comunistas italianos de la mayoría habían sido criticadas a menudo en la Internacional, tuvo el apodo de "Pelícano", en virtud de la fama de los pelícanos de ser generosos hasta el sacrificio. Z. es Gregorio Zinoviev (1863-1936), durante mucho tiempo el mayor dirigente de la Internacional Comunista. De este párrafo se deduce que Gramsci no pretendía valerse de juicios equivocados para desacreditar a Bordiga.

a organizar la colaboración, de otra forma el "L'Ordine Nuovo" degenerará infaliblemente. Hay que pensar que ahora el periódico es quincenal, no semanal, y que no obedece a un movimiento específico, como sucedió en 1919-20 con los Consejos de Fábrica. Esto determina su carácter actual que es necesario organizar. Aún en el orden de las páginas debería reflejarse su nuevo carácter. Pienso que se necesita colocar después del artículo de fondo una nutrida reseña política de la quincena, que quizás ocupe toda la tercera página, y en la que se comenten, según nuestro programa inmediato de gobierno obrero y campesino, y según nuestra doctrina general, los acontecimientos italianos en todos sus aspectos. Pienso que tú deberías llevar el peso de esta sección, que debería estar actualizada, hasta la entrada en prensa del periódico. Tú puedes hacer eso muy bien si quieres y si tienes tiempo. El programa específico de la reseña, según mi parecer, debería ser todavía la fábrica y la organización de fábrica. Se podría, si ustedes lo aceptan, desarrollar ideológica y prácticamente, el programa que les esbocé en mi último carta. Por ello me agradaría si ustedes me escriben su opinión analítica sobre mis proposiciones y mis opiniones, que yo les comunico no como directivas sino como sugerencias, que esperan siempre una confirmación detallada de ustedes para que yo las tome en serio y las desarrolle en todas su consecuencias y aspectos. Debemos intentar reconstruir entre nosotros un ambiente como aquel de 1919-20 con los medios que tenemos a disposición: entonces no se tomaba ninguna iniciativa si no estaba comprobada con la realidad, si antes no se había sondeado, con medios múltiples, la opinión de los obreros. Por eso nuestras iniciativas tenían casi siempre un éxito inmediato y amplio y aparecían como la interpretación de una necesidad sentida y difundida, jamás como la fría aplicación de un esquema intelectual. Yo estoy acostumbrado a trabajar así; mi ausencia de Italia durante tanto tiempo me impidió acostumbrarme al nuevo ambiente, a los nuevos métodos de trabajo, de crearme otras posibilidades de comunicar con las masas y de sentir su pulso, que ustedes han podido

procurarse. Siento fuertemente esta debilidad mía que algunas veces me desmoraliza.

"La Semilla." Antes de terminar quiero esbozar otra proposición que quiero hacer y que con las otras, al menos por ahora, servirá tan sólo para la preparación de nuestro movimiento futuro. He pensado que el partido debe hacer renacer por su cuenta el viejo periodiquito del PSI, "La Semilla", quincenal o mensualmente. Debería ser hecho como el viejo pero con contenido modernizado y del mismo tipo. No debe costar más de un centavo, de tal modo que pueda difundirse entre los campesinos más pobres, tener muchas viñetas simples, muchos articulitos, etc... Debería estar dirigido a popularizar la consigna del gobierno obrero y campesino, a continuar un poco la campaña anticlerical que me parece necesaria porque pienso que 4 años de reacción deben haber arrojado nuevamente a las masas del campo en el misticismo supersticioso, y a nuestra propaganda general. No sé cómo los socialistas no han pensado en volver a sacar este periodiquito que tenía una inmensa difusión y que ha procurado tantos votos en el pasado.

Por ello no creo que se deba hablar públicamente de él sino cuando ya esté en la víspera de su publicación, de otra forma los socialistas son capaces de agarrar la idea y realizarla ellos. En cambio habría que empezar desde ahora una especie de inventario de nuestras fuerzas organizativas e intelectuales, para estar en grado de utilizarlas en el momento oportuno. Este es un trabajo que nunca ha sido hecho, con grave daño para nosotros. Pienso que en el Partido hay más capacidades de lo que nosotros pensamos y sería bueno ponerlas en movimiento, obligarlas al trabajo, estimularlas continuamente. Sólo así se puede ampliar y reforzar nuestro movimiento.

Saludos fraternales,

SARDI

(Otro de los seudónimos usado por Gramsci.)

CONTRA EL PESIMISMO

No puede existir ninguna manera mejor de conmemorar el V aniversario de la Internacional Comunista, de la gran asociación mundial de la que nosotros, revolucionarios italianos, nos sentimos más que nunca parte activa e integrante, que el hacer un examen de conciencia, un examen de lo poquísimo que hemos hecho y del inmenso trabajo que todavía debemos realizar, contribuyendo así a aclarar nuestra situación, contribuyendo especialmente a disipar esta oscura y pesada nube de pesimismo que oprime a los militantes más calificados y responsables y que representa un peligro, el más grande quizá del momento actual, por sus consecuencias de pasividad política, de pesadez intelectual, de escepticismo hacia el porvenir.

Este pesimismo está estrechamente ligado a la situación general de nuestro país; la situación lo explica, pero no lo justifica naturalmente. ¿Qué diferencia existiría entre nosotros y el Partido Socialista, entre nuestra voluntad y la tradición del Partido Socialista, si también nosotros supiésemos trabajar y fuésemos activamente optimistas sólo en los períodos de vacas gordas, cuando la situación es propicia, cuando las masas trabajadoras se mueven espontáneamente, por impulso irresistible y los partidos proletarios pueden acomodarse en la brillante posición de la abeja en el panal? ¿Qué diferencia existiría entre nosotros y el par-

tido socialista, si también nosotros, aún partiendo de otras consideraciones, de otros puntos de vista, aún teniendo un mayor sentido de responsabilidad y demostrando tenerlo con la preocupación de aprestar fuerzas organizativas y materiales idóneas para hacer frente a cualquier eventualidad, nos abandonásemos al fatalismo, nos arrulláramos en la dulce ilusión de que los acontecimientos no pueden sino desarrollarse según una determinada línea de desarrollo, la prevista por nosotros, en la cual encontrarán infaliblemente el sistema de diques y canales predispuesto por nosotros, canalizándose y tomando forma y potencia histórica en él? Este es el nudo del problema que se presenta muy enredado, porque la pasividad aparece exteriormente como trabajo diliegnte, porque parece que se trata de una línea de desarrollo, de una veta en la que los obreros sudan y se fatigan excavando meritoriamente.

La Internacional Comunista se fundó el 5 de marzo de 1919, pero su formación ideológica y orgánica se verificó tan solo en el segundo Congreso, en julio-agosto de 1920, con la aprobación del estatuto de las veintiún condiciones. Desde el segundo Congreso comienza en Italia la campaña para el resanamiento del Partido Socialista, comienza en escala nacional, porque ya había sido iniciada en marzo precedente por la sesión de Turín con la moción que se iba a presentar en la inminente conferencia nacional del partido que precisamente debía celebrarse en Turín, campaña que sin embargo no había encontrado repercusiones importantes (en la conferencia de Florencia de la fracción abstencionista, celebrada en julio de 1920, antes del segundo Congreso, fue rechazada la proposición hecha por un representante de "L'Ordine Nuovo" de ampliar la base de la fracción, convirtiéndola en comunista, sin la limitación abstencionista que prácticamente había perdido gran parte de su razón de ser). El Congreso de Livorno, la escisión durante dicho Congreso, fueron ligados al segundo Congreso de la Internacional, a sus veintiún condiciones, fueron presentadas como una conclusión necesaria de las deliberaciones formales del segundo Congreso. Este fue un

error y hoy podemos valorar toda la extensión debido a las consecuencias que ha tenido. En verdad las deliberaciones del segundo Congreso eran la interpretación viva de la situación italiana, como de toda la situación mundial, pero nosotros, por una serie de razones, no nos movimos para nuestra acción, partiendo de lo que sucedía en Italia, de los hechos italianos que daban razón al segundo Congreso, que eran una parte y de las más importantes de la sustancia política que animaba las decisiones y las medidas organizativas tomadas por el segundo Congreso; nosotros nos limitamos a insistir sobre las cuestiones formales, de pura lógica, de pura coherencia, y fuimos derrotados, porque la mayoría del proletariado organizado políticamente nos juzgó equivocados, no vino con nosotros, a pesar de que teníamos de nuestra parte la autoridad y el prestigio de la Internacional que eran grandísimos y en los cuales nos habíamos confiado. No habíamos sabido conducir una campaña sistemática tal, que nos pusiera en grado de alcanzar y obligar a la reflexión a todos los núcleos y los elementos constituyentes del partido socialista, no habíamos sabido traducir al lenguaje comprensible de todo obrero y campesino italiano el significado de cada uno de los acontecimientos italianos de los años 1919-20; no habíamos sabido, después de Livorno, poner el problema de por qué el Congreso había tenido aquella conclusión, no habíamos sabido poner el problema prácticamente, de manera de encontrar la solución, de manera de continuar con nuestra específica misión que era la de conquistar la mayoría del proletariado. Fuimos, es necesario decirlo, arrastrados por los acontecimientos, fuimos, sin quererlo, un aspecto de la disolución general de la sociedad italiana, convertida en horno incandescente donde todas las tradiciones, todas las formaciones históricas, todas las ideas prevalecientes se fundían a veces sin residuo: tenían una auto justificación a la que tenazmente nos adheríamos, que ninguno se salvaba, que nosotros podíamos decir que habíamos previsto matemáticamente el cataclismo, cuando los otros se arrullaban en la más beata e idiota de las ilusiones.

Entramos, después de la escisión de Livorno en un estado de necesidad. Sólo podemos dar esta justificación de nuestras actitudes, de nuestra actividad después de la escisión de Livorno: la necesidad que surgía crudamente, en la forma más exasperada, en el dilema de vida o muerte. Debimos organizarnos como partido en el fuego de la guerra civil, cimentando nuestras acciones con la sangre de los devotos militantes; tuvimos que transformar a nuestros grupos, en el hecho mismo de su constitución, de su enrolamiento, en destacamentos para la guerrilla, para la más atroz y difícil de las guerrillas en la que jamás clase obrera alguna tuvo que combatir. Sin embargo lo logramos: el partido se constituyó y se constituyó fuertemente; es una falange de acero, demasiado pequeña ciertamente para entrar en lucha contra las fuerzas adversarias, pero suficiente para convertirse en la armadura de una más vasta formación, de un ejército que, para servirse del lenguaje histórico italiano, logre hacer que siga la batalla de Piave a la derrota de Caporetto.

He aquí el problema actual que se nos presenta inexorablemente: constituir un gran ejército para las próximas batallas, constituirlo encuadrándolo en las fuerzas que desde Livorno hasta hoy han demostrado saber resistir sin duda y sin retrocesos el ataque desencadenado violentamente por el fascismo. El desarrollo de la Internacional Comunista después del segundo Congreso nos ofrece el terreno apto para ello, interpreta, una vez más —con las deliberaciones del tercero y del cuarto Congreso, deliberaciones sumadas a las de las reuniones de los Ejecutivos ampliados de febrero y junio de 1922 y de junio de 1923— la situación, y las necesidades de la situación Italiana. La verdad es que nosotros, como partido, hemos hecha ya algunos pasos adelante en esta dirección: no nos queda más que tomar conciencia de ellos y continuar decididamente. ¿En efecto, qué significado tienen los acontecimientos habidos en el seno del Partido Socialista, con la escisión de los reformistas en un primer tiempo, con la exclusión del grupo de redactores de "Páginas Rojas" en un segundo

tiempo, y con el intento de excluir a toda la fracción tercer-internacionalista, en un tercero y último tiempo? Tienen este significado preciso: que mientras nuestro partido estaba obligado, como sección italiana, a limitar su actividad a la lucha física de defensa contra el fascismo y a la conservación de su estructura primordial, como partido internacional, actuaba y seguía actuando para abrir vías nuevas hacia el futuro, para ampliar el radio de su influencia política, para hacer salir de la neutralidad una parte de la masa que antes miraba indiferente o titubeante. La acción de la Internacional durante algún tiempo fue la única que permitió a nuestro partido tener un contacto eficaz con amplias masas, que conservó un fermento de discusión y un principio de movimiento en capas importantes de la clase obrera que era imposible para nosotros, en la situación dada, alcanzar de otra manera. Indudablemente que fue un gran éxito el haber arrancado del Partido Socialista algunos bloques, haber obtenido cuando la situación parecía peor, que se constituyeran núcleos, a partir de la amorfa gelatina socialista, que afirmaban tener fe no obstante todo en la revolución mundial, grupos que, con los hechos si no es que con las palabras que parecen quemar más que los hechos, reconocían haberse equivocado en 1920-21-22. Ha sido esta una derrota del fascismo y de la reacción: ha sido si queremos ser sinceros, la única derrota física e ideológica del fascismo y de la reacción en estos tres años de historia italiana.

Es necesario reaccionar enérgicamente contra el pesimismo de algunos grupos de nuestro partido, aún de los más responsables y calificados. Eso representa en este momento, el más grave peligro, en la nueva situación que se está formando en nuestro país y que encontrará su sanción y clarificación en la primera legislatura fascista. Se aproximan grandes luchas, quizá más sangrientas y duras que las de los años pasados; por tanto, es necesario la máxima energía en nuestros dirigentes, la máxima organización y centralización de la masa del partido, un gran espíritu de iniciativa y una grandísima rapidez en las decisiones. El pesi-

mismo toma prevalentemente este tono: regresamos a una situación pre-Livorno, deberemos rehacer el mismo trabajo que hemos hecho antes de Livorno y que creíamos definitivo. Es necesario demostrar a cada compañero cómo esta posición, está equivocada política y teóricamente. Ciertamente que se necesitará todavía luchar fuertemente: claro que la tarea del núcleo fundamental de nuestro partido que se constituyó en Livorno no ha terminado y no terminará durante un período todavía (será todavía viva y actual aún después de la revolución victoriosa). Pero no nos encontraremos otra vez en una situación pre-Livorno, porque la situación mundial e italiana no es en 1924, igual a la de 1920, porque nosotros mismos no somos aquellos de 1920 y no queremos volver a serlo nunca más. Porque la clase obrera italiana ha cambiado mucho y no será la cosa más simple de este mundo hacer que vuelva a ocupar las fábricas con tubos de estufa por cañones, después de haberle aturdido las orejas y removido la sangre con la torpe demagogia de las fieras maximalistas. Porque existe nuestro partido, que es algo y que ha demostrado ser algo, y en el cual nosotros tenemos una confianza ilimitada, como en la parte mejor, más sana, más honesta del proletariado italiano.

(15 de marzo de 1924, "L'Ordine Nuovo" —quincenal—.)

EL PROGRAMA DE "L'ORDINE NUOVO"

Comencemos con una constatación material: los primeros dos números ya salidos de "L'Ordine Nuovo" tuvieron una difusión (una difusión efectiva) que fue superior a la más alta difusión lograda en los años 1919-1920. Muchas consecuencias se podrían sacar de esta constatación. Apuntamos sólo dos: 1) que una publicación del tipo de "L'Ordine Nuovo" representa una necesidad fuertemente sentida por la masa revolucionaria italiana en la actual situación, 2) que es posible asegurar a "L'Ordine Nuovo" las condiciones de una vida financieramente autónoma del presupuesto general de nuestro partido; para ello es necesario tan sólo organizar el consenso que se verificó espontáneamente, organizarlo para que tenga manera de continuar manifestándose aún si la reacción, como es probable, quisiera intervenir para sofocarlo, para impedir toda ligazón entre "L'Ordine Nuovo" y sus lectores, o incluso para no permitir que la publicación sea impresa en Italia.

La difusión lograda por los primeros dos números no puede sino depender de la posición que "L'Ordine Nuovo" había asumido en los primeros años de su publicación y que consistía esencialmente en esto: 1) en haber sabido traducir a un lenguaje histórico italiano los principales postulados de la doctrina y de la táctica de la Internacional Comunista. En los años 1919-20 esto significó la consigna de

los Consejos de Fábrica y del Control sobre la Producción, es decir la organización de masa de todos los productores para la expropiación de los expropiadores, para la sustitución de la burguesía por el proletariado en el gobierno de la industria y por tanto, necesariamente, del estado. 2) en haber sostenido en el seno del Partido Socialista, que entonces significaba la mayoría del proletariado, el programa integral de la Internacional Comunista y no sólo una parte de él. Por ello, en el segundo Congreso Mundial, el compañero Lenin dijo que el grupo de "L'Ordine Nuovo" era la única tendencia del partido socialista que representaba fielmente a la Internacional en Italia; por eso aún las tesis compiladas por la redacción de "L'Ordine Nuovo" y presentadas en el Consejo Nacional de Milán de abril de 1920 por la sección de Turín, fueron indicadas explícitamente por el segundo Congreso de la Internacional como base para la reorganización revolucionaria en Italia.

Nuestro programa actual debe reproducir en la situación hoy existente en Italia, la posición asumida en los años 1919-1920, debe reflejar la situación objetiva actual, con las posibilidades que se ofrecen al proletariado para una acción autónoma, de clase, independiente; debe continuar, en los términos políticos actuales, la tradición de intérprete fiel e integral del programa de la Internacional Comunista. El problema urgente, la consigna necesaria hoy es la del gobierno obrero y campesino: se trata de popularizarla, de adaptarla a las condiciones concretas italianas, de demostrar cómo se deduce de todo episodio de nuestra vida nacional, cómo resume y contiene en sí todas las reivindicaciones de la multiplicidad de partidos y de tendencias en que el fascismo ha disgregado la voluntad política de la clase obrera y especialmente de las masas campesinas. Esto naturalmente no significa que debamos descuidar las cuestiones más propiamente obreras e industriales, al contrario. También en Italia la experiencia ha demostrado la importancia que en el período actual han asumido las organizaciones de fábrica; desde la célula de partido hasta la Comisión Interna, es decir la representación de toda la

masa. Por ejemplo, creemos que hoy no existe ni siquiera un reformista que quiera sostener que en las elecciones de fábrica tienen derecho al voto solamente los que estén organizados; quien quiera que se acuerde de las luchas que fue necesario conducir alrededor de este punto, tiene un elemento para medir el progreso que la experiencia ha obligado a realizar también a los reformistas. Todos los problemas de la organización de fábrica serán por tanto puestos otra vez a discusión por nosotros. Porque sólo a través de una potente organización del proletariado, lograda con todos los sistemas posibles en un régimen de reacción, a través de la campaña para el gobierno obrero y campesino puede no transformarse en una repetición de la ocupación de las fábricas.

En el artículo contra el pesimismo publicado en el número pasado hemos esbozado la línea que nuestro partido debe tener en sus relaciones con la Internacional Comunista. Ese artículo, no fue la expresión de un solo individuo, sino el resultado de todo un trabajo de conjunto y de intercambio de opiniones entre viejos redactores y amigos del "L'Ordine Nuovo"; mas que un inicio fue por tanto el resultado del pensamiento de un grupo de compañeros, a los que no se puede negar ciertamente que conozcan por experiencia directa y por larga costumbre de trabajo activo, las necesidades de nuestro movimiento. El artículo suscitó algunas reacciones que no nos han maravillado, porque es ineluctable, que tres años de terrorismo y por tanto de ausencia de grandes discusiones, han creado, aún entre compañeros muy buenos, un cierto espíritu sectario de fracción. Esta constatación podría dar lugar a toda una serie de consecuencias; la más importante nos parece la de la necesidad de todo un trabajo por hacer para que las masas de nuestro partido alcancen un nivel político igual al alcanzado por los más grandes partidos de la Internacional. Nosotros somos hoy, por las condiciones creadas por el terror blanco, relativamente un pequeño partido; pero debemos considerar nuestra organización actual, dadas las condiciones en que vive y se desarrolla como el elemento destinado a encua-

drar un gran partido de masas. Desde este punto de vista debemos ver todos nuestros problemas y juzgar a los compañeros en lo individual. Se compara a menudo el período fascista al período de la guerra. Y bien: una de las debilidades del Partido Socialista fue la de no haber cuidado durante la guerra al núcleo de veinte-veinticinco mil socialistas que habían permanecido fieles, de no haberlo considerado como el elemento organizador de la gran masa que debería afluir después del armisticio. Así sucedió que en 1919-20 este núcleo fue sumergido por el flujo de los nuevos elementos y junto con él, fue sumergida la práctica organizativa, la experiencia adquirida por la clase obrera en los años más negros y duros. Seríamos criminales si cayéramos en el mismo error. Cada uno de los miembros actuales del partido, debido a la selección que se ha verificado, debido a la fuerza de sacrificio que ha sido demostrada, nos debe ser especialmente estimado, debe ser ayudado a mejorarse por el centro responsable, ayudado a extraer de las experiencias atravesadas, todas las enseñanzas y todas las indicaciones pertinentes. En este sentido el "L'Ordine Nuovo" se propone realizar una función especial en el cuadro general de la actividad de partido.

Se necesita por tanto organizar el consenso que ya se manifestó. Esta es la tarea, sobre todo de los viejos amigos y suscriptores de "L'Ordine Nuovo". Ya decíamos que habrá que recoger 50,000 liras en seis meses, suma necesaria para garantizar la vida independiente de la publicación. Para este objetivo se necesita organizar un movimiento de 500 compañeros, cada uno de los cuales debe seriamente proponerse 100 liras en seis meses en el círculo de sus amigos y conocidos. Nosotros haremos una lista exacta de los que quieran colaborar en nuestra actividad: serán como nuestros pilares. La recolección de las aportaciones puede ser compuesta así: 1) aportaciones sueltas, de unos centavos o muchas liras, 2) suscripciones de sostenedores, 3) cuotas para sostener los gastos iniciales de un curso por correspondencia para organizadores y propagandistas del partido; estas cuotas no podrán ser menores de 10 liras y darán de-

recho a un número de lecciones, determinado por los gastos globales de impresión y envío.

A través de este mecanismo creo que podemos rehacer un aparato que sustituya al existente en 1919-20 en régimen de Libertad y por medio del cual el "L'Ordine Nuovo" se mantenía estrechamente en contacto con las masas en las fábricas y en los círculos obreros. El curso por correspondencia se debe convertir en la primera fase de un movimiento para la creación de escuelas de partido, aptas para formar organizaciones y propagandistas bolcheviques, no maximalistas, es decir que tengan cerebro además de pulmones y garganta. Por ello nos mantendremos en correspondencia con los mejores compañeros, para comunicarles las experiencias que en este campo se han hecho en Rusia y en otros países, para dirigirlos, para aconsejarles libros para leer y los métodos por aplicar. Creemos que en este sentido deben trabajar mucho, sobre todo los compañeros emigrados: dondequiera que haya un grupo de 10 compañeros en el extranjero, debe surgir una escuela de partido; los elementos más ancianos y más prácticos deben ser los instructores de estas escuelas, deben hacer partícipes a los más jóvenes de sus experiencias y contribuir a elevar el nivel político de la masa. Ciertamente que no es con estos medios pedagógicos como puede ser resuelto el gran problema histórico de la emancipación espiritual de la clase obrera; pero nosotros no nos proponemos la resolución utópica de este problema. Nuestra tarea se limita al partido, constituido por elementos que ya por el sólo hecho de haberse adherido a él, demostraron haber alcanzado un grado notable de emancipación espiritual: nuestra tarea es la de mejorar nuestros cuadros, de hacerlos más idóneos para afrontar las próximas luchas. Prácticamente estas luchas se presentaran en estos términos: la clase obrera, hecha prudente por la sangrienta reacción, desconfiará durante un cierto tiempo de los elementos revolucionarios, querrá verlos en el trabajo práctico, querrá probar la seriedad y la competencia. Debemos ponernos en grado de derrotar aun sobre este terreno a los reformistas,

que indudablemente son el partido que tiene hoy los cuadros mejores y más numerosos. Si no intentamos eso no daremos nunca pasos adelante. Los viejos amigos del "L'Ordine Nuovo", especialmente los que trabajaron en Turín en los años 1919-20, comprenden bien toda la importancia de este problema, porque recuerdan cómo se logró en Turín eliminar a los reformistas de las posiciones organizativas, tan sólo después de que poco a poco se iban formando compañeros obreros capaces de trabajo práctico y no sólo de gritar: ¡Viva la Revolución! Recuerdan también como en 1921 no fue posible quitar a los oportunistas algunas posiciones importantes como en Alejandría, Biella o Vercelli, porque no teníamos elementos organizados a la altura de las tareas; nuestras mayorías en estos centros se dispersaron por nuestra debilidad organizativa. Y viceversa: en algunos centros, por ejemplo Venecia, bastó un solo elemento capaz para hacernos conquistar la mayoría después de un eficiente trabajo de propaganda y organización de las células de fábrica y de sindicato. La experiencia de todos los países ha demostrado esta verdad: que las situaciones más favorables pueden voltearse de revés por la debilidad de los cuadros del partido revolucionario; las consignas sirven sólo para hacer entrar en movimento y dar el rumbo general a las grandes masas, pero habrá líos si el partido responsable no ha pensado en la organización práctica de ellas, en crear una estructura que las discipline y las haga potentes en forma permanente: la ocupación de las fábricas nos enseñó muchas cosas en este sentido.

Nos proponemos publicar una serie de folletos y algún libro para ayudar a las escuelas del partido en su trabajo. Entre los folletos indicamos los siguientes: 1) tratados elementales de marxismo, 2) una exposición de la consigna del gobierno obrero y campesino aplicada a Italia, 3) un manual del propagandista, que contenga los datos más esenciales sobre la vida económica y política italiana, sobre los partidos políticos italianos, etc. ..., es decir los materiales indispensables para la propaganda al por menor. Quisiéramos hacer una edición italiana del Manifiesto de los Co-

munistas con las notas del compañero D. Riasanof, notas que en conjunto son un tratado completo en forma popular de nuestras doctrinas. Quisiéramos también imprimir una Antología del materialismo histórico, es decir una colección de los textos más significativos de Marx y Engels que nos den un cuadro de conjunto de las obras de estos dos grandes maestros nuestros.

Los resultados obtenidos hasta ahora nos autorizan a esperar que se podrá continuar con seguridad y con éxito. Al trabajo pues: nuestros mejores compañeros deben persuadirse de que se trata también de una afirmación política, de una manifestación de la vitalidad y de la capacidad de desarrollo de nuestro movimiento, y por tanto de una demostración antifascista y revolucionaria.

ANTONIO GRAMSCI

(1-15 de abril de 1924, "L'Ordine Nuovo" —quincenal—)

LA ESCUELA DEL PARTIDO

Mientras comienza el primer curso de una escuela de partido, no podemos menos que pensar en los numerosos intentos que han sido hechos en este campo en el seno del movimiento obrero italiano y en la suerte que han corrido. Dejemos de lado los intentos hechos en una dirección que no es la nuestra, en la dirección de las "universidades" proletarias sin color de partido, academias oratorias privadas de todo principio interno de cohesión unitaria en el mejor de los casos, y a menudo vehículo de la influencia de esfuerzos e ideologías antiproletarias sobre la clase obrera. Esos intentos tuvieron el destino que merecían: sucederse y entrelazarse sin dejar ninguna huella profunda. Pero ni siquiera se puede hablar en forma muy diferente sobre los intentos hechos en nuestro campo y bajo nuestras directivas. Dichos intentos tuvieron sobre todo un carácter esporádico, y además no condujeron nunca a resultados satisfactorios. Recordemos por ejemplo el año de 1919-20. La escuela iniciada entonces en Turín entre un gran fervor de entusiasmo y en condiciones bastante favorables no duró ni siquiera el tiempo necesario para desarrollar el programa trazado al principio. Ella tuvo no obstante eso, una repercusión muy favorable en nuestro movimiento, diferente sin embargo del que esperaban los promotores y alumnos. Por lo que conocemos ninguno de los demás in-

tentos tuvo el éxito y la repercusión de ese que mencionamos. Jamás se salió del grupo limitado, del pequeño círculo, del esfuerzo de unos pocos aislados. No se logró combatir ni superar la aridez y la infecundidad de los estrechos movimientos "culturales" burgueses.

El motivo fundamental de estos fracasos fue la ausencia de una ligazón entre las escuelas proyectadas o iniciadas y un movimiento de carácter objetivo. El único caso en que esta ligazón existió ue el de la escuela de "L'Ordine Nuovo" de la que hablamos antes. En este caso sin embargo, el movimiento de carácter objetivo, el movimiento en Turín de fábrica y de partido, fue de tal magnitud que sobrepasó y casi anuló frente a sí el intento de crear una escuela en la que se afinaran las capacidades técnicas de los militantes. Una escuela adecuada a la importancia de ese movimiento hubiera requerido, no la actividad de unos pocos, sino el esfuerzo sistemático y ordenado de un partido entero.

Considerada de este modo la mala suerte corrida hasta hoy por los intentos de crear escuelas para los militantes del proletariado —es decir considerada en relación con su causa fundamental—, aparece no tanto como un mal, sino como señal de impermeabilidad del movimiento obrero para eso que sería efectivamente un mal. Sería un mal, si el movimiento obrero se convirtiese en campo de presa o en instrumento de experimentación para la suficiencia de pedagogos mal preparados, si perdiese sus características de milicia apasionada para asumir los de estudio objetivo y de "cultura" desinteresada. En nuestras filas no pueden tener lugar ni un estudio objetivo ni una cultura desinteresada, ni nada que se parezca a lo que es considerado como objeto normal de enseñanza según la concepción humanista, burguesa de la escuela.

Somos una organización de luchas, y en nuestras filas se estudia para acrecentar, para afinar las capacidades de lucha de los miembros y de toda la organización, para comprender mejor cuáles son las posiciones del enemigo y las nuestras, para poder adaptar mejor a ellas nuestra acción

de cada día. Estudio y cultura no son para nosotros otra cosa que conciencia teórica de nuestros fines inmediatos y supremos, y del modo como podremos llegar a traducirlos en hechos.

¿Hasta qué punto existe esta conciencia en nuestro partido, está difundida en sus filas y ha penetrado en los compañeros que cubren funciones de dirección y en los simples militantes que deben llevar diariamente al contacto con las masas las consignas del partido, hacer eficaces sus órdenes, realizar sus directivas? Creemos que esto todavía no se da en la medida necesaria para hacernos aptos para cumplir de lleno nuestro trabajo de guía del proletariado. Todavía no en la medida adecuada a nuestro desarrollo numérico, a nuestros recursos organizativos, a las posibilidades políticas que nos ofrece la situación. La escuela de partido debe proponerse llenar el vacío que existe entre lo que debería ser y lo que es. Ella está por tanto estrechamente ligada con un movimiento de fuerzas, que tenemos el derecho de considerar como las mejores que la clase obrera italiana ha expresado en su seno. Es la vanguardia del proletariado que forma e instruye a sus cuadros, que agrega un arma —su conciencia teórica y la doctrina revolucionaria—, a las otras armas con las que ella se apresta a afrontar a sus enemigos o a dar sus batallas. Sin esta arma el Partido no existe, y sin Partido ninguna victoria es posible.

(1° de abril de 1925, L'Ordine Nuovo" —quincenal—)

NECESIDAD DE UNA PREPARACION IDEOLOGICA DE MASAS

Desde hace casi cinco años el movimiento obrero revolucionario italiano cayó en una situación de ilegalidad o de semilegalidad. Han sido suprimidas la libertad de prensa, el derecho de reunión, de asociación, de propaganda. Por tanto, la formación de los cuadros dirigentes del proletariado no puede realizarse por las vías y con los métodos que eran tradicionales en Italia hasta 1921. Los elementos obreros más activos son perseguidos, son controlados en cada uno de sus movimientos, en cada una de sus lecturas; las bibliotecas obreras fueron incendiadas o dispersadas; no existen o no pueden realizarse grandes organizaciones o grandes acciones de masas. Los militantes no participan para nada o lo hacen en medida limitadísima en las discusiones y en el contraste de las ideas; la vida aislada o la reunión santuaria de pequeños grupos reservados, la costumbre que puede ir formándose de una vida política que en otros tiempos parecía de excepción, suscitan sentimientos, estados de ánimo, puntos de vista que son a menudo errados y a veces hasta morbosos. Los nuevos miembros que el Partido adquiere en tal situación, evidentemente hombres sinceros y de vigorosa fe revolucionaria, no pueden ser educados en nuestros métodos por la actividad amplia, por las discusiones largas y por el control recíproco que son propios de

los períodos de democracia y legalidad. Se proyecta así un peligro muy grave; la masa del Partido, acostumbrándose en la ilegalidad, a no pensar en otra cosa que en los expedientes necesarios para escapar a las sorpresas del enemigo, acostumbrándose a ver posibles y organizables inmediatamente sólo acciones de pequeños grupos, viendo como los dominadores aparentemente han vencido y conservan el poder por obra de minorías armadas y encuadradas militarmente, se aleja insensiblemente de la concepción marxista de la actividad revolucionaria del proletariado, y mientras parece radicalizarse, por el hecho de que a menudo se oyen enunciar propósitos extremistas y frases sanguinolentas, en realidad se vuelve incapaz de vencer al enemigo. La historia de la clase obrera, especialmente en la época que atravesamos, muestra como este peligro no es imaginario. El resurgir de los partidos revolucionarios, después de un período de ilegalidad, se caracteriza frecuentemente por un impulso irrefrenable a la acción por la acción, por la ausencia de toda consideración de las relaciones reales de las fuerzas sociales, del estado de ánimo de las grandes masas obreras y campesinas, de las condiciones del armamento, etc. De esta manera ha sucedido muy a menudo que el partido revolucionario se ha hecho masacrar por la reacción todavía no disgregada, y cuyas reservas no habían sido justamente apreciadas, entre la indiferencia y la pasividad de las grandes masas, que después de todo período reaccionario se vuelven muy prudentes y son fácilmente presas del pánico cada vez que amenaza un retorno a la situación de la que apenas han salido.

En línea general, es difícil que tales errores no se verifiquen; es por tanto obligado que el Partido se preocupe y desarrolle una actividad determinada que tienda especialmente a mejorar su organización, a elevar el nivel intelectual de los miembros que se encuentran en sus filas en el período del terror blanco y que están destinados a convertirse en el núcleo central y más resistente a toda prueba y todo sacrificio, del Partido que guiará la revolución y administrará el estado proletario.

De esta manera, el problema aparece más amplio y más complejo. El resurgir del movimiento revolucionario y especialmente su victoria, vuelvan sobre el Partido una gran masa de nuevos elementos. Ellos no pueden ser rechazados, especialmente si son de origen proletario, porque precisamente su adhesión es una de las señales más sintomáticas de la revolución que está cumpliéndose; se presenta el problema de impedir que el núcleo central del Partido sea sumergido y disgregado por la nueva e impetuosa oleada. Todos recordamos lo que pasó en Italia, después de la guerra, en el Partido Socialista. El núcleo central, constituido por los compañeros fieles a la causa durante el cataclismo, se redujo al número de 16,000. En el congreso de Livorno estuvieron representados 220,000 socios, es decir existían en el partido 200,000 adherentes de después de la guerra, sin preparación política, ayuncs de toda noción de la doctrina marxista, fácil presa de los pequeños burgueses declamadores y fanfarrones que constituyeron en los años 1919-20 el fenómeno del maximalismo. No deja de tener significado que el jefe actual del partido socialista y director del "Avanti!" sea precisamente Pietro Nenni, que entró en el Partido Socialista después de Livorno, pero que resume y sintetiza en sí todas las debilidades ideológicas y los caracteres distintivos del maximalismo de después de la guerra; pero eso sería inevitable si nuestro partido no tuviera una directiva también en este campo, si no procediera a tiempo a reforza ideológica y políticamente a sus cuadros actuales y a sus miembros, para hacerlos capaces de contener y encuadrar masas todavía más amplias sin que la organización sufra demasiadas conmociones y sin que la figura del Partido sea cambiada.

Hemos puesto el problema en sus términos prácticos más inmediatos. Pero tiene una base que es superior a toda contingencia inmediata.

Nosotros sabemos que la lucha del proletariado contra el capitalismo se desarrolla sobre tres frentes: el económico, el político y el ideológico. La lucha económica tiene tres fases: de resistencia contra el capitalismo, es decir la fase

sindical elemental; de ofensiva contra el capitalismo, por el control obrero sobre la producción y de lucha por la eliminación del capitalismo a través de la socialización. También la lucha política tiene tres fases principales: lucha por refrenar el poder de la burguesía en el estado parlamentario, es decir por mantener o crear una situación democrática de equilibrio entre las clases que permita al proletariado organizarse y desarrollarse; lucha por la conquista del poder y por la creación del estado obrero, es decir una acción compleja a través de la cual el proletariado moviliza en torno a sí a todas las fuerzas sociales anticapitalistas (en primera línea a la clase campesina) y las conduce a la victoria; última fase, la dictadura del proletariado organizado en clase dominante para eliminar todos los obstáculos técnicos y sociales que se interponen a la realización del comunismo.

La lucha económica no puede ser separada de la lucha política y ni la una ni la otra pueden ser separadas de la lucha ideológica.

En su primera fase sindical, la lucha económica es espontánea, es decir, nace ineluctablemente de la misma situación en que se encuentra el proletario en el régimen burgués, pero no es por sí misma revolucionaria, no lleva necesariamente al abatimiento del capitalismo, como han sostenido y siguen sosteniendo con poco éxito los sindicalistas. Tan es así que los reformistas y hasta los fascistas admiten la lucha sindical elemental, es más, sostienen que el proletariado como clase no debe realizar otra lucha que la sindical. Los reformistas se diferencian de los fascistas sólo en cuanto sostienen que si no el proletariado como clase, al menos los proletarios como individuos, ciudadanos, luchen también por la "democracia en general", es decir por la democracia burguesa, en otras palabras que luchen sólo por mantener o crear las condiciones políticas de la pura lucha de resistencia sindical.

Para que la lucha sindical se convierta en un factor revolucionario, se necesita que el proletariado la acompañe con la lucha política, es decir que el proletariado tenga con-

ciencia de ser el protagonista de una lucha general que abarca todas las cuestiones más vitales de la organización social, es decir que tenga conciencia de luchar por el socialismo. El elemento "espontaneidad" no es suficiente para la lucha revolucionaria: nunca lleva a la clase obrera más allá de los límites de la democracia burguesa existente. Es necesario el elemento conciencia, el elemento "ideológico", es decir la comprensión de las condiciones en que se lucha, de las relaciones sociales en que vive el obrero, de las tendencias fundamentales que obran en el sistema de estas relaciones, del proceso de desarrollo que sufre la sociedad por la existencia en su seno de antagonismos irreductibles, etc.

Los tres frentes de la lucha proletaria se reducen a uno solo para el partido de la clase obrera, que es tal, precisamente porque resume y representa todas las exigencias de la lucha general. Ciertamente no se puede pedir a cada obrero de la masa que tenga una completa conciencia de la función compleja que su clase está decidida a desempeñar en el proceso de desarrollo de la humanidad: pero eso debe ser pedido a los miembros del Partido. No podemos proponernos, antes de la conquista del estado, modificar completamente la conciencia de toda la clase obrera; sería utópico, porque la conciencia de la clase como tal se modificará sólo cuando haya sido modificado el modo de vivir de la clase misma, es decir cuando el proletariado se haya convertido en clase dominante, y tenga a su disposición el aparato de producción y de intercambio y el poder estatal. Pero el Partido puede y debe en su conjunto, representar esta conciencia superior; de otra manera no estará a la cabeza sino a la cola de las masas, no las guiará, sino que será arrastrado. Por ello el Partido debe asimilar el marxismo y debe asimilarlo en su forma actual como leninismo.

La actividad teórica, es decir la lucha sobre el frente ideológico, ha sido siempre descuidada por el movimiento obrero italiano. En Italia el marxismo (fuera de Antonio Labriola) ha sido estudiado más por los intelectuales bur-

gueses, para desnaturalizarlo y darle uso en la política burguesa, que por los revolucionarios. Por ello hemos visto convivir en el Partido Socialista Italiano las tendencias más disparatadas, hemos visto como opiniones oficiales del partido las concepciones más contradictorias. Las direcciones del Partido nunca imaginaron que para luchar contra la ideología burguesa, para liberar a las masas de la influencia del capitalismo, se necesitara primero difundir la doctrina en el seno del Partido mismo y que se necesitaría defenderla de todo desvirtuamiento. Esta tradición no ha sido por lo menos interrumpida, en forma sistemática y con una actividad notable y continuada.

Sin embargo se dice que el marxismo ha tenido mucho éxito en Italia y en un cierto sentido esto es verdad. Pero es verdad también que ese éxito no ha servido al proletariado, no ha servido para crear nuevos medios de lucha, no ha sido un fenómeno revolucionario. El marxismo, es decir algunas afirmaciones separadas de los escritos de Marx, han servido a la burguesía italiana para demostrar que para la necesidad de su desarrollo era necesario prescindir de la democracia, era necesario pisotear las leyes, era necesario reírse de la libertad y de la justicia; es decir ha sido llamado marxismo, por los filósofos de la burguesía italiana, la constatación que Marx hizo de los sistemas que la burguesía adopta, sin necesidad de recurrir a justificaciones... marxistas, en su lucha contra los trabajadores. Y los reformistas, para corregir esta interpretación fraudulenta se convirtieron en demócratas, se volvieron turiferarios de todos los santos devaluados del capitalismo. Los teóricos de la burguesía italiana tuvieron la habilidad de crear el concepto de la nación proletaria", es decir de sostener que Italia toda era "proletaria" y que la concepción de Marx debía aplicarse a la lucha de Italia contra los otros países capitalistas, no a la lucha del proletariado italiano contra el capitalismo italiano; los "marxistas" del Partido Socialista dejaron pasar sin luchar estas aberraciones, que fueron aceptadas por Enrico Ferri, que pasaba por ser un gran teórico del socialismo. Este fue el éxito del

marxismo en Italia: sirvió de orégano en todas las indigestas salsas que los más imprudentes aventureros de la pluma hayan querido poner en venta. Marxistas de esa manera han sido Enricó Ferri, Guillermo Ferrero, Achille Loria, Paolo Orano, Benito Mussolini...

Para luchar contra la confusión que se ha ido creando en esta forma, es necesario que el Partido intensifique y haga sistemática su actividad en el campo ideológico, que imponga como un deber del militante el conocimiento de la doctrina del marxismo-leninismo al menos en sus términos más generales.

Nuestro partido no es un partido demócrata, al menos en el sentido vulgar que se da a esta palabra. Es un partido centralizado nacional e internacionalmente. En el campo internacional, nuestro partido es una simple sección de un partido más grande, de un partido mundial. ¿Qué repercusiones puede tener y ya tuvo este tipo de organización, que también es una férrea necesidad de la revolución? Italia misma nos da una respuesta a esta pregunta. Por reacción a la rutina tradicional del Partido Socialista, donde se discutía mucho y se resolvía poco y cuya unidad se rompía en infinidad de fragmentos inconexos por el choque continuo de las fracciones, de las tendencias y a menudo de las capillas personales, en nuestro partido se acabó con no discutir para nada. La centralización, la unidad de rumbo y de concepción se había convertido en un estancamiento intelectual. A ello contribuyó la necesidad de la lucha incesante contra el fascismo, precisamente cuando la fundación de nuestro partido había pasado a su fase activa y ofensiva, pero contribuyó también la concepción equivocada del partido, así como fue expuesta en las "Tesis sobre la táctica", presentadas en el Congreso de Roma.* La centralización y la unidad estaban concebidas de manera demasiado mecánica; el comité central, es más, el comité

* Son las "Tesis" sobre las que en 1922 giró la primera batalla de grandes proporciones entre la Internacional y el Bordighismo (corriente encabezada por el primer secretario general del PCI, Amadeo Bordiga). Este artículo de Gramsci participa ya en el debate, en la prensa comunista, en preparación del nuevo Congreso.

ejecutivo era todo el partido, en vez de representarlo y dirigirlo. Si esta concepción fuera aplicada permanentemente, el partido perdería sus caracteres distintivos políticos y se convertiría en el mejor de los casos, en un ejército (y un ejército de tipo burgués): es decir, perdería su fuerza de atracción, se separaría de las masas. Para que el Partido viva y esté en contacto con las masas, es necesario que todo miembro del Partido sea un elemento político activo, que sea un dirigente. Precisamente porque el Partido. está fuertemente centralizado, urge una vasta obra de propaganda y de agitación en sus filas, es necesario que el Partido, de manera organizada, eduque a sus miembros y eleve su nivel ideológico. Centralización quiere decir sobre todo que en cualquier situación, aún en el estado de sitio reforzado, aun cuando los comités dirigentes no pudieran funcionar durante un determinado período o fuesen puestos en condiciones de no estar ligados con toda la periferia, que todos los miembros del Partido, cada uno en su ambiente, hayan sido puestos en grado de orientarse, de saber extraer de la realidad los elementos para establecer una directiva, a fin de que la clase obrera no se abata, sino sienta que es guiada y que puede todavía luchar. La preparación ideológica de masa es por tanto una necesidad de la lucha revolucionaria, es una de las condiciones indispensables de la victoria.

(Mayo de 1925)

LA ORGANIZACION BASE DEL PARTIDO

En mi anterior artículo sobre las células, al que se refiere el compañero Mangano, no quise demostrar sino solamente recordar una cosa muy simple que debería estar siempre presente en la memoria de todo compañero que quiera participar seriamente en la discusión del Congreso, es decir que tenga la intención de ayudar a la educación del Partido y no la de confundir las ideas. Quise recordar que el tipo de organización por células está estrechamente ligado a la doctrina del leninismo y que en el campo internacional, el compañero Lenin indicó este tipo de organización desde la época de la izquierda zimmerwaldiana.

Una de las características más destacadas del leninismo es su formidable coherencia y consecuencia: el leninismo es un sistema unitario de pensamiento y de acción práctica, en el que todo se sostiene y se demuestra recíprocamente; desde la concepción general del mundo hasta los más pequeños problemas de organización. El núcleo fundamental del leninismo en la acción práctica es la dictadura del proletariado y todos los principios de táctica y de organización del leninismo están ligados a la cuestión de la preparación y la organización de la dictadura proletaria. Si hubiera sido cierto lo que el compañero Bordiga afirmó, que la organización de las células como base del partido fue un "descubrimiento" del III Congreso de la Internacional, enton-

ces se hubiera demostrado una gravísima incoherencia del leninismo y de la misma Internacional, y hubiera sido necesario preguntarse si en el III Congreso no se verificó una desviación a la derecha, hacia la socialdemocracia, es decir un desplazamiento del terreno de la acción revolucionaria hacia un terreno de simple actividad organizativa extraña a la dictadura proletaria.

En efecto, éste es el asunto polémico de los compañeros extremistas: "demostrar" que la organización del Partido sobre la base de las células no es parte esencial del leninismo, con la afirmación de que la organización por células es un descubrimiento posterior al II Congreso, para llegar a demostrar que el rumbo de la Internacional fue cambiado por el III Congreso, en cuanto que después de él, se asignaron a los partidos comunistas, tareas esencialmente organizativas y no de acción. Así se explicaría, según los extremistas, cómo diferentes partidos, cuando se presentó un momento propicio para la acción, hayan fallado en su tarea histórica (realizar la insurrección armada y la conquista del poder); ellos habían sido distraídos por tareas secundarias de organización interna o de organización de las grandes masas (cuestión de las células, táctica del frente único y del gobierno obrero, lucha por la unidad proletaria, etc.).

En mi artículo anterior al que se refiere el compañero Mangano, demostré cómo es insostenible uno de los elementos sobre los que se basa el argumento polémico de los extremistas; no será difícil demostrar cómo sean igual de inconsistentes los otros elementos.

Ciertamente la cuestión de las células es también un problema técnico de organización general del partido, pero antes que nada es una cuestión política. La cuestión de las células es la cuestión de la dirección de las masas, es decir de la preparación de la dictadura proletaria, es la mejor solución técnica organizativa de la cuestión fundamental de nuestra época.

Los argumentos en pro y en contra de las células aportados hasta ahora en la discusión (si es más segura la calle

o la fábrica, si a los intelectuales como "clase" les sea más fácil, con las células o con la asamblea territorial, desviar al proletariado o rebajar su ideología) son argumentos secundarios, observaciones de detalle, que influyen de manera subordinada en la aceptación de la forma organizativa por células en vez de la forma por asambleas territoriales. El argumento fundamental es el de la dirección de las masas, que yo mismo expuse delante de nuestro comité central (L'Unitá del 3 de julio de 1925) sin que los extremistas hayan siquiera intentado rebatir una sílaba:

"En algunos aspectos, los partidos revolucionarios de Europa occidental se encuentran hoy en las condiciones en que se encontraron los bolcheviques rusos ya desde la formación de su partido. En Rusia, antes de la guerra, no existían las grandes organizaciones de trabajadores que en cambio han caracterizado todo el período europeo de la II Internacional también antes de la guerra. En Rusia, el partido resumía en sí todos los intereses vitales de la clase obrera, no sólo como afirmación teórica general, sino también como necesidad práctica de organización y de lucha; la célula de fábrica o de barrio guiaba a la masa tanto en la lucha por las reivindicaciones sindicales como en la lucha política por el derrocamiento del zarismo. En Europa Occidental en cambio, se fue estableciendo cada vez más una división del trabajo entre organización sindical y organización política de la clase obrera. En el campo sindical se fue desarrollando con ritmo cada vez más acelerado, la tendencia reformista y pacifista; es decir, se fue intensificando cada cez más la influencia de la burguesía sobre el proletariado. Por la misma razón, en los partidos políticos la actividad se desplazó siempre más hacia el campo parlamentario, hacia formas que no se distinguían para nada de las de la democracia burguesa. En el período de la guerra y después de la guerra, inmediatamente antes de la constitución de la Internacional Comunista, y de las escisiones en el campo socialista que llevaron a la formación de nuestros partidos, la tendencia sindicalista-reformista se fue consolidando como organización dirigente de los

sindicatos. Así se presentó una situación general que precisamente pone a los partidos comunistas de Europa Occidental en las mismas condiciones en que se encontraba el partido bolchevique en Rusia antes de la guerra. Observemos lo que sucede en Italia. Debido a la acción represiva del fascismo, los sindicatos llegaron a perder en nuestro país toda eficiencia, tanto numérica como combativa. Aprovechando esta situación, los reformistas se apoderaron completamente de su mecanismo central valiéndose de todas las medidas y las disposiciones que pueden impedir a una minoría formarse, organizarse, desarrollarse y convertirse en mayoría hasta conquistar el centro dirigente. Pero la gran masa quiere, y con razón, la unidad, y refleja este sentimiento unitario en la organización sindical tradicional italiana: la Confederación General del Trabajo. Los reformistas se oponen a la organización de las masas. Recuerden el discurso de D'Aragona en el reciente congreso de la Confederación, donde afirmó que la Confederación no debe tener más de un millón de miembros. Si se tiene en cuenta que la Confederación misma sostiene que es el organismo unitario de todos los trabajadores italianos, no sólo de los obreros industriales y agrícolas, sino también de los campesinos y que en Italia hay cuando menos 15 millones de trabajadores organizables, resulta que la Confederación quiere por programa, organizar tan sólo a una 15a. parte, es decir, el 7.5 por ciento de los trabajadores italianos, mientras que nosotros quisiéramos que estuvieran organizados en los sindicatos y en las organizaciones campesinas, el 100 por ciento de los trabajadores. Pero si la Confederación quiere por razones de política interna, para mantener la dirección en las manos de los reformistas, que sólo el 7.5% de los trabajadores italianos estén organizados, también quiere, por razones de política general, para que el partido reformista pueda colaborar eficazmente en un gobierno democrático burgués, tener en su conjunto una influencia sobre la masa desorganizada de los obreros industriales y agrícolas y quiere, impidiendo la organización de los campesinos, que los partidos democráticos con los

que pretende colaborar, mantengan su base social. Por eso entonces, maniobra en el campo especialmente de las Comisiones internas que son elegidas por toda la masa de obreros organizados y desorganizados.

"La Confederación quisiera impedir que los obreros organizados, excepto los de tendencia reformista, presenten listas de candidatos para las Comisiones internas, quisiera que los comunistas, aún donde están en mayoría en la organización sindical y local y entre los organizados de los talleres, voten por disciplina por las listas de la minoría reformista. Si este programa organizativo reformista fuese aceptado por nosotros, se llegaría de hecho a la absorción de nuestro partido por parte del partido reformista y nuestra actividad se reduciría solamente a lo parlamentario.

"Por otra parte, cómo podemos luchar contra la aplicación y la realización de un programa similar sin producir una escisión que nosotros absolutamente no queremos producir? Para lograr eso no hay otra salida que la organización de las células y su desarrollo en el mismo sentido en que se desarrollaron en Rusia antes de la guerra. Como fracción sindical los reformistas nos impiden, poniéndonos en la garganta la pistola de la disciplina, centralizar las masas revolucionarias lo mismo para la lucha sindical que para la lucha política. Es evidente entonces que nuestras células deben trabajar directamente en las fábricas para centralizar alrededor del partido a las masas, empujándolas a reforzar las Comisiones internas donde existan, a crear Comités de agitación en las fábricas donde no existían Comisiones internas o donde éstas no asumen sus tareas, empujándolas a desear la centralización de las instituciones de fábrica como organismos de masa no solamente sindicales, sino de lucha general contra el capitalismo y su régimen político. Es cierto que la situación en que nos encontramos es mucho más difícil de aquella en la que se encontraron los bolcheviques rusos, porque nosotros debemos luchar no sólo contra la reacción del estado fascista, sino también contra la reacción de los reformistas en los sindicatos. Precisamente porque es más difícil la situación, más fuertes

deben ser nuestras células tanto organizativa como ideológicamente. En todo caso la bolchevización, por lo que ha reflejado en el campo organizativo, es una necesidad imprescindible. Ninguno osará decir que los criterios leninistas de organización del partido sean propios de la situación rusa y que sea un hecho puramente mecánico su aplicación en Europa Occidental. Oponerse a la organización del Partido por células, sólo significa estar todavía ligados a las viejas concepciones socialdemócratas, significa encontrarse realmente en un terreno de derecha, es decir en un terreno en el que no se quiere luchar contra la socialdemocracia."

Puesta la cuestión de esta manera, como debe ser, los argumentos que subordinadamente pueden ser esgrimidos contra la organización por células, pierden gran parte de su significado. Ninguna forma organizativa puede ser absolutamente perfecta; lo importante es fijar qué tipo de organización corresponde mejor a las condiciones y a las necesidades de la lucha proletaria, no andar a la búsqueda de la forma perfectísima.

El compañero Mangano descubre que el haber recordado el discurso del compañero Lenin en el III Congreso acerca de la "potente ignorancia" de los partidos comunistas europeos sobre la estructura de sus mismos partidos haya sido una . . . puntada. La cuestión es mucho más compleja de lo que el C. Mangano sospeche y pueda sospechar, dada su firme voluntad de mantenerse en esa misma "potente ignorancia" y de despreciar como "centrista" y "oportunista" cualquier enseñanza de la experiencia proletaria de otros países y de Italia misma.

Recuerdo un pequeño episodio de 1920. En junio de ese año se reunió en Génova la Conferencia nacional de la FIOM (Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos) para establecer el plan de batalla de la agitación metalúrgica que en septiembre siguiente llevó a la ocupación de las fábricas. Nosotros, miserables "ordinovistas", "centristas", "oportunistas", etc., que habíamos tenido siempre la miserable costumbre de ocuparnos del real desarrollo de los

acontecimientos obreros, informados de que en la reunión de Génova había sido delineado el plan de lucha de la ocupación de las fábricas, expusimos a la dirección del partido socialista, a través del compañero Terracini, la cuestión de la intervención del Partido en la agitación metalúrgica y propusimos crear células como base organizativa del Partido mismo en las fábricas. La proposición fue rechazada después de un discurso del entonces extremista Baratono que encontró que la creación de las células hubiera significado el rompimiento de un pacto de alianza, pues el partido con las células hubiera suplantado a los sindicatos (es decir a los reformistas) en la dirección de las masas. Derrotados en la dirección, uno de los "ordinovistas", precisamente el que esto escribe, asistió, por encargo de la sección socialista de Turín, a la Conferencia nacional de la fracción abstencionista que se realizó en Florencia en julio, para proponer la formación de una fracción comunista sobre la base de los principios generales organizativos y políticos de la Internacional Comunista (células, consejo de fábrica). También aquí la proposición fue rechazada, porque se juzgaba que para dirigir a las masas eran inútiles las "puras formas organizativas", mientras eran suficientes las afirmaciones de abstencionismo parlamentario. De esta manera la clase obrera llegó a la ocupación de las fábricas sin dirección política revolucionaria, y los reformistas pudieron dirigir las masas hacia la renuncia de la lucha.

El episodio italiano, así como la experiencia europea después del II Congreso demuestra cuán difícil era para los viejos partidos socialistas comprender lo que es la dictadura del proletariado y cómo no basta pronunciarse por la dictadura y crer que se trabaja por ella, para realmente ser sus partidarios y trabajar en tal sentido.

Según el compañero Mangano, el haberse tardado en comprender esto debería tener por consecuencia, no el apurarse a recuperar el tiempo perdido sino renunciar a comprender y a trabajar.

A. GRAMSCI

("L'Unitá", 15 de agosto de 1924.)

INFORME DE GRAMSCI SOBRE EL III CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA (CELEBRADO EN LYON)

Debido a la dificultad de publicar inmediatamente una crónica periodística detallada de los trabajos del III Congreso de nuestro Partido, juzgamos oportuno ofrecer a los compañeros y a la masa de lectores un examen y una información general de los resultados del congreso mismo.

De todas maneras anunciamos que próximamente será publicada en nuestro periódico dicha crónica del congreso y después serán reunidas en un libro las deliberaciones y las tesis en su texto definitivo.

Los resultados numéricos de los votos en el congreso fueron los siguientes:

—Ausentes y no consultados: 18.9%
—De los presentes en el Congreso: votos por el CC 90.8%, por la extrema izquierda, 9.2%.

Nuestro partido nació en enero de 1921, es decir, en el momento más crítico tanto de la crisis general de la burbuesía italiana, como de la crisis del movimiento obrero. La escisión, (del Partido Socialista N. del T.), si bien era históricamente necesaria e inevitable, sin embargo encontró a las grandes masas impreparadas y reluctantes. En tal

situación la organización material del nuevo partido encontraba las condiciones más difíciles. Sucedió por tanto, que el trabajo puramente organizativo, dada la dificultad de las condiciones en que debía desenvolverse, absorbió las energías creadoras del partido de modo casi completo. Los problemas políticos que surgían por una parte, de la descomposición del personal de los viejos grupos dirigentes burgueses y por otra de un proceso análogo del movimiento obrero, no pudieron ser profundizados suficientemente. Toda la línea política del Partido en los años inmediatamente sucesivos a la escisión estuvo condicionada en primer lugar por esta necesidad: mantener unidas las filas del Partido, agredido físicamente por la ofensiva fascista de un lado y por los miasmas cadavéricos de la descomposición socialista del otro. Era natural que en tales condiciones se desarrollaran en el interior de nuestro Partido sentimientos y estados de ánimo de carácter corporativo y sectario. El problema político general, inherente a la existencia y al desarrollo del partido, no era visto en el sentido de una actividad por la cual el Partido debería tender a conquistar las más amplias masas y a organizar las fuerzas sociales necesarias para derrotar a la burguesía y conquistar el poder, sino que era visto como el problema de la existencia misma del Partido.

La escisión de Livorno

El hecho de la escisión fue visto en su valor inmediato y mecánico y nosotros cometimos, en otro sentido quizá, el mismo error que había sido cometido por Serrati. El compañero Lenin había dado la fórmula lapidaria del significado de las escisiones en Italia, cuando dijo al compañero Serrati: "Sepárense de Turati y después hagan la alianza con él." Esta fórmula debió haber sido adaptada por nosotros a la escisión que se dio en forma diferente a la prevista por Lenin. Debíamos separarnos como era indispensable e históricamente necesario, no sólo del reformismo sino también del maximalismo que en realidad representaba

y representa el oportunismo típico italiano en el movimiento obrero; pero después de eso, y aún continuando la lucha ideológica organizada contra ellos, debimos intentar hacer una alianza contra la reacción. Para los elementos dirigentes de nuestro partido, toda acción de la Internacional, dirigida a lograr un acercamiento a esta línea, apareció como si fuera una desautorización implícita de la escisión de Livorno, como una manifestación de arrepentimiento. Se dijo que aceptando un planteamiento similar de la lucha política, se admitía que nuestro partido era solamente una nebulosa indefinida, mientras que era justo y necesario afirmar que nuestro partido, naciendo, había resuelto definitivamente el problema de la formación histórica del partido del proletariado italiano. Esta opinión era reforzada por las experiencias no lejanas de la revolución soviética en Hungría, en donde la fusión entre comunistas y socialdemócratas fue ciertamente uno de los elementos (o factores) determinantes de la derrota.

El alcance de la experiencia Húngara

En realidad el planteamiento dado a este problema por nuestro partido era falso y cada vez más se fue manifestando como tal ante las amplias masas del partido. Precisamente la experiencia húngara debería habernos convencido de que la línea seguida por la Internacional en la formación de los partidos comunistas no era la que nosotros le atribuíamos. Es bien conocido en efecto, que el compañero Lenin intentó oponerse vigorosamente a la fusión entre comunistas y socialdemócratas húngaros, no obstante que estos últimos se declararon partidarios de la dictadura del proletariado. ¿Se puede decir por ello que el C. Lenin fuera en general contrario a las fusiones? Ciertamente, no. El problema era visto por el C. Lenin y por la Internacional como un proceso dialéctico, al través del cual el elemento comunista, es decir, la parte más avanzada y consciente del proletariado, se pone, sea en la organización de partido de la clase obrera, sea en la función de dirección

de las grandes masas, a la cabeza de todo lo que se ha formado y existe en la clase de honesto y activo.

En Hungría fue un error destruir la organización independiente comunista en el momento de la toma del poder, para disolver y diluír el agrupamiento constituido en la más vasta y amorfa organización socialdemócrata que no podía dejar de tomar el predominio. También en Hungría el C. Lenin había formulado la línea de nuestro viejo partido como una alianza con la socialdemocracia, no como una fusión. A la fusión se hubiera llegado más tarde, cuando el proceso hacia el predominio del agrupamiento comunista se hubiera desarrollado en escala más amplia en el campo de la organización del partido, de la organización sindical y del aparato estatal y con la separación orgánica y política de los obreros revolucionarios de los jefes oportunistas.

Para Italia el problema se presentaba en términos todavía más simples que en Hungría, porque no sólo el proletariado no había conquistado el poder, sino que empezaba, precisamente en el momento de la formación del partido, un gran movimiento de retirada. Proponer en Italia la cuestión de la formación del partido, así como había sido indicado por el compañero Lenin en su fórmula expresada a Serrati, significaba, en la retirada del proletariado que se iniciaba entonces, dar la posibilidad a nuestro partido de reagrupar alrededor suyo a los elementos del proletariado que hubieran querido resistir, pero que bajo la dirección maximalista eran arrastrados en la derrota general y caían en la pasividad. Esto significa que la táctica sugerida por Lenin y por la Internacional era la única capaz de reforzar y desarrollar los resultados de la escisión de Livorno y de convertir verdaderamente a nuestro partido, desde entonces y no sólo en abstracto ni como afirmación histórica, sino en forma efectiva, en el partido dirigente de la clase obrera. Por este falso planteamiento del problema, nosotros nos mantuvimos en las posiciones avanzadas, solos y con la fracción de masas inmediatamente más cercanas al partido, pero no hicimos cuanto era necesario para mante-

ner en nuestras posiciones al proletariado en su conjunto, el cual sin embargo, estaba todavía animado por un gran espíritu de lucha, como lo demuestran tantos episodios heroicos de la resistencia opuesta al avance enemigo.

El partido en los años 1921-22

Otro de los elementos de debilidad de nuestra organización consistió en el hecho de que tales problemas, dada la dificultad de la situación y dado que las fuerzas del partido estaban absorbidas en la lucha inmediata por su propia defensa física, no se convirtieron en objeto de discusión en la base y por lo tanto en elemento del desarrollo de la capacidad ideológica y política del partido.

Sucedió así que el primer Congreso del partido, el celebrado en Livorno en el teatro de San Marcos inmediatamente después de la escisión, sólo se impuso (o propuso) tareas de carácter organizativo inmediato: formación de los organismos centrales y encuadre general del partido. El segundo Congreso debería haber podido y quizá debido examinar y plantear las cuestiones anteriores, pero a eso se opusieron los siguientes elementos:

1. El hecho de que no sólo la masa sino también una gran parte de los elementos más responsables y más cercanos a la dirección del partido literalmente ignoraban que existieran divergencias profundas y esenciales entre la línea seguida por nuestro partido y la sostenida por la Internacional.

2. El estar el partido absorbido en la lucha directa física llevaba a valorar en menos las cuestiones ideológicas y políticas en confrontación con las puramente organizativas. Era por tanto natural que surgiera en el partido un estado de ánimo contrario "a priori" a la profundización de cualquier cuestión que pudiese proyectar peligros de conflictos graves en el grupo dirigente que se constituyó en Livorno.

3. El hecho de que la oposición que se rebeló en el Congreso de Roma (el segundo del partido N. del T.) y que

decía ser la única representante de las directivas de la Internacional era, en la situación dada, una expresión del estado de ánimo de cansancio y de pasividad que existía en algunas zonas del partido.

La crisis sufrida tanto por la clase dominante como por el proletariado en el período precedente al advenimiento del fascismo al poder, puso nuevamente a nuestro partido delante de los problemas que el Congreso de Roma no había tenido la posibilidad de resolver. ¿En qué consistió esta crisis? Los grupos de izquierda de la burguesía, partidarios de palabra de un gobierno democrático que se propusiera detener enérgicamente el movimiento fascista, habían convertido en árbitro al Partido Socialista de aceptar o no aceptar esta solución, para liquidarlo políticamente bajo la presión de la responsabilidad de un fallido acuerdo antifascista. En esta misma forma de poner la cuestión por parte de los democráticos estaba implícita la capitulación preventiva frente al movimiento fascista, fenómeno que se reprodujo después en el período de la crisis Matteotti. Sin embargo tal planteamiento, si bien tuvo en un primer tiempo el poder de lograr una clariicación en el Partido Socialista, habiéndose producido en base a ella la escisión entre maximalistas y reformistas, sin embargo agravaba la situación del proletariado. En efecto la escisión hacía infructuosa la táctica propuesta por los democráticos, en cuanto que el gobierno de izquierda proyectado por ellos debía incluir al Partido Socialista unido, es decir significar la captura de la mayoría de la clase obrera organizada en el engranaje del estado burgués, anticipando la legislación fascista y haciendo políticamente inútil el experimento fascista directo. Por otra parte la escisión, como apareció más claramente en seguida, sólo había llevado mecánicamente a un salto hacia la izquierda de los maximalistas, los cuales afirmaban querer adherirse a la Internacional Comunista y por tanto reconocer el error cometido en Livorno. Sin embargo, se movía con tantas reservas y reticencias mentales que neutralizaban el resurgir revolucionario que la escisión había determinado en las masas, llevándolas así a

nuevas desilusiones y a una recaída en la pasividad, de la que se aprovechó el fascismo, para efectuar la marcha sobre Roma.

El nuevo curso en el partido

Esta nueva situación se reflejó en el cuarto Congreso de la Internacional Comunista donde se llegó a la formación del Comité de Fusión después de incertidumbres y resistencias que estaban ligadas a la persuasión enraizada en la mayoría de los delegados de nuestro partido de que el desplazamiento de los maximalistas no representaba sino una oscilación transitoria y sin porvenir. De cualquier forma, es a partir de este momento que se inicia en el interior de nuestro partido un proceso de diferenciación en el grupo dirigente de Livorno, proceso que prosigue incesantemente y sale del campo del fenómeno de grupo para convertirse en parte de todo el Partido, cuando se advierten y se desarrollan los elementos de la crisis del fascismo, que se inició en el Congreso de Turín del Partido Popular.

Cada vez se hace más evidente que es necesario sacar al partido de la posición mantenida en 1921-22 si se quiere que el movimiento comunista se desarrolle paralelamente a la crisis que sufre la clase dominante. El prejuicio que tuvo tan gran importancia en el pasado y por el cual era necesario antes que nada mantener la unidad organizativa del Partido, caía por su propio peso por el hecho de que en la situación de conflicto entre nuestro partido y la Internacional, se constituía en nuestras filas un estado de fraccionismo latente, que encontraba su expresión en grupos netamente de derecha, a menudo con carácter liquidacionista. Retardarse todavía en poner en toda su amplitud las cuestiones fundamentales de táctica sobre las cuales hasta entonces se había dudado en abrir la discusión, hubiera significado determinar una crisis general del partido sin salida.

De esta manera se dieron nuevos agrupamientos que se fueron desarrollando cada vez más hasta la víspera de

nuestro tercer Congreso, cuando fue posible constatar que no sólo la gran mayoría de la base del partido (que no había sido jamás interpelada directamente) sino también la gran mayoría del viejo grupo dirigente se había separado netamente de la concepción y de la posición política de extrema izquierda, para ponerse completamente en el terreno de la Internacional y del Leninismo.

La importancia del tercer congreso

De todo lo que ha sido dicho hasta ahora se deduce claramente cuán importante y grandes fuesen las tareas de nuestro tercer Congreso. Debía cerrar toda una época de la vida de nuestro partido, poniendo fin a las crisis internas y determinando una alineación estable de fuerzas tal, que permitiera un desarrollo normal de la capacidad de dirección política de las masas por parte del partido y por tanto de su capacidad de acción.

¿Resolvió efectivamente el Congreso estas tareas? Indudablemente que todos los trabajos del Congreso demostraron cómo, no obstante las dificultades de la situación, nuestro partido ha logrado resolver su crisis de desarrollo, alcanzando un nivel de homogeneidad, de formación compacta y de estabilización notable y ciertamente superior al de muchas otras secciones de la Internacional. La intervención de los delegados de base en las discusiones del Congreso, algunos de ellos venidos de donde es más difícil la actividad del partido, demostró cómo los elementos fundamentales del debate, entre la Internacional y el CC por una parte y la oposición por la otra, han sido absorbidos por el partido no sólo mecánicamente, sino habiendo logrado una convicción conciente difundida, han logrado elevar en medida imprevista aún por los mismos compañeros más optimistas, el tono de la vida intelectual de la masa de compañeros y su capacidad de dirección de iniciativa política.

Este nos parece el significado más relevante del Congreso. Resultó que nuestro partido no sólo puede decirse de

masas por la influencia que ejercita sobre amplios estratos de la clase obrera y de la masa campesina, sino porque ha adquirido en los elementos individuales que lo componen, una capacidad de análisis de la situación, de iniciativa política y de fuerza dirigente que le faltaban en el pasado y que constituyen la base de su capacidad de dirección colectiva.

Por otra parte, todo el desarrollo de los trabajos hechos en la base para organizar ideológica y prácticamente el Congreso en las regiones y en las provincias donde la represión policíaca vigila con mayor intensidad todo movimiento de nuestros camaradas, y el hecho que se haya logrado tener reunidos durante siete días a más de sesenta compañeros en el Congreso del partido, y casi otros tantos en el Congreso Juvenil, son por sí mismos una prueba del desarrollo mencionado más arriba. Es evidente para todos que este movimiento de compañeros y de organizaciones no es solamente un puro hecho organizativo sino que constituye de por sí una altísima manifestación de valor político.

Algunas cifras al respecto: en la primera fase de la preparación del Congreso se tuvieron entre dos mil y tres mil reuniones de base, que culminaron en más de un centenar de Congresos provinciales e interprovinciales, donde fueron elegidos después de amplias discusiones, los delegados al Congreso.

Valor político y resultados logrados

Cualquier obrero está en grado de apreciar todo el significado de estas pocas cifras que es posible publicar, después de cinco años desde la época de ocupación de las fábricas y tres años de gobierno fascista que ha intensificado la labor general de control sobre cualquiera actividad de masas y ha realizado una organización de policías que es con mucho superior a las organizaciones policíacas que existieron antes.

Ya que la mayor debilidad de la organización obrera tra-

dicional se manifestaba esencialmente en el desequilibrio permanente y que se convirtió en catastrófico en los momentos culminantes de la actividad de masas, entre la potencialidad de los cuadros organizativos de partido y el empuje espontáneo de la base, es evidente que nuestro partido logró, no obstante las condiciones extremadamente desfavorables del actual período, superar en medida notable esta debilidad y predisponer fuerzas organizativas coordinadas y centralizadas que aseguran a la clase obrera contra los errores y las insuficiencias más importantes que se verificaron en el pasado. Este es otro de los significados más importantes de nuestro Congreso; la clase obrera es capaz de acción y demuestra estar históricamente en grado de cumplir su misión directiva en la lucha anticapitalista en la medida en que logra expresar en su seno todos los elementos técnicos que en la sociedad moderna se demuestran indispensables para la organización concreta de las instituciones en las que se realizará el programa proletario. Y desde este punto de vista es necesario analizar toda la actividad del movimiento fascista desde 1921 hasta las últimas leyes archifascistas: dicha actividad ha sido sistemáticamente dirigida a destruir los cuadros que el movimiento proletario y revolucionario había elaborado fatigosamente en casi cincuenta años de historia. De esta manera el fascismo lograba en la práctica inmediata privar a la clase obrera de su autonomía e independencia política y la obligaba o a la pasividad, es decir a una subordinación inerte al aparato estatal, o bien, en los momentos de crisis políticas como en el período Matteotti, a buscar cuadros de lucha en otras clases menos expuestas a la represión.

Nuestro partido quedó como el único mecanismo que la clase obrera tenía a su disposición para seleccionar nuevos cuadros dirigentes de clase, es decir, para reconquistsar su independencia y autonomía política. El Congreso demostró cómo nuestro partido ha logrado brillantemente resolver esta tarea esencial.

Dos eran los objetivos fundamentales que debían ser logrados por el Congreso: 1) Después de las discusiones y

de las nuevas alineaciones de fuerzas que se verificaron, como dijimos precedentemente, era necesario unificar al Partido, sea en el terreno de los principios y de la práctica de organización, sea en el terreno más estrechamente político; 2) El Congreso estaba llamado a establecer la línea política del partido para el futuro próximo y elaborar un programa de trabajo práctico en todos los campos de actividad de las masas.

Los problemas que surgían para alcanzar objetivos concretos no son naturalmente independientes unos de los otros, sino que están coordinados en el cuadro de la concepción general del Leninismo. La discusión del Congreso por tanto, aún cuando se desarrollaba alrededor de los aspectos técnicos de alguna cuestión práctica, ponía la cuestión general de la aceptación o no del Leninismo. El Congreso debía por tanto servir para poner en evidencia en qué medida nuestro partido se había convertido en un partido bolchevique.

Los objetivos fundamentales

Partiendo de una apreciación histórica y política inmediata de la función de la clase obrera en nuestro país el Congreso dio una solución a toda una serie de problemas que pueden ser agrupados así:

1. Relaciones entre el Comité Central del partido y la masa del partido. *a*) En este grupo de problemas entra la discusión general sobre la naturaleza del partido, sobre la necesidad de que éste sea un partido de clase, no sólo abstractamente, es decir, en cuanto que el programa aceptado por sus miembros expresa las aspiraciones del proletariado, sino por así decirlo, fisiológicamente en cuanto que la gran mayoría de sus componentes está formada por proletarios y en él se reflejan y resumen solamente las necesidades y la ideología de una sola clase: el proletariado. *b*) La subordinación completa de todas las energías del partido en modo tal que estén socialmente unificadas a la dirección del CC.

La lealtad de todos los elementos del partido hacia el CC debe convertirse no sólo en un hecho puramente organizativo y disciplinario, sino en un verdadero principio de ética revolucionaria. Es necesario infundir en las masas del partido una convicción tan enraizada de esta necesidad, que las iniciativas fraccionales y todo intento en general de disgregar la formación del partido deben encontrar en la base una reacción espontánea e inmediata que las sofoque al nacer. La autoridad del CC entre un Congreso y otro no debe nunca ser puesta en discusión y el Partido debe convertirse en un bloque homogéneo. Sólo a condición de ello el Partido estará en grado de vencer a los enemigos de clase. ¿Cómo podría la masa de los sin partido tener confianza en que el instrumento de lucha revolucionaria, el Partido, logre conducir sin vacilaciones y sin oscilaciones la lucha implacable por conquistar y mantener el poder, si el comité central del Partido no tiene la capacidad y la energía necesaria para eliminar todas las debilidades que pueden agrietar su naturaleza compacta? Los dos puntos precedentes serían de imposible realización si en el Partido, a la homogeneidad social y a la naturaleza compacta, monolítica de la organización, no se agregara la conciencia difundida de una homogeneidad ideológica y política.

Concretamente la línea que el Partido debe seguir puede ser expresada en esta fórmula: el núcleo de la organización de partido consiste en un fuerte CC, estrechamente ligado con la base proletaria del partido mismo, sobre el terreno de la ideología y de la táctica del marxismo leninismo.

Sobre esta serie de problemas la enorme mayoría del Congreso se pronunció netamente en sentido favorable a las tesis del CC y rechazó no sólo sin la mínima concesión, sino al contrario, insistiendo en la necesidad de la intransigencia teórica y de la inflexibilidad práctica, las concepciones de la oposición que llevarían a mantener al Partido en un estado de delicuescencia y de amorfismo político social.

2. Relaciones del Partido con la clase proletaria (es decir con la clase de quien el partido es el directo representante, con la clase que tiene la tarea de dirigir la lucha anticapitalista y de organizar la nueva sociedad). En este grupo de problemas entra la apreciación de la función del proletariado en la sociedad italiana, es decir, del grado de madurez de esta sociedad para transformarse de capitalista en socialista y por tanto de las posibilidades para el proletariado de convertirse en clase independiente y dominante. Por tanto el Congreso discutió: *a*) la cuestión sindical, que para nosotros es esencialmente la cuestión de la organización de las más amplias masas, como clase en sí mismas, sobre la base de los intereses económicos inmediatos y como terreno de educación política revolucionaria; *b*) la cuestión del frente único, es decir de las relaciones de dirección política entre la parte más avanzada del proletariado y las fracciones menos avanzadas de él.

3. Relaciones de la clase proletaria en su conjunto con las otras fuerzas sociales que objetivamente están en el terreno anticapitalista, a pesar de que estén dirigidas por partidos y grupos políticos ligados a la burguesía; por lo tanto en primer lugar las relaciones entre el proletariado y los campesinos. También sobre toda esta serie de problemas la enorme mayoría del Congreso rechazó concepciones equivocadas de la oposición y se declaró en favor de las soluciones dadas por el CC.

Cómo se alinearon las fuerzas en el congreso

Mencionamos ya la actitud que la inmensa mayoría del Congreso tuvo en relación con las soluciones para los problemas esenciales en el período actual. Sin embargo es oportuno analizar más detalladamente la actitud asumida por la oposición y apuntar, aunque sea brevemente, otras actitudes que se presentaron en el Congreso como actitudes individuales, pero que podrían coincidir en el futuro con determinados momentos transitorios del desarrollo de la situación italiana y que por ello deben ser denuncia-

dos y combatidos desde ahora. Mencionamos ya en los primeros párrafos de esta exposición las maneras y las formas que caracterizaron la crisis de desarrollo de nuestro partido en los años de 1921 a 1924. Recordaremos brevemente como en el quinto Congreso Mundial de la Internacional la crisis misma encontró una solución provisional organizativa con la constitución de un CC que en su conjunto se ponía completamente en el terreno del Leninismo y de la táctica de la Internacional Comunista, pero que se descomponía en tres partes de las cuales una, que tenía la mayoría más uno del Comité mismo, representaba a los elementos de izquierda que se habían separado del viejo grupo de Livorno, después del cuarto Congreso; otra que representaba la oposición que se constituyó en el segundo Congreso contra las tesis de Roma, y la tercera que representaba los elementos terceristas, llegados al partido después de la fusión. No obstante sus debilidades intrínsecas, a pesar del hecho de que la función dirigente en su seno era ejercitada netamente por el llamado grupo de centro, es decir, por los elementos de izquierda que se separaron del grupo dirigente de Livorno, el CC logró encaminar y resolver enérgicamente el problema de la bolchevización del partido y de su completo acuerdo con las directivas de la Internacional Comunista.

Actitudes de la extrema izquierda

Ciertamente hubo resistencias en el Congreso y el episodio culminante, que todos los compañeros recuerdan, fue la constitución del Comité de Entendimiento,* es decir, el intento de constituir una fracción organizada que se enfrentara al CC en la Dirección del partido. En realidad la constitución del Comité de Entendimiento fue el síntoma más relevante de la disgregación de la extrema izquierda, la cual, ya que sentía que perdía progresivamente terreno

* Gramsci se refiere a la constitución, por parte del grupo de Bordiga, de un Comité de Entendimiento, que mientras exigía garantías para el Congreso, tenía el objetivo declarado de asumir la dirección de la oposición de izquierda.

en las filas del partido, intentó galvanizar las pocas fuerzas que le quedaban, con un acto clamoroso de rebelión. Es notable el hecho de que después de la derrota ideológica y política sufrida por la extrema izquierda, ya en el período preparatorio del congreso, su núcleo más resistente haya ido asumiendo posiciones cada vez más sectarias y de hostilidad hacia el partido, del cual se sentía cada día más lejano y separado. Estos compañeros no sólo siguieron manteniéndose en el terreno de la más obstinada oposición sobre determinados puntos concretos de la ideología y de la política del partido y de la Internacional, sino que buscaron sistemáticamente motivos de oposición sobre todos los puntos, para poder presentarse en bloque, casi como un partido en el partido. Es fácil imaginar que partiendo de una posición semejante se debería llegar, durante el desarrollo del congreso, a actitudes teóricas y prácticas en las que lo dramático, que era reflejo de la situación general en que se debe mover el partido, difícilmente se distinguía de una cierta actuación que aparecía como pose a quienes realmente habían luchado y se habían sacrificado por la clase proletaria.

En este orden de acontecimientos debe ser colocada, por ejemplo, la moción presentada por la oposición, inmediatamente después de la apertura del congreso, por la cual se ponía en duda su validez deliberativa, buscando en tal forma establecer una coartada para un posible regreso a la actividad fraccional y para un posible desconocimiento de la autoridad de la nueva dirigencia del partido. A la masa de los congresistas, que conocían cuántos sacrificios y cuántos esfuerzos organizativos había costado la preparación del congreso, esta moción les pareció una verdadera provocación y no deja de tener significado que los únicos aplausos (el reglamento del congreso prohibía por razones comprensibles toda manifestación clamorosa de consenso o de repudio) fueron dados al orador que estigmatizó la actitud asumida por la oposición y sostuvo la necesidad de reforzar demostrativamente el nuevo comité por elegirse, con facultad específica de implacable rigor con-

tra cualquier iniciativa que prácticamente pusiera en duda la autoridad del congreso y la eficiencia de sus deliberaciones.

Afloran desviaciones de derecha

Al mismo orden de acontecimientos, y de manera agravada por la forma artificiosa y teatral, pertenece también la actitud asumida por la oposición antes de terminar el congreso, cuando se estaban por extraer las conclusiones político-organizativas de los trabajos del congreso mismo. Pero los mismos elementos de la oposición pudieron tener la neta demostración de cuál es el estado de ánimo difundido en las filas del partido: el partido no piensa permitir que se juegue por más tiempo al fraccionalismo y a la indisciplina; el partido quiere realizar el máximo de dirección colectiva y no permitirá a ningún miembro, cualquiera que sea su valor personal, enfrentarse al partido.

En las sesiones plenarias del congreso la oposición de extrema izquierda fue la única oposición oficial y declarada. La actitud de oposición sobre la cuestión sindical, asumida por dos miembros del viejo CC, por su carácter impulsivo y de improvisación, debe considerarse más bien como un fenómeno individual de histerismo político y no como oposición de sentido sistemático. En cambio, durante los trabajos de la Comisión política hubo una manifestación, que por si por ahora puede juzgarse de carácter puramente individual, sin embargo debe ser considerada, dados los elementos ideológicos que están en su base, como una verdadera plataforma de derecha, que podría ser presentada al partido en una situación determinada, y que por ello debía ser, como lo fue, rechazada sin vacilación, sobre todo porque se había hecho portavoz de ella un miembro del viejo CC. Estos elementos ideológicos son: 1) La afirmación de que el gobierno obrero y campesino puede constituirse sobre la base del parlamento burgués; 2) La afirmación de que la socialdemocracia no debe ser juzgada como el ala izquierda de la burguesía, sino como el ala

derecha del proletariado; 3) Que en la valoración del Estado burgués se necesita distinguir la función de opresión de una clase sobre otra de la función de producción (del proletariado N. del T.) de determinados satisfactores para ciertas exigencias generales de la sociedad.

El primero y segundo elementos son contrarios a las decisiones del III Congreso y el tercero está fuera de la concepción marxista del estado. Los tres juntos revelan una orientación por concebir la solución de la crisis de la sociedad burguesa fuera de la revolución.

La línea política fijada al Partido

Ya que así se alinearon las fuerzas en el congreso, es decir, como una rígida oposición de los residuos del "extremismo" contra las posiciones teóricas-prácticas de la mayoría del partido, mencionaremos rápidamente sólo algunos puntos de la línea establecida por el congreso.

Cuestión Ideológica. Sobre esta cuestión el congreso afirmó la necesidad de que el partido desarrolle todo un trabajo de educación que refuerce el conocimiento de nuestra doctrina marxista en las filas del partido y desarrolle la capacidad de la más amplia capa dirigente. Sobre este punto la oposición intentó hacer una hábil inversión: desempolvó algunos viejos artículos o párrafos de artículos de compañeros de la mayoría del partido, para sostener que ellos sólo relativamente tarde aceptaron integralmente la concepción del materialismo histórico que se desprende de las obras de Marx y Engels, y que sostenían en cambio la interpretación que del materialismo histórico había dado Benedetto Croce. Ya que es conocido que también las tesis de Roma fueron juzgadas como esencialmente inspiradas en la filosofía crociana, esta argumentación de la oposición aparece como inspirada por una pura demagogia congresual. En todo caso, ya que la cuestión no es de individuos sino de masas, la línea establecida por el congreso, sobre la necesidad de un trabajo específico de educación para elevar el nivel de la cultura general marxista del

partido, reduce la polémica de la oposición a una pura ejercitación erudita de búsqueda de elementos biográficos más o menos interesantes del desarrollo intelectual de compañeros en lo individual.

Táctica del Partido. El congreso aprobó y defendió enérgicamente contra los ataques de la oposición la táctica seguida por el partido en el último período de la historia italiana caracterizado por la crisis Matteotti. Hay que decir que la oposición no intentó enfrentar al análisis de la situación italiana hecho por el CC en las tesis para el congreso, ningún otro análisis que llevara a establecer una táctica, ni correcciones parciales que justificaran una oposición de principio. Al contrario, fue característico de la falsa posición de la extrema izquierda el hecho de que nunca sus observaciones ni sus críticas se hayan basado sobre un examen profundo y ni siquiera superficial de las relaciones de fuerza y de las condiciones generales existentes en la sociedad italiana. Resultó así claramente que el método propio de la extrema izquierda y que ella sostiene que es dialéctico, no es el método de la dialéctica materialista de Marx, sino el viejo método de la dialéctica conceptual propio de la filosofía pre-marxista y hasta prehegeliana.

Al análisis objetivo de las fuerzas en lucha y de la dirección que asumen en contradicción con el desarrollo de las fuerzas materiales de la sociedad, la oposición sustituia la afirmación de estar en posesión de un misterioso "don" especial a través del cual el partido debería ser dirigido. Extraña aberración que autorizaba al congreso a juzgar como extremadamente peligroso y deletéreo para el partido un método semejante, que conduciría tan sólo a una política de improvisaciones y de aventuras.

Que, por otra parte, la oposición no haya jamás poseído un método propio, capaz de desarrollar las fuerzas del partido y las energías revolucionarias del proletariado y que pueda ser enfrentado al método marxista y leninista, quedó demostrado por la actividad desarrollada por el partido en los años 1921-22, cuando estaba dirigido por algunos de

los actuales opositores irreductibles. A este respecto fueron analizados por el congreso dos momentos de la situación italiana, es decir, la actitud asumida por la dirección del partido en febrero de 1921, cuando el fascismo desencadenó la ofensiva frontal en Toscana y Puglia y la actitud de la misma dirección hacia el movimiento de los "ardidos del pueblo". Del análisis de estos dos momentos resultó que el método sostenido por la oposición lleva sólo a la pasividad y a a inacción y consiste en última instancia, simplemente en extraer de los acontecimientos ya pasados y sin la intervención del partido en su conjunto, enseñanzas de carácter únicamente pedagógico y propagandista.

La cuestión sindical. En el campo sindical la difícil tarea del partido consiste en encontrar un justo acuerdo entre estas dos líneas de actividad práctica: 1) defender los sindicatos de clase buscando mantener el máximo de cohesión y de organización sindical entre las masas que tradicionalmente han participado en la organización sindical misma. Esta es una tarea de excepcional importancia, porque el partido revolucionario siempre debe, aun en las peores situaciones objetivas, tender a conservar todas las acumulaciones de experiencia y de capacidad técnica y política que se han venido formando al través de los desarrollos de la historia pasada de la masa proletaria. Para nuestro partido la Confederación General del Trabajo constituye en Italia la organización que históricamente expresa en modo más orgánico estas acumulaciones de experiencia y de capacidad, y representa por tanto el terreno dentro del cual debe ser conducida esta defensa. 2) teniendo en cuenta el hecho de que la dispersión actual de las masas trabajadoras se debe esencialmente a motivos que no son propios de la clase obrera, por lo que existen posibilidades organizativas inmediatas de carácter no estrechamente sindical, el partido debe proponerse favorecer y promover activamente estas posibilidades. Esta tarea puede ser cumplida sólo si el trabajo organizativo de masas es trasladado del terreno corporativo al terreno industrial de fábrica y las ligas de

la organización de masas se convierten en electivas y representativas de fábrica, además que de adhesión individual por la vía de la credencial sindical.

Está claro, por otra parte, que esta táctica del partido corresponde al desarrollo normal de la organización de masas proletarias, tal como se verificó durante y después de la guerra, es decir en el período en que el proletariado comenzó a afrontar el problema de una lucha a fondo contra la burguesía, por la conquista del poder. En este período la tradicional forma organizativa del sindicato por oficios, había sido integrada por todo un sistema de representaciones electas en fábrica, es decir por las Comisiones internas. Es conocido también que, especialmente durante la guerra, cuando las Centrales sindicales se adhirieron a los Comités de movilización industrial y determinaron por tanto una situación de "paz industrial", en algunos aspectos análoga a la presente, las masas obreras de todos los países (Italia, Francia, Rusia, Inglaterra y también los Estados Unidos) encontraron de nuevo las vías de la resistencia y de la lucha bajo la guía de los representantes obreros electos en fábrica.

La táctica sindical del partido consiste esencialmente en desarrollar toda la experiencia organizativa de las grandes masas, presionando sobre las posibilidades de más inmediata realización, consideradas las dificultades objetivas que le crean al movimiento sindical, el régimen burgués por una parte y el reformismo de la Confederación por la otra.

Esta línea fue aprobada por la inmensa mayoría del congreso. Alrededor de ella, sin embargo, se realizaron las discusiones más apasionadas y la oposición estuvo representada, además que por la extrema izquierda, también por dos miembros del antiguo CC, como ya habíamos dicho. Un orador sostuvo que el sindicato está históricamente superado, y que por tanto la única acción de masas del partido debe ser la que se desarrolla en las fábricas. Esta tesis, ligada a las más absurdas posiciones del infantilismo ex-

tremista, fue neta y enérgicamente rechazada por el congreso.

Para otro orador en cambio, la única actividad del partido en este campo debe ser la actividad organizativa sindical tradicional. Esta tesis está ligada estrechamente a una concepción de derecha, es decir a la voluntad de no chocar demasiado fuertemente con la burocracia sindical reformista que se opone tercamente a toda organización de masas.

La oposición de la extrema izquierda estaba guiada por dos directrices fundamentales: la primera de carácter esencialmente congresual, tendía a la demostración de que la táctica de las organizaciones de fábrica, sostenida por el CC y por la mayoría del congreso, está ligada a la concepción de "L'Ordine Nuovo", semanario, que según la extrema izquierda era proudhoniano y no marxista; la segunda está ligada a la cuestión de principio en la que la extrema izquierda se enfrenta netamente al leninismo: el leninismo sostiene que el partido guía a la clase a través de las organizaciones de masa y sostiene por tanto como una de las tareas esenciales del partido el desarrollo de la organización de masas; para la extrema izquierda en cambio, este problema no existe y se dan al partido funciones que pueden llevar por una parte a las peores catástrofes y por la otra a los más peligrosos aventurerismos.

El congreso rechazó todas estas deformaciones de la táctica sindical comunista, aunque juzgando necesario insistir con particular energía sobre la necesidad de una mayor y más activa participación de los comunistas en el trabajo de la organización sindical tradicional.

La cuestión agraria. El partido buscó, por lo que se refiere a su acción entre los campesinos, salir de la esfera de la simple propaganda ideológica tendiente a difundir sólo abstractamente los términos generales de la solución leninista del problema mismo, para entrar en el terreno práctico de la organización y de la acción política real. Es evidente que esto era más fácil de obtenerse en Italia que en otros países, porque en nuestro país está más avanza-

do en ciertos aspectos el proceso de diferenciación de las grandes masas de la población, debido a la situación política actual. Por otro lado, esta cuestión, dado que el proletariado industrial es entre nosotros sólo una minoría de la población trabajadora, surge aquí con mayor intensidad que en otros lados. El problema de cuáles son las fuerzas motrices de la revolución y el de la función dirigente del proletariado, se presentan en Italia en formas tales que exigen una atención particular de nuestro partido y la búsqueda de soluciones concretas a los problemas generales que se resumen en la expresión: la cuestión agraria.

La gran mayoría del congreso aprobó el planteamiento que el partido dio a estos problemas y afirmó la necesidad de una intensificación del trabajo según la línea general ya parcialmente aplicada.

¿En qué consiste prácticamente esta actividad? El partido debe tender a crear en cada región uniones regionales de la Asociación de Defensa de los Campesinos; pero dentro de estos cuadros organizativos más amplios, hay que distinguir cuatro reagrupamientos fundamentales de las masas campesinas, para cada uno de los cuales es necesario encontrar actitudes y soluciones políticas bien precisas y completas.

Uno de estos agrupamientos está constituido por las masas de los campesinos eslavos de Istria y Friuli, cuya organización está estrechamente ligada a la cuestión nacional. Un segundo agrupamiento está constituido por el particular movimiento campesino que se resume bajo el título de: "Partido de los campesinos" y que tiene su base principalmente en Piamonte; para este agrupamiento de carácter no confesional y más estrechamente económico, vale la aplicación de los términos generales de la táctica agraria del leninismo, ya que se da el hecho de que este agrupamiento existe en la región donde está uno de los centros proletarios más eficientes en Italia. Los otros dos agrupamientos son por mucho los más considerables y los que exigen la mayor atención del partido, es decir: 1) la masa de campesinos católicos, agrupados en Italia central y septentrio-

nal, que están más o menos directamente organizados por la Acción Católica y el aparato eclesiástico en general, es decir por el Vaticano; 2) la masa de campesinos de la Italia meridional y de las islas.

Por lo que respecta a los campesinos católicos, el congreso decidió que el partido debe continuar y debe desarrollar la línea que consiste en favorecer las formaciones de izquierda que se verifican en este campo y que están estrechamente ligadas a la crisis general agraria que se inició ya antes de la guerra, en el centro y en el norte de Italia. El congreso afirmó que la actitud del partido hacia los campesinos católicos, si bien contiene en sí algunos de los elementos esenciales para la solución del problema político-religioso italiano, no debe de ninguna manera conducir a favorecer intentos que pueden nacer, de movimientos ideológicos de naturaleza estrechamente religiosa. La tarea del partido consiste en explicar los conflictos que nacen sobre el terreno de la religión como derivados de los conflictos de clase y en tender a poner siempre de mayor relieve los caracteres de clase de estos conflictos, y no al contrario, favorecer soluciones religiosas de los conflictos de clase, aún si tales soluciones se presentan como de izquierda, en cuanto que ponen en discusión la autoridad de la organización oficial religiosa.

La cuestión de los campesinos meridionales (del sur) fue examinada por el congreso con particular atención. El congreso reconoció como exacta la afirmación contenida en las tesis del CC, según la cual la función de la masa campesina sureña en el desenvolvimiento de la lucha anticapitalista italiana debe ser examinada en sí y debe llevar a la conclusión de que los campesinos del sur son, después del proletariado industrial y agrícola del norte de Italia, el elemento social más revolucionario de la sociedad italiana.

¿Cuál es la base material y política de esta función y de las masas campesinas del Sur? Las relaciones que existen entre el capitalismo italiano y los campesinos del sur no consisten solamente en las normales relaciones históricas entre ciudad y campo, como fueron creadas por el des-

arrollo del capitalismo en todos los países del mundo; en el cuadro de la sociedad nacional estas relaciones son agravadas y radicalizadas por el hecho de que económica y políticamente toda la zona meridional y de las islas funciona como un inmenso campo frente a la Italia del norte, que funciona como una inmensa ciudad. Semejante situación determina en Italia del sur, la formación y el desarrollo de determinados aspectos de una cuestión nacional, aunque ellos no asumen inmediatamente una forma explícita de tal cuestión en su conjunto, sino la de una lucha muy vivaz de carácter regional y de profundas corrientes hacia la descentralización y la autonomía local.

Lo que hace característica la situación de los campesinos del sur es el hecho de que ellos, a diferencia de los tres agrupamientos antes descritos, no tienen en conjunto ninguna experiencia organizativa autónoma. Ellos están encuadrados en los esquemas tradicionales de la sociedad burguesa por medio de los cuales los propietarios agrarios, parte integrante del bloque agrario-capitalista, controlan a las masas campesinas y las dirigen según sus objetivos.

Como consecuencia de la guerra y de las agitaciones obreras posteriores a la guerra, que habían debilitado profundamente el aparato estatal y casi destruido el prestigio social de las clases superiores, arriba mencionadas, las masas campesinas del sur se despertaron a la vida propia y fatigosamente intentaron encuadrarse por su propia cuenta. De esta manera hubo movimientos de los ex-combatientes y de los varios partidos llamados de "renovación", que buscaban explotar este despertar de la masa campesina, algunas veces secundándolo como en la ocupación de las tierras, y más a menudo tratando de desviarlo y por tanto de consolidarlo en una posición de lucha por la llamada "democracia", como sucedió últimamente con la constitución de la "Unión Nacional".

Los últimos acontecimientos de la vida italiana que determinaron un paso en masa de la pequeña burguesía meridional al fascismo, hicieron más aguda la necesidad de dar a los campesinos meridionales una dirección propia

para sustraerlos definitivamente de la influencia burguesa agraria.

El único posible organizador de la masa campesina meridional es el obrero industrial, representado por nuestro partido. Pero para que este trabajo de organización sea posible y eficaz se necesita que nuestro partido se acerque estrechamente al campesino del sur, que nuestro partido destruya en el obrero industrial el prejuicio que le ha sido inculcado por la propaganda burguesa de que el sur es una bola de plomo que se opone al desarrollo grandioso de la economía nacional y que destruya en el campesino meridional el prejuicio todavía más peligroso por el que ve en el norte de Italia un solo bloque de enemigos de clase.

Para lograr estos resultados se necesita que nuestro partido desenvuelva una intensa obra de propaganda también en el interior de la organización para dar a todos los compañeros una conciencia exacta de los términos de la cuestión, que si no es resuelta de un modo clarividente y sabio por nosotros, hará posible que la burguesía, derrotada en su zona, se concentre en el Sur para hacer de esta parte de Italia la plaza de armas de la contrarrevolución.

Sobre toda esta serie de problemas, la oposición de extrema izquierda no logró decir mas que bromas y lugares comunes. Su posición esencial fue la de negar "a priori" que existan estos problemas concretos, sin ningún análisis o demostración ni siquiera potencial. Es más, se puede decir que precisamente con respecto a la cuestión agraria, apareció la verdadera esencia de la concepción de la extrema izquierda, que consiste en una especie de corporativismo que espera mecánicamente del mero desarrollo de las condiciones objetivas generales se llegue a la realización de los fines revolucionarios. Tal concepción, como dijimos antes, fue netamente rechazada por la inmensa mayoría del congreso.

Otros problemas tratados. Por lo que respecta a la cuestión de la organización concreta del partido en el período actual, el congreso ratificó sin discusión las deliberaciones

de la reciente Conferencia de organización ya publicadas en "L'Unitá".

El congreso, dada la forma de la reunión y los objetivos se se proponía, los cuales se referían especialmente a la organización interna del partido y al resanamiento de la crisis, no pudo tratar ampliamente algunas cuestiones que sin embargo son esenciales para un partido proletario revolucionario. De esta manera, sólo en las tesis fue examinada la situación internacional en relación a la línea política de la Internacional Comunista. En la discusión del congreso tal argumento sólo fue mencionado de pasada y de los problemas internacionales se trató sólo la parte tocante a las formas o relaciones de organización de la Komintern, ya que éste era un elemento de la crisis interna del partido. El congreso sin embargo tuvo un larguísimo y exhaustivo informe sobre los trabajos del reciente congreso del partido ruso y sobre el significado de las discusiones que se realizaron en él.

De esta forma, el congreso no se ocupó del problema de la organización en el campo femenil, ni de la organización de la prensa, argumentos esenciales para nuestro movimiento y que merecerían un tratamiento especial.

Tampoco fue tratada la cuestión de la redacción del programa del partido que había sido puesta en la orden del día.

Pensamos que es posible remediar estas lagunas con conferencias especiales del partido, expresamente convocadas para tal objetivo.

No obstante estas deficiencias parciales, se puede afirmar, ya para concluir, que la cantidad de trabajo realizado por el congreso fue verdaderamente imponente. El congreso elaboró una serie de resoluciones y un programa de trabajo concreto como para poner en grado a la clase proletaria de desarrollar sus energías y su capacidad de dirección política en la situación actual.

Una condición es especialmente necesaria para que las resoluciones del congreso no sólo sean aplicadas sino para que den todos los frutos que pueden dar: se necesita que el partido se mantenga estrechamente unido, que no se deje

desarrollar en su seno ningún germen de disgregación, de pesimismo, de pasividad. Llamamos a todos los compañeros del partido a realizar esta condición. Nadie puede poner en duda que esto será hecho, para gran desilusión de todos los enemigos de la clase obrera.

("L'Unitá", 24 de febrero de 1926)